



AÑO 11.

NUM. 125.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

MAYO 1899

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONES

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

TIERRAS VIRGENES

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO MARCELOMÉS DEL

I

En la primavera de 1868, á las dos próximamente de la tarde, un joven de unos veintisiete años, descuidada y pobremente vestido, subía la escalera de servicio de una casa de cinco pisos situada en la calle de los Oficiales, en San Petersburgo. Arrastrando ruidosamente sus chanclos y balanceándose torpe y desgarbadamente, puso al cabo el pie en el último peldaño de la [escalera, parándose ante una puerta estropeada, que encontró entreabierta, y en la cual, sin tirar del cordón de la campanilla, golpeó con fuerza, penetrando después en una antesala estrecha y obscura.

—¿Está Nejdánof?—gritó con gruesa voz de bajo.

—No, soy yo; entre usted—respondió desde la habitación inmediata otra voz, no muy agradable.

—¿Machúrina?—preguntó el recién venido.

—La misma..... ¿Y usted Ostrodúmof?

—Pimenó Ostrodumof en persona—respondió.

Y sin más preámbulo se descalzó los chanclos, colgó de un clavo la raída capa y entró en la sala en donde había sonado la voz de mujer.

Era la habitación fea, baja de techo y con las paredes embadurnadas de verde sucio. La luz entraba apenas por dos es-

trechas ventanas cubiertas de polvo. Todo el mobiliario consistía en una cama de hierro, colocada en un rincón, una mesa en el centro, algunas sillas y un estante cargado de libros.

Cerca de la mesa estaba sentada, fumando un cigarrillo, una mujer de treinta años próximamente, vestida de negro y sin nada á la cabeza.

Al entrar Ostrodumof le tendió silenciosamente su larga y roja mano. El recién venido la estrechó también en silencio, y dejándose caer en una silla, sacó del bolsillo una punta de cigarro.

Machurina le dió fuego, encendió él, y ambos, sin dirigirse una sola palabra ni cambiar una mirada, se entretuvieron en lanzar bocanadas de humo azulado en el ambiente espeso de la sala, harto saturado ya por las emanaciones del tabaco.

Los rasgos del semblante de uno y otro fumador no se parecían en lo más mínimo; mas entre las caras de ambos, á decir verdad, poco agraciadas, en sus labios gruesos, en sus dientes grandes, en su nariz mal formada (Ostrodumof era además pecoso de viruelas) existía algo de común, cierta expresión de lealtad y de energía trabajadora.

—¿Ha visto usted, por ventura, á Nejdanof?—preguntó al cabo de un rato Ostrodumof.

—Sí; pronto vendrá. Ha ido á llevar unos libros á la Biblioteca.

—¿En qué consiste que de algún tiempo á esta parte no piensa más que en correr?—dijo Ostrodumof volviéndose para escupir.—No hay medio de echarle la vista encima.

Machurina sacó otro cigarrillo, y encendiéndole cuidadosamente dijo:

—Es que se fastidia.

—¡Se fastidia!—repitió Ostrodumof con acento de censura.—¡Qué chiquillada! No parece sino que no tenemos nada en qué pensar. ¡Mientras que nosotros cavilamos buscando el medio de echar por tierra toda esta vergüenza, él se fastidia!...

—¿Ha habido carta de Moscu?—preguntó Machurina.

—Sí, anteayer.

—¿La ha leído usted?

Ostrodumof hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—¿Y qué dice?

—Que pronto será necesario partir.

—¿Cómo? Se me había dicho que allá abajo todo marchaba perfectamente.

—Todo marcha bien, en efecto. Mas se trata de cierto señor que no inspira gran confianza. ¿Entiende usted? Es menester echarle ó deshacerse de él en seguida. Además, hay algunas otras cosas..... También usted ha sido llamada.

—¿En la carta?

—Sí, en la carta.

—Está bien—dijo,—puesto que esa es la orden, no hay para qué discutirla.

—Naturalmente; mas sin dinero no hay medio..... y ¿dónde encontrarlo?

Machurina se puso á reflexionar.

—Nejdanof debe buscarlo—dijo á media voz como hablando consigo misma.

—Ese es precisamente el motivo que aquí me trae—observó Ostrodumof.

—¿Tiene usted ahí la carta?—preguntó de repente Machurina.

—Sí; ¿quiere usted leerla?

—Démela usted. O si no, espere. La leeremos juntos..... más tarde.

—He dicho á usted la verdad—murmuró Ostrodumof;—no lo dude usted.

—¡Bien lo sé!

Callaron de nuevo.

Oyóse ruido de pasos en la antesala.

—Ya está aquí, Machurina.

Se entreabrió la puerta y una cabeza se deslizó por la abertura. Mas no era aquella cabeza la de Nejdanof.

La que apareció era de forma redonda, negros y espesos cabellos, ancha frente surcada de arrugas; sus ojillos negros se movían vivamente bajo las pobladas cejas; la nariz tenía la figura del pico de un pato vuelta hacia arriba, y era la boca rosada, pequeña y picarescamente hundida.

Esta cabeza miró en torno suyo, saludó, sonrió mostrando dos filas de dientes blancos y menudos, y penetró en la sala al mismo tiempo que un tronco nada robusto, unos brazos cortos y unas piernas medio torcidas y medio cojas.

Machurina y Ostrodumof, al verle entrar, mostraron cierta expresión de indulgente desdén, que podía traducirse por esta exclamación: «¡Ah! ¡No es él!.....» No hicieron, sin embargo, ni un movimiento ni dijeron una sola palabra.

Por su parte, el recién llegado, lejos de manifestarse sorprendido por tal recibimiento, mostraba cierta satisfacción.

—¿Qué quiere decir esto? — gritó con voz chillona. — ¿Un dúo? ¿Y por qué no un terceto? ¿Dónde está el primer tenor?

—¿Es á Nejdanof á quien alude usted, señor Paklin? — dijo Ostrodumof secamente.

—Al mismo, señor Ostrodumof.

—Es de suponer que vuelva pronto, señor Paklin.

—Satisfecho por la noticia, señor Ostrodumof.

Volvióse entonces el cojuelo hacia Machurina, quien, con cara de pocos amigos, continuaba fumando su cigarrillo.

—¿Cómo está usted, amabilísima..... amabilísima?..... ¡Ah, qué fastidio! Jamás puedo acordarme de su nombre y apellido (1).

Machurina se encogió de hombros.

(1) En Rusia, en la conversación, es raro que se nombre á nadie por su apellido, ni tampoco suele emplearse el nombre más que en tono muy familiar. El modo de nombrar á las personas más generalmente usado, y que tiene la ventaja además de ser cariñoso con los inferiores y respetuoso con los superiores, es análogo á la antigua fórmula griega Aquiles Peleyades ó hijo de Peleo.—*N. del A.*

—¿A qué recordárselos á usted? Conoce usted mi nombre de familia: ¿qué más hace falta? ¿Y á qué tampoco eso de preguntar cómo está usted? ¿Pues no está usted viendo que no me he muerto?

—¡Muy bien, muy bien!—chilló Paklin, dilatando las ventanas de la nariz y moviendo sus desiguales cejas. Si estuviese usted muerta, su humilde servidor no tendría el gusto de verla aquí ni de hablar con usted. Considere usted mi pregunta como resto de una mala y añeja costumbre. Lo mismo que lo del nombre y el apellido..... Ya lo ve usted: me resulta gracioso eso de decir Machurina. Ya sé yo que firma usted las cartas *Bonaparte*..... Perdón, Machurina; quise decir..... Mas, sin embargo, cuando se habla.....

—¿Y quién ha solicitado que me hablase usted?

Paklin se sonrió nerviosamente, como si se le hubiese atravesado algo en la garganta.

—¡Vamos, vamos, paloma mía, no se enfade usted! Déme usted la mano. Es usted demasiado buena, bien lo sé..... tampoco yo soy malo. ¡Vamos!

Paklin extendió la mano. Machurina le miró con aire sombrío, tendiéndole la suya.

—¿Tiene usted mucho deseo por saber mi nombre? — dijo sin mostrar mayor agrado en el semblante. — Pues bien, me llamo Fiocla. *Becla*

—Y yo Pimeno—añadió la voz de bajo de Ostrodumof.

—¡Ah! ¡Esto es muy instructivo, muy instructivo!

—Pero díganme ustedes ahora, Fiocla y Pimeno, ¿por qué me tratan ustedes tan desabridamente, mientras que yo?....

—Machurina cree—y no ella sola—que no es posible fiarse de usted, porque todo lo echa á risa.

Paklin giró vivamente sobre sus talones.

—¡He ahí, he ahí el error de muchos, mi estimado Pimeno! En primer lugar, yo no me río de continuo; y, además, eso no significa nada, y les aseguro que se puede fiar en mí: la prueba está en la confianza aduladora que he sabido inspi-

rar á los amigos de ustedes. Créanme: soy hombre honrado, muy honrado, mi estimable Pimeno.

Ostrodumof murmuró algunas palabras entre dientes, y Paklin repitió esta vez, casi sin sonreír:

—¡No, yo no me estoy riendo siempre! No soy un hombre alegre. Mírenme ustedes con alguna atención.

Ostrodumof levantó los ojos hacia su interlocutor.

En efecto, cuando Paklin no se reía ni hablaba, tomaba su semblante cierta expresión de tristeza mezclada de temor.

Esta expresión se convertía en festiva, y hasta en maligna, en cuanto abría la boca. Ostrodumof no dijo una sola palabra.

Paklin suspiró, y dirigiéndose á Machurina dijo:

—¿Y qué tal van los estudios? ¿Hace usted progresos en su arte eminentemente filantrópico? Debe de ser una ruda tarea eso de ayudar á un ciudadano inexperto á que haga su primera aparición en el mundo. ¿No es verdad?

—No del todo..... á no ser que el ciudadanito no sea mucho más grande que usted—respondió Machurina, sonriéndose con aire satisfecho.

Acababa la joven de recibir por aquellos días el diploma de comadrona. Hacía diez y ocho meses que había abandonado á su familia, humildes propietarios nobles del Mediodía de Rusia. Cuando Machurina llegó á San Petersburgo, llevaba seis rublos en el bolsillo; se matriculó en la Escuela de Obstetricia, y logró conquistar, gracias á ímprobo trabajo, el grado que ambicionaba. Era soltera, y sumamente casta. — ¡Valiente cosa! — exclamará tal vez algún escéptico, recordando lo que hemos dicho de la joven. — ¡Cosa admirable y rara! — nos atrevemos á decir por nuestra parte.

Al oír la respuesta de Machurina, Paklin se echó á reír.

—¡Bien señalada, amiga mía! — repuso. — Es usted viva y aguda para responder. La contestación que me acaba usted de dar me lo prueba. ¿Por qué me habré quedado tan pequeño? Mas el amo de la casa no vuelve. ¿Dónde diablos se habrá metido?

Paklin cambiaba de intento la conversación. Jamás se había resignado á su talla microscópica y á lo ruin de su figura. Sus defectos físicos le eran tanto más sensibles, cuanto que se desvivía por las mujeres. ¡Qué no hubiera dado él por serles agradable! Más que lo mediano de su posición ó lo humilde de su nacimiento, le atormentaba su deformidad y su raquismo.

El padre de Paklin, modesto burgués, había llegado á consejero honorario á fuerza de trompicones: era una especie de hombre de negocios, á quien se consultaba acerca de los procesos, y á quien solía confiársele la administración de un predio ó de una casa. Con este oficio logró crearse un modesto peculio; mas habiéndose dado en sus últimos días á la bebida, no poseía ya nada cuando murió. El joven Paklin se llamaba Sila Samsontik, ó lo que es lo mismo, *Fuerza hijo de Sansón* (cosa que juzgaba como una burla de la suerte). Fue alumno de una escuela de comercio, en donde aprendió perfectamente el alemán. Después de varios contratiempos, bastante desagradables, encontró al fin una plaza de 1.500 rublos en un escritorio. Con tan mezquinos recursos atendía, no solamente á sus necesidades, sino, además, á las de una tía enferma y de una hermana jorobada.

En la época en que pasa nuestro relato, Paklin acababa de cumplir veintisiete años y tenía muchos amigos estudiantes, con los cuales disfrutaba de bastantes simpatías, tanto por lo cínico de sus afirmaciones y por lo chispeante de su palabra, como por su incontestable erudición, desnuda de pedantería.

Esto no era obstáculo para que en algunas ocasiones se burlaran de él. Un día, por ejemplo, que se retrasó algo en asistir á una reunión política, en el momento en que con cierta cortedad trataba de dar sus disculpas, una voz se puso á cantar en un rincón: «Nuestro pobre Paklin es un rayo de la guerra.» Todo el mundo se echó á reir. Paklin acabó por reirse también, aunque la cólera le mordía el corazón, diciendo

para sus adentros: «El granuja ha puesto el dedo en la llaga.»

Conoció por entonces á Nejdánof en un bodegón griego, donde acostumbraba á comer y donde solía emitir sus opiniones, por extremo libres y ridículas. Afirmaba que la causa primera de sus tendencias democráticas era precisamente la cocina griega, cuyas condiciones le irritaban el hígado.

—Sí..... ¿Dónde diablos se ha metido el amo de la casa?— repetía Pakline.—Ha tiempo que vengo notando que para poco aquí..... ¿Estará enamorado?

Machurina frunció el entrecejo.

—Ha ido á la biblioteca á buscar unos libros. En cuanto á lo de estar enamorado, tiene otras cosas que hacer..... Y además, ¿de quién había de haberse enamorado?

—De usted—iba á responder Paklin.

Pero se contuvo, limitándose á decir:

—Deseo verle para hablar con él de cosas graves.

—¿De qué cosas?—interrumpió Ostrodumof.—¿De nuestro asunto?

—Tal vez del vuestro..... Sin embargo, prefiero decir del de todos nosotros,

—¡Hum!—murmuró Ostrodumof.

Aunque experimentaba cierta desconfianza, pensó: «Después de todo, ¿quién sabe? Esta anguila se desliza por todas partes.»

—¡Ya le tenemos aquí!—dijo de repente Machurina; y en sus ojos, vueltos hacia la puerta de la antesala, pasó no sé qué de caliente y de tierno, semejante á una ráfaga luminosa.

La puerta se abrió y entró un joven de veintitrés años, calada la gorra y con un paquete de libros debajo del brazo: era Nejdánof.

II

Al ver á los tres visitantes se detuvo en el umbral, y después de mirarlos de pies á cabeza arrojó la gorra, dejó caer los libros en el suelo, y, sin decir una palabra, fue á sentarse á los pies de la cama. Su hermoso rostro, cuya blancura hacía resaltar el color obscuro de su roja cabellera, expresaba contrariedad y despecho.

Machurina se volvió ligeramente, mordiéndose los labios. Ostrodumof murmuró:

—¡Por fin!

Paklin, acercándose á Nejdanof, le dijo:

—¿Quién es el que acaba de llegar? ¿Alejo Dmitrich, el Hamlet ruso.....? ¿Quién te ha sacado de tus casillas? ¿O es que te abandonas ahora en brazos de la melancolía?

—Déjame en paz, Mefistófeles—contestó Nejdanof disgustado.—No tengo tiempo de escuchar tonterías.

Paklin se echó á reír.

—No te expresas muy correctamente que digamos; lo que es discreto no es tonto, ni lo que es tonto discreto.

—Está bien, está bien. Ya sabemos que tienes ingenio.

—Y tú, tú tienes los nervios echados á perder—replicó lentamente Paklin.—¿Te ha sucedido algo extraordinario?

—Nada extraordinario me ha sucedido. Lo que me acontece es que no es posible asomar las narices fuera de casa en esta innoble ciudad, sin tropezar con alguna bajeza, con alguna necedad, con alguna absurda injusticia ó alguna estupidez..... ¡No hay medio de vivir aquí!

—¿Sin duda por eso has anunciado en los periódicos que buscas una colocación, consintiendo, si la encuentras, en abandonar San Petersburgo?—murmuró Ostrodumof.

—Ciertamente, y partiría con gusto si hubiese alguien bastante tonto que me la proporcionase.

—Ante todo, es preciso cumplir el deber «aquí»—dijo Machurina con acento marcado, pero sin volver los ojos.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Nejdanof, dirigiéndose á ella.

Machurina se mordió los labios.

—Ostrodumof os lo explicará—dijo al cabo de una pausa.

Nejdanof se dirigió á Ostrodumof como interrogándole, mas éste tosió y dijo solamente:

—Más tarde.

—Hablemos seriamente—saltó Paklin.—¿Has sabido algo desagradable?

Nejdanof se levantó del lecho como movido por un resorte.

—¿Y qué más desagradable que lo que se ve por todas partes?—gritó encarándose con su interlocutor.—Media Rusia muerta de hambre; *La Gaceta de Moscu* triunfando en toda la línea, el clasicismo nos invade, se cierra á los estudiantes las Cajas de Seguros. Por todas partes el espionaje, la opresión, las denuncias, la mentira y la falsedad..... No se puede dar un paso..... ¿No es bastante? ¿Es preciso algún disgusto nuevo? ¡Y aún me preguntas si hablo seriamente!..... Baranof ha sido detenido—añadió bajando la voz.—Me lo acaban de decir en la Biblioteca.

Ostrodumof y Machurina levantaron la cabeza al mismo tiempo.

—¡Mi bueno y querido Alejo!—comenzó Paklin.—Estoy agitado, y se comprende. ¿Olvidas la época y el país en que vivimos? Entre nosotros, el que se ahoga debe además fabricarse él mismo su dogal. Se trata de excitar el sentimiento de ustedes: es preciso saber mirar al diablo frente á frente, sin desesperarse como un chiquillo.

—¡Ah! ¡Basta, te lo suplico!—dijo Nejdanof con angustia y con la cara contraída como si le atormentase algún dolor físico.—No tienes que esforzarte. Tú eres un hombre enérgico, ya lo sé; no tienes miedo á nada ni á nadie.

—¿Miedo de alguien? ¡Paklin! ¡Veamos! ¡Veamos!

—¿Quién ha podido denunciar á Baranof? He aquí lo que no me explico.

—Algún amigo: eso está fuera de duda—dijo Paklin.—En esta clase de asuntos, los amigos son los primeros..... Con ellos es con quien conviene tener el ojo avizor. Yo, por ejemplo, yo tenía un amigo, un buen muchacho. ¡Si vieras cuánto se preocupaba de mis asuntos y de mi reputación! Un día vino á mi casa, y me dijo: «No se puede usted figurar qué estúpida calumnia se ha propalado contra usted. Se dice que ha envenenado usted á su tío. Se añade que, en cierta casa donde se le había á usted presentado, tuvo usted la avilantez de despreciar á la señora de ella, dándole la espalda toda la noche, mientras que la pobre mujer lloraba de vergüenza. ¡Qué estupidez! Se necesita ser idiota para inventar semejantes patrañas.» Pues bien; un año después, habiéndome incomodado con ese mismo amigo, recibí una carta suya de despedida, en la cual carta me decía: «Usted que ha asesinado á su tío; usted que no ha tenido inconveniente en despreciar una respetable dama, volviéndole la espalda....», etc., etc. He ahí lo que son los amigos.

Ostrodumof cambió una mirada con Machurina.

—¡Alejo Ostrodumof!—dijo con voz de bajo profundo, deseando poner fin á este inútil derroche de palabras.—Hemos recibido de Moscu una carta de Vasili Nicholaievilch.

Nejdanof tembló ligeramente y bajó los ojos.

—Y ¿qué es lo que dice?—preguntó después de algunos instantes.

—Ella y yo—contestó Ostrodumof indicando á Machurina—debemos partir.

—¿Cómo? ¿También ella ha sido convocada?

—Ella también.

—Y ¿qué os detiene?

—Naturalmente..... falta de dinero.

Nejdanof se levantó y se dirigió á la ventana.

—¿Cuánto os hace falta?

—Cincuenta rublos: ni un kopek menos.

Nejdanof guardó silencio, golpeando con los dedos los vidrios. Después dijo:

—No los tengo en este momento..... mas dentro de unos instantes los hallaré. ¿Tienes ahí la carta?

—¿La carta?..... La carta..... es decir, debo tenerla..... ¡naturalmente!.....

—¿Por qué os recatais de mí continuamente?—exclamó Paklin.—¿No merezco vuestra confianza? Y aun cuando yo no simpatizase completamente..... con lo que proyectais..... ¿me creéis capaz de haceros traición y de divulgar vuestro secreto?

—Sin intención..... acaso—murmuró la voz de Ostrodumof.

—Ni sin intención ni con ella. ¿Se sonríe usted al oirme, señorita Machurina? Le aseguro á usted.....

—Yo no me sonrío—dijo Machurina con enojo.

—Y yo os digo, señores—siguió Paklin,—que no tenéis gran penetración, y que no sabéis apreciar quiénes son vuestros verdaderos amigos. Porque los veis reir alguna vez, imagináis que no son formales.

—¡Ciertamente!—respondió Machurina en el mismo tono.

—Oid—continuó Paklin con más fuerza, sin hacer caso á su interruptora.—Ahora, por ejemplo, tenéis necesidad de dinero. Nejdanof no lo tiene en este momento..... Pues bien, yo puedo dároslo.

Nejdanof se retiró bruscamente de la ventana.

—No..... no..... ¿á qué santo? Yo lo encontraré, lo tomaré á préstamo sobre mi pensión. *Ellos* me deben algo, lo recuerdo. Mas, á propósito, Ostrodumof, enséñame la carta.

Ostrodumof permaneció algunos instantes inmóvil; después miró en torno suyo, se levantó, se inclinó, se remangó un poco el pantalón y sacó de entre la bota un trozo de papel cuidadosamente doblado, sopló el papel, no sabemos para qué, y se lo entregó al cabo á Nejdanof.

Este, después de haberlo desplegado y leído atentamente,

se lo dió á Machurina, que acababa de levantarse, y que, después de leerlo, lo entregó á su vez á Nejdanof, aunque Paklin extendía la mano para cogerlo.

Nejdanof se encogió de hombros y alargó silenciosamente la carta á Paklin, el cual, después de haberse enterado de ella, se mordió los labios de una manera significativa y la colocó con aire solemne sobre la mesa sin decir una palabra.

Entonces Ostrodumof la cogió, encendió una gruesa cerilla que esparció por la habitación fuerte olor á azufre, y levantando el papel á la altura de su cabeza, como para mostrarlo á todos los presentes, lo quemó en la llama de la cerilla hasta lo último, sin retirar los dedos, y arrojando después la ceniza al fuego.

Nadie dijo una palabra ni hizo un movimiento durante esta operación. Todos tenían la vista fija en el suelo. Ostrodumof mostrábase reconcentrado y grave; en la cara de Nejdanof descubríase una expresión casi malévola; la de Paklin manifestaba una fuerte tensión interior. Machurina parecía asistir á una función religiosa.

Así pasaron dos minutos. Después sintiéronse todos en situación un tanto embarazosa. Paklin fue el primero que intentó romper el silencio.

—Y bien—dijo;— acéptese ó no mi ofrenda sobre el altar de la patria, ¿puedo contribuir, si no con cincuenta rublos, al menos con veinticinco ó treinta para la obra común?

Nejdanof dió rienda suelta á su mal humor, que la solemne cremación de la carta no había logrado apaciguar, y que sólo esperaba una ocasión para desahogarse.

—Ya te he dicho que es inútil, ¿lo entiendes? ¡Inútil! ¡No permitiré..... no tomaré jamás ese dinero! Yo lo encontraré inmediatamente. No tengo necesidad de recursos de nadie.

—Entonces, amigo mío—dijo Paklin— dí que eres un revolucionario, mas no te llames demócrata.

—¡Añade ahora que soy un aristócrata!

—Y lo digo: eres un aristócrata..... hasta cierto punto.

Nejdanof fingió una sonrisa.

—Aludes á mi nacimiento irregular. Te tomas un trabajo inútil, querido. No necesito que tú me lo recuerdes para tenerlo yo presente.

Paklin se frotó las manos.

—Sepamos, Alejo, qué mosca te ha picado. ¿Por qué interpretas de ese modo mis palabras?.... En verdad que no te reconozco. (Nejdanof hizo con la cabeza y los hombros movimientos de impaciencia.) La prisión de Baranof te ha trastornado. Mas preciso es convenir en que se conducía imprudentemente.....

—Siempre manifestaba en alta voz sus opiniones—apuntó Machurina con aire sombrío.—No somos nosotros los que debemos vituperarle.

—Está bien; pero no ha debido olvidar que podía comprometer á otros.

—¿Por qué le dirige usted ese cargo?—gruñó Ostrodumof.—Baranof es un carácter enérgico; á nadie ha comprometido. En cuanto á la prudencia, ¿quiere usted que le diga lo que pienso? No le es dado á todo el mundo ser prudente, señor Paklin.

Paklin, herido, quiso responder, mas Nejdanof le cortó la palabra.

—Señores—dijo—creedme; dejemos en paz la política por un rato.

Hubo una pausa. Paklin fue también esta vez el que la puso término.

—He encontrado esta mañana á Skoropikin, el gran crítico estético de todas las Rusias. ¡Qué personaje más insoportable! Siempre hinchado, vano y grosero. Parece una botella de Klitschi malo (1). El mozo que os la ha servido se apresura á taparla con el dedo á guisa de corcho; un grano hinchado con

(1) Bebida fermentada, alcohólica y muy gaseosa, que contiene posos azucarados.

el líquido se atraviesa en el gollete; el líquido escupe y silba, y cuando la espuma ha desaparecido, quedan en el fondo de la botella algunas gotas de un brebaje irresistible que no calma la sed, pero que en cambio suele producir un cólico. Este Skoropikin es una calamidad para los jóvenes.

La comparación de que acababa de valerse Paklin, aunque perfectamente exacta, no hizo sonreír á nadie. Ostrodumof afirmó que los jóvenes capaces de sentir afición á la estética no eran acreedores á que se les tuviese lástima, y á los que, de seguro, el gran crítico acabaría por hacerles perder el seso.

—¡Ah, perdón! Permítame usted—exclamó Paklin con fuego. (Se exaltaba siempre á medida que se le hacía menos caso.) —Esta cuestión, aunque no sea política, no por eso carece de importancia. Según Skoropikin, toda producción artística antigua es nula por la sola razón de que es antigua..... Pero, juzgando de este modo, el arte y la moda son una misma cosa. Esto no vale la pena de ser discutido en serio. Si no hay en el arte algo de invariable, entonces ¿qué importancia tiene? En la Ciencia, en las Matemáticas, por ejemplo, ver si á Euler, Laplace, Gauss, se les considera como viejos caballos de parada á quienes hay que renovar. No; reconocéis su autoridad. Mas, para vosotros, Rafael y Mozart son nulidades, y vuestro orgullo se revuelve contra su autoridad. Cierto que las leyes del arte son más difíciles de descubrir que las de la ciencia, no digo que no; pero existen, y el que niegue su existencia es un ciego, voluntario ó involuntario, es igual.

Paklin se detuvo.....

Todos estaban mudos, como si se hubiesen mordido la lengua ó si estuviesen sumidos en místicas meditaciones.

Sólo Ostrodumof murmuró:

—Todo eso no quita para que á mí no me importen un pito los jóvenes que se dejan sopapear por Skoropikin.

—¡Que se vaya al diablo! Yo me marchó—dijo Paklin.

Había ido á casa de Nejdánof para comunicarle sus ideas acerca de la introducción en Rusia de ejemplares de *La Estre-*

lla Polar (*La Campana* no existía ya en esta época); mas habiendo tomado la conversación tan torcido curso, juzgó más prudente no hablar del asunto.

En el momento de tomar su sombrero, sin que ningún ruido anterior resonase en la antesala, dijo una voz detrás de la puerta:

—¿Está en casa el señor Nejdánof?

Era una voz de barítono muy agradable y sonora, cuyo timbre revelaba suprema distinción, elegancia perfecta y hasta no sé qué ideas de perfumes exquisitos.

Los jóvenes se miraron con estupor.

—El señor Nejdánof ¿está en casa?—repitió la voz.

—Sí—respondió Nejdánof.

La puerta se abrió discretamente con un movimiento suave, y apareció en el umbral un hombre de unos cuarenta años, alto, bien formado, de figura casi majestuosa. Al quitarse sin ninguna precipitación su sombrero flamante, descubrió una hermosa cabeza con el pelo cortado al rape. Llevaba un magnífico gabán de paño inglés, cuyo cuello, á pesar de ser ya últimos de Abril, estaba forrado de fina piel de castor. El visitante causó viva impresión en todos (en Nejdánof, Paklin, hasta Machurina, y aun en el mismo Ostrodumof), tanto por su noble postura, como por la amable serenidad de su entrada en la habitación.

Involuntariamente todos se levantaron cuando él entró.

III

El elegante caballero, dirigiéndose á Nejdánof con amable sonrisa, le dijo:

—Ya he tenido el placer de encontrarle y de hablar con usted, señor Nejdánof, anteayer, si es que tiene usted la bondad de recordarlo, en el teatro.

El visitante se detuvo esperando una respuesta. Nejdánof hizo un signo afirmativo con la cabeza, y se sonrojó.

—Sí..... Y hoy me presento en casa de usted con motivo del anuncio que ha publicado en los periódicos; desearía, por lo tanto, hablarle del asunto, si es que no lo impide la presencia de las personas que hay aquí.

Inclinóse ante Machurina y señaló, con la mano cubierta de un guante de piel de Suecia, á Ostrodumof y á Paklin.

—Y si no les molesto.....

—De ningún modo—respondió Nejdánof, no sin cierto esfuerzo:—mis amigos permitirán..... Mas tenga usted la bondad de tomar asiento.

El visitante, con gran amabilidad, se inclinó, cogió por el respaldo una silla, la acercó á sí, pero no se sentó—porque todo el mundo estaba de pie en la sala—y dirigió en torno suyo los ojos claros y penetrantes, aunque medio entornados.

—Adiós, Alejo Dmitrich—dijo de golpe Machurina:—ya vendré otra vez.

—Yo también—añadió Ostrodumof;—yo también, y pronto.

Por una especie de alarde, Machurina, al pasar al lado del visitante, cogió la mano de Nejdánof y, sacudiéndola con fuerza, salió sin saludar á nadie.

Ostrodumof la siguió, haciendo resonar sus talones más de lo necesario, y se encogió de hombros como si hubiese querido decir: «¡Vaya con el cuello de castor!»

El visitante les dirigió una mirada cortés, ligeramente curiosa, y luego miró á Paklin, como esperando que éste siguiese el ejemplo de los otros.

Mas Paklin, cuyo rostro, después de la llegada del caballero, parecía haberse animado con una sonrisa contenida, haciéndose el insignificante, se refugió en un rincón. Viendo esto el caballero, se sentó, y lo mismo hizo Nejdánof.

—Me llamo Sipiaguin..... Puede que mi nombre no le sea á usted del todo desconocido—dijo con cierta orgullosa modestia.

Mas, ante todo, es preciso contar cómo Nejdánof le había encontrado en el teatro.

Se representaba una comedia de Alejandro Ostrowski, *No te sientes en el trineo ajeno*. Nejdánof, por la mañana, había ido al despacho de billetes, donde se agolpaba la gente. Tenía intención de tomar una entrada de galería; pero en el momento de acercarse á la ventanilla, un oficial, colocado detrás de él, alargó un billete de tres rublos por encima de la cabeza de Nejdánof, gritando al que vendía las localidades:

—Este señor—por Nejdánof—tendrá tal vez necesidad de que se le devuelva el cambio, y yo no. Dadme, pues, una butaca de orquesta de segunda fila. Se está aquí bastante apretado.

—Perdón, señor—le dijo Nejdánof con tono seco.—También yo quiero una butaca de segunda fila.

Y entregó al vendedor un billete de tres rublos: toda su fortuna.

Cuando llegó la noche se encontró en la región aristocrática del teatro Alexandra.

Bastante mal vestido, sin guantes, con las botas deslustradas, sentíase turbado y al mismo tiempo furioso por su misma turbación. Su vecino de la derecha era un General lleno de condecoraciones; el de la izquierda era precisamente el caballero de la visita, el consejero privado Sipiaguin, cuya aparición dos días después había de producir tan viva sorpresa en Machurina y Ostrodumof.

El General echaba de cuando en cuando una mirada sobre Nejdánof, como sobre una cosa extraña, inesperada y al mismo tiempo molesta. En cambio, las miradas que Sipiaguin dirigía al joven no tenían nada de mortificantes.

Las personas que rodeaban á Nejdánof no eran simples individuos, eran personajes. Todos se conocían y cambiaban entre sí frases breves, de cortesía ó simples exclamaciones, que alguna vez pasaban sobre la cabeza de Nejdánof, como aquella mañana las palabras del oficial delante de la ventanilla del

despacho de billetes. Permanecía inmóvil, mal sentado en su ancha y cómoda butaca, haciéndose á sí mismo el efecto de un paria. La maldita vergüenza, el despecho, toda especie de sentimientos dolorosos, le acongojaban el corazón. De repente, ¡oh milagro!, en un entreacto, su vecino de la izquierda, no el General de las condecoraciones, sino el otro, que no llevaba ninguna distinción honorífica en el pecho, le dirigió cortésmente la palabra, con una benevolencia en que se reflejaba deseo de agradar. Habló de la comedia de Ostrowski, preguntando á Nejdánof, «como uno de los representantes de la nueva generación», qué pensaba de la obra.

Asombrado, asustado casi, Nejdánof no respondió al principio más que por monosílabos, pronunciados con voz temblorosa. Esto le irritaba contra sí mismo. ¿Por qué se turbaba de aquel modo? ¿No era su vecino un hombre como los otros?

Emitió sus ideas sin vacilación y sin atenuaciones; luego fue animándose, y llegó á hablar tan alto, que su vecino de la derecha no ocultaba su disgusto.

Nejdánof era un ardiente admirador de Ostrowski; mas, á pesar de todo su respeto al talento desplegado en esta comedia por su autor, no podía aprobar esa tendencia evidente á combatir la civilización, tendencia que se mostraba palmariamente en la obra de Ostrowski, mediante el tipo caricaturesco de Vikhoref (1).

Su amable vecino le escuchaba con atención y complacencia, y en el entreacto siguiente renovó la conversación con el joven, no ya acerca de la comedia de Ostrowski, sino en general sobre diversos fines de la vida, de la ciencia y de la política.

(1) En la comedia de Ostrowski, Vikhoref es un vividor arruinado que se hace amar de la hija de un rico comerciante de provincia, y que acaba por robar á su amada para estar seguro de que se le dará en matrimonio. Con ó sin intención, el eminente dramaturgo ruso ha presentado el contraste entre el elemento patriarcal del pasado y un producto vicioso de la civilización.

Parecía interesarse vivamente por su elocuente interlocutor. Nejdánof, no sólo no experimentaba ya cortedad alguna, sino que, por el contrario, como suele decirse, á cada momento daba vapor á la máquina.

—Te muestras curioso—pensaba.—¡Pues bien, ya verás!

El vecino de la derecha lo que experimentaba no era ya inquietud, sino indignación mezclada de sospechas.

Al terminar la función, Sipiaguin se despidió de Nejdánof sumamente amable. Sin embargo, no deseó conocer el nombre del joven, ni él tampoco lo dijo.

Mientras que Sipiaguin esperaba su coche delante del peristilo, encontróse con uno de sus amigos, el príncipe S....., ayudante de campo del Emperador.

—Te he visto desde el palco—dijo el príncipe sonriendo á través de su perfumado bigote.—¿Sabes con quién estabas hablando?

—No; no lo sé. ¿Lo sabes tú?

—Un joven de talento, ¿verdad?

—Sí, de mucho talento. ¿Quién es?

El Príncipe se inclinó hacia Sipiaguin y le dijo al oído:

—Mi hermano, sí, mi hermano. ¡Un hijo natural de mi padre!..... Se llama Nejdánof. Ya te contaré. Mi padre no le esperaba; por eso se le puso por nombre Nejdánof (1). Sin embargo, se ocupa de él. Le señaló una renta. Le pagamos una pensión. Es un joven de inteligencia..... Gracias á mi padre, ha recibido una buena educación. Sin embargo, es de los contagiados..... republicano..... En casa no le recibimos..... ¡Es imposible! Pero ya está aquí mi coche: hasta la vista.

El Príncipe se alejó. Al día siguiente, Sipiaguin, al leer la *Gaceta de Policía*, se fijó en el anuncio publicado por Nejdánof, y se fué á su casa.

—Me llamo Sipiaguin—dijo dirigiéndose á Nejdánof y sentándose en una silla de paja enfrente del joven, que le miraba

(1) Literalmente *inesperado*.

fija y atentamente.—He sabido por los periódicos que desea usted prestar sus servicios en casa de una familia, y vengo á hacer á usted proposiciones. Estoy casado; tengo un hijo de nueve años, bastante listo, no dudo en afirmarlo. Pasaremos en el campo una parte del verano y del otoño, en el distrito de S....., á cinco verstas de la capital del departamento. ¿Tiene usted inconveniente en acompañarnos durante las vacaciones para enseñar á mi hijo la lengua rusa y la historia, las dos asignaturas de que hace usted mención en su anuncio? Me atrevo á creer que no tendrá usted queja de mí, de mi familia ni de la finca en que hemos de residir. Hermoso jardín, ameno arroyo, aire puro y casa espaciosa..... ¿Consiente usted? En ese caso, sólo falta que me dé usted á conocer las condiciones que tenga por conveniente; aunque supongo—añadió sonriéndose discretamente—que sobre este punto no puede existir entre nosotros la menor dificultad.

Durante todo el tiempo que Sipiaguin había estado hablando, Nejdánof no le quitó los ojos, contemplando su frente estrecha y poco elevada, pero inteligente; su nariz romana, de líneas correctas; sus ojos agradables, sus labios bien formados, de los cuales fluían corteses palabras, y sus largas patillas á la inglesa.

Le miraba y no sabía qué pensar.

«¿A qué viene todo esto? ¿Qué interés tiene este hombre en hacerme semejantes ofertas? Este aristócrata y yo.....—pensaba Nejdánof—¿cómo es posible que estemos juntos? ¿Qué es lo que se propone?»

Tan absorto se hallaba en sus reflexiones, que no despegó los labios, aunque Sipiaguin, terminada su arenga, guardaba silencio esperando la contestación.

Sipiaguin dirigió una mirada hacia el rincón donde se ocultaba Paklin, que le miraba con tanta atención, por lo menos, como Nejdánof. Acaso era la presencia de aquel tercer personaje la que impedía hablar á Nejdánof. Sipiaguin levantó los ojos con aire resignado, como aceptando lo extraño de una

situación en la cual se había colocado voluntariamente; después de haber levantado las cejas levantó la voz y repitió la pregunta.

Nejdanof vaciló.

—Ciertamente—dijo con alguna precipitación—consiento..... con placer..... aunque debo confesar..... no he podido menos de sorprenderme..... Como no tengo para usted ninguna especie de recomendación, y además las opiniones que manifesté anteayer en el teatro, parece que debieran haberle hecho á usted variar.....

—Se equivoca usted completamente sobre este punto, querido señor Alejo..... Alejo Dmitrich..... Por lo menos así lo creo—dijo Sipiaguin sonriendo.—Por mi parte me atrevo á afirmar que soy conocido por mis ideas liberales y hasta progresistas, y las de usted, prescindiendo (permítame que se lo diga) de cierta dosis de exageración que es propia de la juventud..... las ideas de usted, digo, no están, en rigor, en contradicción con las mías; hasta me atreveré á añadir que me agradan por su ardor juvenil.

Sipiaguin hablaba sin la más ligera vacilación. Sus períodos redondeados y suaves resbalaban, según la frase rusa, como la miel sobre el aceite.

—Mi mujer—continuó—participa de mi modo de pensar; acaso sus opiniones tengan más relación con las de usted que con las mías; y la cosa es clara: es más joven que yo. Cuando, al día siguiente de nuestra entrevista, leí en los periódicos el nombre de usted, que por cierto supe en el teatro, y que ha publicado usted, contra lo que es costumbre, al mismo tiempo que sus señas, este hecho, repito, me llamó la atención. He visto en esta coincidencia una especie..... perdone usted lo que haya de supersticioso en mi expresión..... una especie de mandato del destino. Me habla usted de recomendaciones. Su exterior, su personalidad han despertado mi simpatía. Esto me basta. Tengo la costumbre de fiarme de mi golpe de vista. Así puedo esperar..... ¿Consiente usted?

—Consiento, sí—respondió Nejdánof;—y me esforzaré en justificar su confianza. Permítame usted, sin embargo, que le advierta desde ahora que estoy dispuesto á ser el profesor de su hijo, pero no su ayo. Para esto último carezco de aptitudes; además, no quiero comprometerme á perder mi libertad.

Sipiaguin hizo ademán de espantar una mosca.

—Tranquilícese usted, mi querido señor Nejdánof. Ya sé que usted no es de la madera de que se hacen los ayos; no es un ayo lo que necesito. Buscaba un profesor y lo he encontrado. ¿Y respecto de las condiciones? ¿Las condiciones pecuniarías? ¿El vil metal?

Nejdánof vacilaba, un tanto confuso.

—Escuche usted—dijo Sipiaguin inclinándose, y tocando amistosamente la rodilla de Nejdánof:—entre gentes como nosotros bastan dos palabras. Le propongo á usted cien rublos por mes; los gastos de viaje, ida y vuelta, corren, naturalmente, de mi cuenta. ¿Le conviene á usted?

Nejdánof se sonrojó de nuevo.

—Eso es mucho más de lo que me hubiera atrevido á pedir..... porque yo.....

—Muy bien, perfectamente—interrumpió Sipiaguin.—Negocio concluído, y como si estuviera usted en mi casa.

Se levantó de la silla con aire gozoso y comunicativo, como si acabasen de hacerle un regalo. En todos sus movimientos se reflejaba cierta amable familiaridad casi retozona.

—Partiremos dentro de unos días—repuso con tono campechano.—Me gusta ver cómo llega la primavera á los campos, aunque la clase de mis ocupaciones me convierta en un hombre prosaico amarrado á la ciudad. Me permitirá usted que empecemos á contar el primer mes de su sueldo desde hoy. Mi mujer y mi hijo están ya en Moscu. Los encontraremos en el campo..... en el seno de la naturaleza. Nosotros dos iremos juntos, como compañeros.

Sipiaguin se sonrió amablemente.

—Y ahora.....

Sacó del bolsillo de su gabán una carterita negra, con adornos de plata, y de ella una tarjeta.

—He aquí mis señas en San Petersburgo. Venga usted á verme, mañana, si gusta, á medio día. Hablaremos un rato..... Ya le diré á usted lo que pienso sobre la educación..... De paso fijaremos el día de nuestra marcha.

Sipiaguin estrechó la mano de Nejdánof.

—A propósito—añadió, bajando la voz con aire confidencial—si tiene necesidad de algún adelanto..... ¡Le suplico que prescinda de ceremonias! ¿Quiere usted el importe de un mes?

Nejdánof no sabía qué responder, y miraba con incertidumbre á aquel rostro, para él tan nuevo, y que, aproximándose cerca del suyo, se sonreía con tanta benevolencia.

—¿No le hace á usted falta, eh?—dijo por lo bajo Sipiaguin.

—Si usted me lo permite, le contestaré mañana—respondió Nejdánof.

—Perfectamente. Hasta mañana.

Sipiaguin soltó la mano del joven y se dispuso á salir.

—Permítame usted una pregunta—dijo de repente Nejdánof.—Me ha dicho usted que en el teatro supo mi nombre. ¿Quién se lo dijo?

—¿Quién? Uno de mis amigos..... pariente de usted, según creo; un Príncipe..... el Príncipe G.....

—¿El ayudante de campo?

—El mismo.

Nejdánof se sonrojó más que las veces anteriores, y abrió los labios; pero volvió á cerrarlos sin decir nada. Sipiaguin le estrechó de nuevo la mano, esta vez sin decir palabra. Le saludó, saludó también á Paklin, cogió su sombrero al llegar á la puerta, y salió llevando en el semblante una sonrisa de satisfacción, en la cual sonrisa se reflejaba el convencimiento de la impresión profunda que su visita no podía menos de haberle causado.

IV

Apenas hubo desaparecido Sipiaguin, Paklin, dando un salto en su silla, precipitándose hacia Nejdánof, empezó á felicitarle.

—Esto es lo que se llama pescar un pez gordo—decía, riéndose y dando zapatetas.—¿Sabes quién es Sipiaguin? ¡Si le conoce todo el mundo! Un chambelán, una columna de la sociedad, si se me permite la frase, un futuro ministro.

—Me es completamente desconocido—dijo Nejdánof con cierto desaliento.

Paklin levantó las manos con ademán desesperado.

—He aquí precisamente nuestra desgracia, mi buen Alejo; no conocer á nadie. Queremos obrar, queremos revolver el mundo, y vivimos fuera de él; no tenemos relación más que con dos ó tres amigos, y nos revolvemos dentro de un círculo pequeño.....

—Perdona—interrumpió Nejdánof;—no es eso sólo. Es sencillamente que rehusamos mezclarnos con nuestros enemigos. Con los nuestros, con el pueblo, estamos en constante comunicación.

—¡La, la, la!—interrumpió á su vez Paklin.—Respecto de eso que dices de los enemigos, permíteme que te recuerde aquellos versos de Goethe:

«Si comprender deseas al poeta,
penetra en el país de la poesía.»

O lo que es lo mismo:

«El que quiera comprender al enemigo,
debe ir al país del enemigo.»

Vivir apartado de los adversarios, ignorar sus costumbres y su vida..... Absurdo, ab-sur-do. Sí, sí. Para cazar al lobo

en el bosque, es preciso conocer todas sus guaridas. Hablas de ponerte en comunicación con el pueblo. ¡Pobre amigo mío! En 1862, los polacos «se arrojaron al bosque». Ahora somos nosotros los que nos arrojamos también á la selva, es decir, al pueblo, que es más sordo para nosotros que un bosque.

—Pues ¿cuál es tu opinión? ¿Qué debe hacerse?

—Los indios se precipitan bajo las ruedas del carro del dios de Yozgornat—continuó Paklin con tono sombrío;—el carro los aplasta y mueren santamente. Nosotros tenemos también nuestro Yozgornat..... El nos aplastará, es cierto, mas no nos dará la santidad.

—Pero ¿qué es lo que debe hacerse, di?—repitió Nejdánof casi gritado,—¿acaso escribir novelas *tendenciosas*?

Paklin abrió los brazos y echó hacia atrás la cabeza.

—¡Novelas! En todo caso, tú podrías escribirlas, porque tienes vena literaria. Vamos, no te enfades. Me callo. Ya sé que no te gusta que se aluda á eso. Por lo demás, estoy de acuerdo contigo; no es ese oficio más divertido que el de fabricar tomos «ridículos», sobre todo con los nuevos términos de la moda: «Os amo», salta ella. «Me es igual», responde él. Este es el género que priva y que penetra en todas las clases, empezando por la más alta. Apoyarse en los Ostrodumof no es bastante. Los Ostrodumof son buenas personas, bravos corazones, pero tontos, tontos. ¿Te has fijado en nuestro amigo? Nada tiene; ni siquiera las suelas de sus botas son como las de las personas inteligentes. Ahora, por ejemplo, ¿por qué ha salido de aquí? Por no estar en la misma sala, por no respirar el mismo ambiente que un aristócrata.

—Te suplico que no me hables así de Ortrodumof—gritó Nejdánof con violencia.—Si lleva las botas gruesas, es porque las botas gruesas cuestan baratas.

—No es esto lo que yo decía—añadió Paklin.

—No quiere estar en la misma sala que un aristócrata—continuó Nejdánof gritando más fuerte,—y precisamente yo le alabo el gusto. Y, sobre todo, es de los que saben sacrifi-

carse y, si fuese necesario, ir en busca de la muerte, cosa que ni tú ni yo haremos jamás: no vacilaría.

Paklin hizo un gesto lastimoso, y mostrando sus piernas torcidas, exclamó:

—¡Cómo había de ir yo á batirme, querido amigo! ¿Quieres decírmelo? Mas dejemos esto; te repito que me agrada tu amistad con el señor Sipiaguin, y que veo en ella para lo sucesivo gran provecho en pro de nuestra obra. Vas á encontrarte en el gran mundo. Verás en él á los hombres más distinguidos, á esas mujeres con cuerpos de terciopelo sobre resortes de acero, como dicen *Las cartas acerca de España*. Estúdialas, amigo mío, estúdialas. Si tú fueses un epicúreo, tendría temor por ti..... créeme! Mas ¿no es por eso, verdad, por lo que tú has buscado una colocación?

—He buscado una colocación para no morirme de hambre —replicó Nejdánof.—Y para apartarme de vosotros por algún tiempo—añadió mentalmente.

—¡Pues es claro! Por eso te repito: ¡observa, estudia!..... ¡Qué perfume ha dejado aquí ese señor!—Paklin levantó la nariz para husmear el aire.—Precisamente es el perfume de ámbar con el cual soñaba la mujer del *maitre* en *El Revisor*..... (1).

—Ha interrogado al Príncipe G... acerca de mi conducta —dijo con voz sorda Nejdánof, que había vuelto á colocarse delante de la ventana.—Probablemente á estas horas conoce toda mi historia.

—No sólo es probable, sino cierto. ¿Qué te importa?.... Pienso que por eso precisamente se le ha ocurrido buscarte para profesor. Tú eres un aristócrata por la sangre; serás, por tanto, de los suyos. ¡Mas ahora reparo que hace mucho tiempo que estoy aquí, y ya es hora de que marche á mi oficina, á casa de los viles explotadores! Hasta la vista, compañero.

(1) Comedia de Nicolás Gogol.

Paklin echó á andar hacia la puerta; pero se detuvo, y volviéndose,

—Escucha, Alejo—dijo con voz insinuante:—hasta ahora has rehusado mis ofrecimientos..... Bien conozco que pronto vas á tener dinero; mas permítame que haga una pequeña ofrenda para la obra común. Yo no puedo ser útil de otra manera; séalo al menos con mi bolsa. Ahí tienes, mira.

Dejó sobre la mesa un billete de diez rublos.

—¿Lo aceptas?

Nejdanof no contestó.

—Quien calla, otorga. Gracias—gritó alegremente Paklin, y desapareció.

Nejdanof quedó solo. Continuó mirando al través de los vidrios de su ventana el patio estrecho y sombrío donde, ni aun durante el verano, penetraban los rayos del sol; su semblante estaba más sombrío que el patio.

Nejdanof era hijo, como ya sabemos, del Príncipe G...., rico personaje, general ayuda de campo, y de una institutriz de su hija, linda muchacha, antigua discípula de un Instituto de señoritas nobles, muerta el mismo día de su alumbramiento. Recibió Nejdanof su primera educación en un colegio dirigido por un suizo, inteligente y severo pedagogo. Más tarde entró en la Universidad.

Deseaba estudiar Derecho, pero el general, su padre, que detestaba á los nihilistas, lo lanzó á la *Estética*, como decía Nejdanof con amarga ironía, ó lo que es lo mismo, le hizo entrar en la Facultad histórico filológica.

El padre de Nejdanof veía á su hijo tres ó cuatro veces á lo sumo por año, mas se interesaba por su suerte, y antes de morir le dejó en el testamento, en recuerdo de Naskia, su madre, un capital de 6.000 rublos, cuyos intereses le eran entregados en forma de pensión por sus hermanos los Príncipes G.....

No sin razón le motejaba Paklin de aristócrata; todo en él revelaba su origen: la pequeñez de sus orejas, de sus manos y

de sus pies, lo fino de sus facciones, acaso algo menudas, la delicadeza de su piel, la belleza de sus cabellos, la ligera pas-tosidad de su voz simpática é insinuante. Era sumamente ner-vioso, susceptible é impresionable, y hasta caprichoso: la si-tuación falsa en que se encontraba desde niño había contri-buído á aumentar su susceptibilidad; pero su generosidad in-nata le impedía llegar hasta la suspicacia ni la desconfianza. Esta falsa situación indicaba las contradicciones de su espíri-tu. Escrupuloso hasta la exageración, tanto, que por cual-quiera cosa se disgustaba, fingía ser en sus palabras cínico y hasta grosero; idealista por naturaleza, apasionado, casto, audaz y tímido al mismo tiempo, se echaba en cara á sí pro-pio como un vicio vergonzoso su timidez y su castidad, y consideraba un deber poner en ridículo el ideal.

Era tierno su corazón, y se apartaba de los hombres; se irritaba fácilmente, mas no guardaba rencor. Se indignaba contra su padre, que le había lanzado en la Estética; en rigor, sólo se ocupaba de política y de cuestiones sociales; predicaba (con perfecta convicción) las ideas más avanzadas, pero en se-creto adoraba la poesía, el arte, la belleza en todas sus mani-festaciones..... hasta hacía versos.

Ocultaba cuidadosamente el cuaderno en que los escribía, y entre sus amigos de San Petersburgo sólo Paklin, gracias á su buen olfato, sospechaba la existencia de ellos. Nada era tan mortificante para Nejdánof como una alusión, por discre-ta que fuese, á sus tendencias poéticas, que eran consideradas por él como una imperdonable debilidad.

Su profesor suizo le había llenado la cabeza de hechos y fechas. No temía el trabajo; antes bien, se entregaba á él con placer, aunque un poco febrilmente y sin compañía. Sus ami-gos le amaban, atraídos por la sinceridad, la bondad y la pu-reza que encontraban en el joven. Mas el pobre Nejdánof no había nacido con feliz estrella; la vida no se le presentaba fá-cil. Esto le impresionaba profundamente, y á pesar del afecto de sus amigos se consideraba siempre aislado.

Cuando se quedó solo en su cuarto delante de la ventana, Nejdánof pensó con pena en su próximo viaje y en el nuevo rumbo inesperado que tomaba su vida..... No sentía dejar á San Petersburgo. Nada abandonaba tampoco que le fuese particularmente querido. Además, ¿no iba á volver en otoño? Sin embargo, vacilaba, presa de irresolución, de melancolía involuntaria.

—¡Vaya un profesor que voy á hacer yo!—pensaba.—¡Valiente pedagogo!

Casi se acusaba de haber admitido este encargo, aunque, en rigor, la acusación fuese injusta. Nejdánof poseía bastante instrucción, y á pesar de las desigualdades de su carácter, los niños acudían á él sin repugnancia, y el joven, por su parte, los atraía fácilmente.

La tristeza que le invadía en aquellos momentos reconocía por causa la impresión que experimentan los melancólicos y los soñadores cuando se ven obligados á separarse de lo conocido. Los caracteres aventureros, los sanguíneos, desconociendo esta impresión, se regocijan cuando el curso ordinario de su vida se interrumpe y la ocasión les depara el cambiar de sitio.

Nejdánof, tan profundamente absorto estaba con sus sueños, que poco á poco y casi inconscientemente los tradujo en palabras. Las impresiones que flotaban en su espíritu parecían que se hacían cadenciosas y rimaban entre sí.

—¡Caramba!—exclamó en voz alta:—Creo que voy á componer versos.

Se retiró de la ventana, y fijándose en el billete de diez rublos que Paklin había dejado sobre la mesa, lo guardó en el bolsillo y comenzó á pasearse por la habitación.

—Será necesario que tome una paga adelantada, puesto que este señor me la ha ofrecido. Cien rublos, y de parte de mis hermanos Sus Altezas otros cien rublos..... Cincuenta por mis dietas, sesenta ó setenta para el viaje, y el resto para Ostrodumof, así como los diez de Paklin. También recibiremos algo de Merculof.

Mientras que hacía estos cálculos, comenzaban las rimas á bullir en su cabeza. Luego, como soñando y con la mirada distraída, se detuvo un momento; sus manos buscaron á tientas y abrieron un cajón, en el fondo del cual había un cuaderno escrito.

Se sentó en la silla delante de la mesa. Sin cambiar la dirección de su mirada, murmurando palabras incoherentes y sacudiendo de tiempo en tiempo su cabellera y borrando y haciendo rayas, se puso á escribir versos.

La puerta de la antesala se abrió á medias, y apareció la cabeza de Machurina. Nejdánof, sin fijarse, continuó escribiendo; Machurina le miró largo tiempo fijamente; después, moviendo la cabeza de derecha á izquierda con aire de compasión, dió un paso atrás. Mas Nejdánof, levantándose de repente, dijo, no sin cierto despecho, y arrojando su cuaderno en el fondo del cajón:

—¡Ah!..... ¿Es usted?

—Ostrodumof me ha enviado aquí—dijo la joven lentamente—para saber cuándo podremos tener el dinero. Si lo recibiera usted hoy, podríamos partir esta noche.

Nejdánof frunció las cejas.

—Hoy, imposible. Vuelva usted mañana.

—¿A qué hora?

—A las dos.

—Bien.

Machurina calló un instante, y repentinamente, tendiendo la mano á Nejdánof, le dijo:

—Creo que he molestado á usted. Perdóneme usted. Voy á partir. ¡Quién sabe si nos volveremos á ver! Quería decirle á usted adiós.

Nejdánof estrechó la mano roja y fría de Machurina.

—¿Ha visto usted esta tarde aquí al caballero que me ha visitado?—dijo.—Me he entendido con él, y le acompañó á su finca, cerca de S.....

Machurina se sonrió.

—Cerca de S..... ¡En ese caso no es difícil que nos volvamos á ver! Es posible que se nos envíe por ese lado.

Machurina suspiró.

—¡Ah, Alejo Dmitrich!

—¿Qué?—preguntó Nejdanof.

Machurina contestó con tono grave:

—Nada. ¡Adiós! Nada.....

Volvió á estrechar la mano de Nejdanof y se alejó.

—Nadie, en todo San Petersburgo, me es tan afecto como este diablo de muchacha—pensó Nejdanof; — pero le hubiera agradecido que no me hubiera venido á interrumpir.

A la mañana siguiente, Nejdanof encaminó sus pasos hacia la casa de Sipiaguin, y allí, en un soberbio gabinete amueblado severamente, como convenía á la vivienda de un hombre de Estado, liberal y de buen tono, sentado delante de un escritorio en el cual aparecían dispersos en estudiado desorden cuchillos que no habían cortado jamás nada y montones de papel que nadie había utilizado nunca, escuchó durante una hora los discursos sensatos, benévolos, *untuosos* como bálsamo, que le dirigía Sipiaguin.

Recibió al cabo el adelanto de los cien rublos, y diez horas más tarde, el mismo Nejdanof, recostado en el diván de terciopelo de un departamento particular de primera clase, y junto al hombre de Estado discreto y liberal, caminaba hacia Moscu sobre los rails del camino de hierro Nicolás.

V

En el salón de una gran casa de ladrillos construída en 1825 por el padre de Sipiaguin, muy conocido como agrónomo y como hombre de puños, madama Sipiaguin, hermosa mujer, esperaba de un momento á otro la llegada de su marido, anunciada por telégrafo.

El decorado á la moderna de este salón mostraba el gusto

delicado de su dueño; todo era allí gracioso y agradable; todo, desde la bien entendida variedad de los colores y las cortinas de cretona, hasta las diversas formas de los *bibelots* de porcelana, bronce ó metal esparcidos por las mesas y estantes. Todo ello se destacaba dulcemente al ser herido por los rayos del sol del mes de Mayo, que penetraban libremente por las altas y grandes ventanas abiertas de par en par. Llena de un perfume de lirio (ramos de esta hermosa flor primaveral aparecían distribuídos por todos lados), la atmósfera del salón parecía temblar removida por ligeras bocanadas de viento que antes habían acariciado, al pasar, las frondas cubiertas de flores del jardín.

Cuadro encantador. Valentina Mikhailovna Sipiaguin completaba este cuadro, dándole pensamiento y vida.

Era una mujer de cerca de treinta años, de alta estatura, cabellos castaño oscuros; su rostro, de facciones correctas, recordaba el de la Madonna de la Capilla Sixtina, con sus ojos aterciopelados y profundos; eran sus labios un poco gruesos y descoloridos; los hombros un tanto levantados y las manos algo grandes..... Mas el que la hubiese visto ir y venir en su salón, ágil y ligera, ya inclinando su talle, fino y esbelto, hacia una flor para aspirar su perfume, ya mudando de sitio algún vaso chino, ya alisando sus lustrosos cabellos delante del espejo y entornando sus lindos ojos..... el que esto hubiese contemplado se hubiera ciertamente dicho que nunca había visto una mujer más encantadora.

Un hermoso niño de siete años, con el cabello ensortijado y vestido á la escocesa, desnudas las piernas, muy peinado y perfumado, entró corriendo en el salón y se detuvo como cortado ante el aspecto de madama Sipiaguin.

—¿Qué es eso, Kolia? (1).

La voz de la dama era tan blanda y tan aterciopelada como sus ojos.

(1) Diminutivo de *Nicolav* (Nicolás).

—Es que, mamá—dijo el niño con cierto embarazo,—es que mi tía me ha enviado aquí á buscar flores..... para su cuarto..... como ella no tiene.....

Madama Sipiaguin cogió al niño por la barba, y haciéndole levantar la cabeza,

—Dile á tu tía que le pida las flores al jardinero; las que están aquí son mías, y no quiero que se las toque: dile también que no me gusta que se desarregle lo que yo arreglo. ¿Sabrás repetir mis palabras?

—Sí.....—balbuceó el pequeñuelo.

—Vamos á ver cómo dirás.

—Pues..... diré..... que tú no quieres.

Madama Sipiaguin se echó á reir, y su risa era también suave y blanda como su voz.

—Ya veo que no se te pueden confiar todavía ciertas comisiones. Pero es igual: dile lo que quieras.

El niño besó con viveza la mano cargada de sortijas de su madre, y se precipitó fuera de la sala.

Madama Sipiaguin le siguió con los ojos, suspiró, se aproximó á una jaula dorada, por cuyos alambres trepaba un papagayo verde, ayudándose prudentemente con el pico y las patas; le hizo una fiesta con el dedo, después se dejó caer sobre un diván de poca altura, y tomando de un velador esculpido el último número de la *Revista de Amos Mundos*, se puso á hojearle, apoyada en el respaldo del diván.

Una tos respetuosa le hizo levantar la cabeza: un criado de librea y corbata blanca estaba en el umbral de la puerta.

—¿Qué es eso, Gattion?—dijo la dama con voz dulce.

—Simón Petrovitch Kallomeitsef. ¿Puede pasar?

—Sí, hazle entrar, y ve á decirle á la señorita Mariana que se le suplica tenga á bien venir al salón.

Simón Petrovitch Kallomeitsef era un joven de cerca de treinta y dos años. Al verle entrar en el salón, con su aire desembarazado y descuidado al mismo tiempo y casi desfallecido, mostrar después una viva alegría en su rostro, inclinarse un

poco de medio lado é incorporarse como movido por un resorte, dirigir la palabra á la dueña de la casa con gangosidad melosa, tomar respetuosamente y besar con efusión la mano de Valentina; al ver todo esto, era fácil adivinar que el recién venido no era un provinciano, un vecino cualquiera de aquellos sitios, sino un verdadero elegante de San Petersburgo. Añadamos que iba vestido á la última moda inglesa. En el bolsillo del pecho, absolutamente aplastado, de su americana abigarrada, asomaba, en forma de triángulo, la punta de un pañuelo nuevo de batista blanco. Su monóculo, pendiente del extremo de un largo cordón nuevo, y el color pálido y mate de sus guantes de Suecia, estaban en perfecta armonía con el tinte gris de su pantalón á cuadros.

El señor Kallomeitsef llevaba corto el cabello, afeitado por delante el rostro. Su semblante casi femenino, con ojos pequeños y muy juntos, su nariz y labios delicados, expresaban esa distinción que tan bien cuadra á un caballero perfectamente educado.

Tan amable fisonomía tomaba, sin embargo, una expresión perversa y hasta grosera, por poco que se intentase atacar los principios conservadores, patrióticos y religiosos del señor Kallomeitsef. ¡Oh! ¡Entonces no tenía piedad! Su distinción se evaporaba y sus tranquilos ojos lanzaban llamas, mientras que su sonrosada boca dejaba escapar palabras malsonantes y reclamaba, con gritos de mozo de cordel, los fueros de la autoridad.

Kallomeitsef descendía de una familia de jardineros. Su bisabuelo se llamaba Kolomentrof, del nombre de la ciudad de su nacimiento; el abuelo transformó el nombre en Kolome-sef; el padre firmaba Kalomeitsef; en fin, Simón Petrovisch, habiendo añadido una *l* á su apellido, se consideraba formalmente como un noble de pura raza, y se complacía en repetir que su familia descendía directamente de los barones de Gallenmeyer, uno de los cuales había sido feld-mariscal en Austria durante la guerra de treinta años.

Prestaba sus servicios en la corte con el título de *gentilhombre* de cámara; su patriotismo había sido causa de que no se dedicara á la carrera diplomática, á donde le llamaban sus aficiones, su educación, sus modales, su partido con las mujeres. ¡Pero dejar á Rusia!..... «¡Jamás!» decía solemnemente..... en francés.

Era rico, muy bien relacionado, y se le consideraba como hombre de porvenir, de buenas cualidades, aunque *algo feudal en sus opiniones*, según la frase del Príncipe B..... personaje muy conocido y una de las lumbreras de la sociedad burocrática de San Petersburgo.

Estaba disfrutando de dos meses de licencia en el Gobierno de S..... para ocuparse de la administración de sus bienes, «para meter miedo al uno y apretar las clavijas al otro.» De lo contrario, nada andaría bien.

—Creí encontrar aquí á Boris Andreitch—dijo, columpiándose graciosamente y mirando con ínfulas de personaje.

Madama Sipiaguin hizo un leve movimiento.

—¿De modo que, sin esa causa, no hubiera usted venido?

Kallomeitsef dió un paso atrás; tan inmotivada le parecía la pregunta.

—¡Oh, señora!—exclamó.—¡Cómo ha podido usted suponer.....!

—Está bien. Tome usted asiento. Boris Andreitch vendrá en seguida. He enviado un coche á la estación. Un poco de paciencia. Va usted á verle. ¿Qué hora es?

—Las dos y media—dijo Kallomeitsef sacando del bolsillo del chaleco un reloj grande de oro esmaltado, que enseñó á Mad. Sipiaguin.—¿Ha visto usted mi reloj? Es un regalo de Miguel, ya sabe usted, el Príncipe de Servia, Obrenoostch. He aquí sus iniciales. Somos grandes amigos. ¡Qué joven tan agradable! Y además, una mano de hierro, como conviene á un gobernante. ¡Oh, con él no se juega, no!

Kallomeitsef se extendió en su butaca, cruzó las piernas y empezó á quitarse nuevamente el guante de la mano izquierda.

—¡Ah! ¡Si tuviésemos un hombre de su temple en el Gobierno de S.....!

—¿Y para qué? ¿De qué está usted quejoso?

Kallomeitsef frunció las narices.

—Este *zemsvo* (1) ¡caramba!, este *zemsvo*, ¿para qué sirve? Unicamente para debilitar la administración y despertar..... ideas inútiles (mover la mano para establecer en ella la circulación interrumpida por el guante), y esperanzas irrealizables (se sopló la mano). Todo esto lo he dicho en San Petersburgo. Pero, ¡bah! el viento no sopla de ese lado..... Su mismo esposo de usted es conocido por sus ideas liberales.....

Madame Sipiaguin se incorporó en su diván.

—¡Cómo! ¿También usted, Mr. Kallomeitsef, combate al Gobierno?

—¡Yo combatirle!..... ¡Jamás! Por nada del mundo. *Mas hablo con franqueza*:—Las frases subrayadas las decía en francés Kallomeitsef.—Alguna vez critico, pero siempre acabo por someterme.

—A mí me parece todo lo contrario: jamás critico, pero nunca me someto.

—¡Ah; pero eso es toda una frase! ¿Me permitirá usted que se la repita á mi amigo Ladislao, á quien usted conoce? Tiene el pensamiento de escribir una novela del gran mundo; ya me ha leído algunos capítulos. Será una obra deliciosa. *Tendremos, por fin, el mundo ruso pintado por sí mismo.*

—¿Dónde se publicará?

—En *El Mensajero Ruso*. Es nuestra *Revista de Ambos Mundos*. Creo que usted la lee.

—Sí, pero la encuentro algo fastidiosa.

—Es posible, es posible.

—Y *El Mensajero Ruso* tampoco es muy divertido.

(1) *Zemsvo*. En Rusia hay dos especies de asambleas locales de este nombre, que vienen á ser lo que entre nosotros los Municipios y las Diputaciones.

Kallomeitsef se echó á reir á mandíbula batiente.

—Ya sé que decir eso es de buen tono. Mas es un periódico al que se respeta—continuó,—y es lo principal. Lo confieso: la literatura rusa no me interesa nada. En las novelas actuales no figura más que gentuza. Hasta hay alguna cuya heroína es una cocinera, una simple cocinera. ¡Como usted lo oye! Mas, en cuanto á la novela de Ladislao, de seguro la leeré. Habrá motivo para que el lector se ría..... ¡Y luego la tendencia, la tendencia! Los nihilistas serán arrastrados por el lodo: me lo fía la manera de pensar de Ladislao, *que es muy correcta*.

—No se puede decir lo mismo de su pasado—observó madama Sipiaguin.

—¡Ah! *Echemos un velo sobre los errores de la juventud*—exclamó Kallomeitsef, acabándose de quitar el guante de la mano derecha.

Madama Sipiaguin, por segunda vez, movió los ojos con un gracioso movimiento, pues estaba convencida del encanto insuperable de su mirada.

—Simeón Petrovitch — preguntó—¿por qué, hablando ruso, emplea usted tantas palabras francesas? Permítame que le diga que eso está algo pasado de moda.

—¿Por qué?.... ¿Por qué?.... No todos poseen la lengua patria tan admirablemente como..... usted. Por mi parte considero la lengua rusa como el idioma de los ukases y de las cosas oficiales. Guardo gran consideración á la pureza del lenguaje. Me inclino ante Karanzine. Mas el ruso de diario, si se me permite hablar así, ¿es el único que existe? Esta exclamación habitual mía, *¡C'est un mot!*, por ejemplo. ¡Imposible expresar en ruso la misma idea!

—Yo diría. Eso es una expresión feliz.

Kallomeitsef se echó á reir.

—¡Expresión feliz! ¡Oh, señora! ¿No veis que esa frase huele á maestro de escuela ó á Seminario? Toda su gracia desaparece así.

—¡Bueno! No me convencerá usted. Mas ¿qué estará haciendo Mariana?

Tocó un timbre y se presentó un *groom*.

—He dicho que se suplique á la señorita Mariana que tenga la bondad de venir al salón. ¿Es que se ha olvidado?

El *groom* no tuvo tiempo de responder. Detrás de él apareció en el umbral una joven con el cabello cortado, vestida con una bata de color obscuro. Era Mariana Vikentievona Smetnkaia, sobrina de Sipiaguin por parte de madre.

IVAN TURGUENEFF.

(Se continuará).

¿ESTUDIO CERVANTES EN SALAMANCA?

(CONCLUSIÓN.)

IV

Y ahora que, si bien *hipotética y condicionalmente*, creo haber hallado en la cronología biográfica de Cervantes el lugar que buscaba en ella, para colocar provisionalmente—y en tanto que no aparezca nada que á ello se oponga—los estudios de nuestro glorioso novelador de Salamanca, tócame enumerar los antecedentes, datos y testimonios en que fundo mi suposición.

Consisten éstos en una serie de hechos y de indicios que, como por secreto acuerdo, como por mutuo convenio se dirigen con rara conformidad á un mismo objeto y convergen con extraña convergencia á un punto determinado.

Y cierto que esta coincidente orientación y esta acorde armonía de sucesos, referencias, atisbos y vislumbres, esta unanimidad de los hechos y las cosas—si así puede decirse—en sostener un tema determinado, aviva poderosamente la curiosidad del observador y fuerza al ánimo á aceptar como verdadero un suceso que tantos testigos imparciales é independientes entre sí obstínanse en mantener y acreditar.

¿Cómo no admitir como destellos y nuncios de verdad un reguero de datos, noticias y testimonios que á lo largo del camino de la historia fuese marcando el rastro de algún hecho,

contorneando, como quien dice, las hondas huellas de la realidad sobre el polvo de lo pasado?

Reflexione quien leyere, si parecen ó no advertirse esas huellas por la senda que trato de explorar.

1.º Testigo de mayor excepción y venerable autoridad, es en este pleito la tradición conservada, según parece, desde antiguo en Salamanca, de que Cervantes concurrió á sus célebres escuelas y habitó en aquella ciudad en la calle de los Moros, que en memoria de haberle albergado, lleva desde hace tiempo su nombre (1).

¿De dónde nació esta tradición? ¿Existen hechos y testimonios que nos autoricen á darla por falsa é infundada? Al contrario, hechos y referencias de verdadero peso, parecen empeñados en mantenerla.

2.º De acuerdo con la tradición hállase el testimonio expreso de D. Tomás González, sujeto, por su erudición y por su carácter religioso, harto digno de crédito, el cual, siendo catedrático de retórica en la Universidad de Salamanca, aseguró á Navarrete «haber visto entre los apuntamientos de sus anti-

(1) Véase lo que á este propósito me escribe el Sr. D. José María de Onís, archivero de la Universidad de Salamanca, á quien de todas veras agradezco la puntualidad y eficacia con que ha satisfecho las preguntas que á este propósito le dirigí:

—«Hay una calle en Salamanca que, tanto á la entrada como á la salida, tiene estos dos rótulos: *Calle de los Moros*.—*Calle de Cervantes*. Este es más moderno que aquél—data, según parece, de 1868—y la gente la nombra y conoce más por el primero. *Es tradición* aquí, que en dicha calle vivió Cervantes, y aún se indica la casa en que habitó *con un grande de España, á quien sirvió en calidad de camarero*.»

Corroborata esta tradición la siguiente nota que se halla en la p. 46 de la *Reseña histórica de la Universidad de Salamanca, hecha por los doctores D. Manuel Hermenegildo Dávila, D. Salustiano Ruiz y D. Santiago Diego Madrazo. Salamanca, 1849*.—«Consta que el inmortal Cervantes cursó aquí dos años, habiendo vivido en la calle de los Moros.» D. Nicolás D. de Benjumea, en su libro *La verdad sobre el Quijote*, p. 15, menciona esta noticia.

guas matrículas, el asiento de Miguel Cervantes para el curso de filosofía, durante dos años consecutivos, con expresión de que vivía en la calle de Moros» (1).

¿Será lícito dudar del testimonio de persona tan respetable como el futuro canónigo de Plasencia, (2) el cual, siendo en el tiempo en que facilitó á Navarrete esta noticia catedrático de retórica en Salamanca, puede afirmarse que la bebió en la propia fuente, puesto que tan á mano tenía los libros de matrículas de aquella Universidad?

Cierto es que si los asientos que el Sr. González dijo haber visto existieron, en efecto, en aquellos libros, no cabe duda que han desaparecido de entonces acá, pues con la mayor escrupulosidad y empeño examiné inútilmente en su busca todos los registros salmantinos; pero el hecho de que no existan ahora, no implica el de que no existieran hacia 1819, es decir, poco antes de la publicación del libro de Navarrete. Cosa tanto más probable cuanto que aquellos libros de matrículas se hallan en algunos parajes asaz maltratados por la humedad y faltos de algunas hojas.

3.º Al testimonio de D. Tomás González debe unirse el justo y muy respetable criterio de Navarrete, quien refiriéndose á la noticia que el primero le facilitó sobre los estudios de su excelso biografiado, dice: «no la hallará infundada quien reconozca la exactitud con que Cervantes habla de aquellos estudios, del número y costumbres de los escolares y de otras circunstancias del país, especialmente en las obras que citamos en este lugar» (3). Las obras á que Navarrete alude son las mencionadas por él en la pág. 12 del mismo libro, la se-

(1) *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, por D. Martín Fernández de Navarrete, pág. 271.

(2) «... doctor en Teología, muy entendido en los archivos de España,» se le declara en la p. 70, de la citada *Reseña histórica de la Universidad de Salamanca*.

(3) Navarrete: *loc. cit.*, pág. 271.

gunda parte del *Quijote*, *El Licenciado Vidriera* y *La Tía fingida*; y aunque los modernos críticos llegasen á negar totalmente la paternidad de Cervantes respecto á esta última producción, siempre quedarían en pie las anteriores, en las cuales hay lo que basta para acreditar el parecer del docto crítico. Y amén de ellos subsisten las demás obras del rey de nuestros prosistas en que abundan las citas y referencias á Salamanca y sus alrededores, como Valdeastillas, Mollorido, Rincón, etc., pueblos, á lo que parece, asaz conocidos y frecuentados de Cervantes (1).

Pero Navarrete no sólo insinúa la estancia y estudios de Cervantes en Salamanca, sino que no vacila en afirmarla.

Refiriéndose á *La Tía fingida*, dice: «La lectura de esta novela, la del *Licenciado Vidriera* y algunos otros pasajes de otras, convencen de que Cervantes *residió* y aun estudió en Salamanca *por espacio considerable de tiempo*.»

Y en verdad que, por boca del *Licenciado Vidriera*, elogia su autor á Salamanca, con frase que parece hecha para corroborar la afirmación de Navarrete, puesto que dice de la ciudad del Tormes: *que enhechiza la voluntad de volver á ella á todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado*.

Y, leído esto, ¿cómo no creer que Cervantes *gustase de la apacibilidad de su vivienda*, frase que por sí sola expresa, no el rápido paso del apresurado viajero por la entonces opulenta ciudad de las Escuelas, sino la quieta y reposada estancia en ella *por espacio considerable de tiempo*, como dijo Navarrete?

Circunstancia digna de ser notada, y argumento, á mi juicio, muy favorable á mi tesis, es que, siendo Cervantes natural de Alcalá de Henares, todos los personajes de sus novelas

(1) En *La Ilustre fregona* y en *El Coloquio de los perros* cita á Valdeastillas, en *Los tratos de Argel* á Mollorido, en *Rinconete y Cortadillo* al Pedroso, lugar puesto entre Salamanca y Medina del Campo, en *El Quijote* y *La Gitanilla*, á la Peña de Francia, etc.

estudian en Salamanca (1), y siempre que ha de hablar de estudios, á Salamanca y no á Alcalá se refiere (2).

¿No significa esto que el autor, que siempre copiaba del natural sus pinturas de la realidad, conocía por experiencia propia la vida estudiantescas de Salamanca y no la de Alcalá?

4.º Pero sobre el elocuente testimonio de las obras cervantinas, que nos declaran ser harto conocidas de su inmortal autor Salamanca y sus aledaños, existe en los libros de aquella Universidad un grupo de nombres, que, sin quitar ni añadir letra, figuran en las novelas del *manco sano*, y no ciertamente en los segundos términos.

Con razón escribió el ilustre D. Aureliano Fernández Guerra que Cervantes «no leyó libro ni trató persona que no diese lugar á un rasgo de su pincel maravilloso» (3).

I. El primero de los nombres cervánticos con que dí en los libros de Salamanca, fue nada menos que el de *Alonso de Quijano* (natural del Carpio, diócesis de Palencia); y todo el mundo sabe que tal era el nombre del celeberrimo Hidalgo de la Mancha, *Alonso Quijano, el Bueno*. Ciertamente que la fecha de esta matrícula, 1588, es algo posterior á la época en que yo supongó los estudios de Cervantes en Salamanca; pero como los concurrentes á aquella Escuela no cursaban un solo año, muy posible es que *Alonso de Quijano*—cuya carrera universitaria no he seguido paso á paso—coincidiera en aquellas aulas con Miguel de Cervantes por los años de 1582 á 83, pues desde este último al de la matrícula de Quijano, sólo median cinco años,

(1) V. *La Ilustre fregona, Las dos doncellas, La señora Cornelia, La Tía fingida, El Licenciado Vidriera, el Persiles*. Lib. III, caps. X, XX y XXI. *El Quijote* 2.ª parte, caps. XVI y XVIII. *El Vizcaino fingido; La Cueva de Salamanca*, etc.

(2) Sólo por excepción recuerda á Alcalá en el *Coloquio de los perros* y en algún otro pasaje.

(3) Noticia de un precioso códice de la Biblioteca Colombina; algunos datos nuevos para ilustrar el *Quijote*.... por D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe. Madrid, 1864.

que no es mucho para seguir toda una carrera, como acreditan aquellos registros.

Y lo cierto es que el nombre de *Alonso*, unido al apellido *Quijano*, que no es de los más vulgares, despertó mi curiosidad, y no me parece indigna de ser notada la coincidencia de haberse juntado ambos nombres en un estudiante, á quien pudo muy bien conocer Cervantes en Salamanca, y volver á juntarse después en el más glorioso de los personajes cervantinos (D. Quijote).

Y tanto más de notar es esta coincidencia, cuanto que no es la única, sino que vienen á prestarle fuerza y á darle visos y apariencias de verdad otras concurrencias de nombres, no menos singulares y curiosas.

II. Porque el segundo de los nombres relacionados con Cervantes que hallé en aquellos registros fue el de *Diego de Carriazo*.

—Matrículas de 1581.—Colegio del Obispo. *Diego de Carriazo*, jurista.—

Y es grande casualidad que el nombre de Diego, junto con el apellido, nada común, de *Carriazo*, se dieran juntos en un escolar de Salamanca, que cursaba aquellas escuelas en la época en que yo supongo que las cursó Cervantes, y luego, al andar de los tiempos, viniese á llamarse *Diego de Carriazo* uno de los personajes de *La Ilustre fregona*, en la novela como en la realidad, estudiante salmanticense.

III. Pero tanto más singulares y menos fortuitas parecen estas coincidencias cuanto más se repiten, y es lo cierto que el tercero de los nombres cervánticos que hallé en aquellos registros fue el de *D. Juan de Avendaño*, nombre dos veces relacionado con el autor del *Quijote*.

—Matrículas de 1584.—«*D. Juan de Avendaño*, natural de Bilbao, Dioc. de Calahorra.»

No ignora nadie que *D. Juan de Avendaño* es otro de los personajes de *La Ilustre fregona*, y es harto notorio, desde que el Sr. Pérez Pastor publicó sus *Documentos Cervantinos*, que existió un *D. Juan de Avendaño* de carne y hueso que tuvo

cierta relación no muy definida con doña Constanza de Ovando, la sobrina de Cervantes.

Permítaseme transcribir aquí un párrafo de otro trabajo mío publicado en esta Revista (1).

«Coincidencias muy dignas de notarse son las que ofrece esta novela (*La Ilustre fregona*) con una historia poco esclarecida aún, y que tocaba muy de cerca á Cervantes. Porque la protagonista de ella que, como se sabe, es una joven de misterioso origen, se llama *Constanza*, como la hija de doña Andrea de Cervantes, y el padre del *D. Tomás*, que se casa con ella, tiene por nombre *D. Juan de Avendaño*, ni más ni menos que el *D. Juan de Avendaño* que desde Trujillo del Perú remitió mil reales á la sobrina de Cervantes, *Doña Constanza de Ovando.....*» (2)

IV. Y aparece, por último, en aquellos libros de matrícula un *Cachupín, natural de Laredo* (cuyo nombre de pila no logré descifrar); y ya se sabe que Cervantes cita en el *Quijote* á los *Cachupines de Laredo*.

Casualidades serán todas estas, ¡pero tan repetidas y significativas tratándose de escritor que tomaba á manos llenas de la realidad los elementos para sus ficciones!

Y porque no se diga que exagero ó que alego sin pruebas, recuérdense, prescindiendo de tipos y sucesos, los siguientes nombres que Cervantes tomó de sujetos reales.

1.º En *Los tratos de Argel*, página viva de su existencia, introduce Cervantes con su propio nombre al mercenario *Fray Jorge del Olivar*, comendador de Valencia, que realizó en 1577 la redención de Rodrigo de Cervantes (3).

(1) «Algunas observaciones sobre el *Quijote* de Avellaneda». II. LA ESPAÑA MODERNA, Noviembre de 1897, pág. 126.

(2) *Documentos Cervantinos*, págs. 194 y 195. Documento núm. 50. «Carta de pago de doña Constanza de Ovando en favor de *D. Juan de Avendaño*.»

(3) *Documentos Cervantinos*, págs. 233 y 246.

2.º El *Saavedra* de *El gallardo español* es el propio Cervantes *Saavedra*.

3.º En *La española inglesa*—otra página autobiográfica del autor,—la protagonista se llama *Isabela*, y su madre adoptiva *Catalina*, como la hija y la esposa de Cervantes—que como se sabe no era la madre de doña Isabel,—y estos personajes tan semejantes á los verdaderos, habitaban en *las casas que alquilaron frontero de Santa Paula*, justamente donde vivió Cervantes en Sevilla.

4.º En Simancas se guardan documentos de un *alférez Campuzano*, que muy bien pudo ser el original del que figura en *El coloquio de los perros*.

5.º Uno de los personajes de *La señora Cornelia* se llama D. Antonio de *Insunza*—apellido nada vulgar, y menos en Castilla,—y Pedro de *Insunza* era precisamente un amigo y favorecedor de Cervantes, del cual Pedro y de varias personas de su familia inserta el Sr. Pérez Pastor no menos que *diez y seis* testimonios en sus *Documentos Cervantinos* (1).

6.º D. *Diego de Valdivia* se llama el capitán que figura en *El Licenciado Vidriera* y D. *Diego de Valdivia* se nombraba el Alcalde de la Real Audiencia de Sevilla, que en 1588 encargó á Cervantes de cierta comisión para Ecija.

Coincidencia de nombres que hizo cavilar no poco al autor de *La verdad sobre el Quijote* (2).

7.º D. *Alvaro de Ataide*. ¿Quién no recordará á este caballero que juntamente figura en las eternas páginas del *Quijote* de Cervantes y en las regocijadas del apócrifo *Quijote* de Avellaneda?

Pues también este personaje tenía en la realidad su modelo, ó por lo menos, su homónimo, cuyas matrículas he encontrado hace muy poco en los libros de la Complutense, entre los estudiantes de *lógica*, en el curso de 1588 á 1589.

(1) *Documentos Cervantinos*, págs. 263-267.

(2) Págs. 124 125.

«D. Alvaro de Atayde, natural de Evora, Ejusden (diocesis) 19 años.

8.º D. Juan de Avendaño, el cual ya hemos visto que es juntamente un sujeto relacionado con Doña Constanza, la sobrina de Cervantes, un personaje de *La Ilustre fregona* y un estudiante matriculado en Salamanca.

9.º Ya queda dicho que la protagonista de esta novela lleva el mismo nombre que la sobrina de Cervantes, á quien Avendaño remitió el consabido dinero.

10. ¿Qué mucho, pues, que D. Diego de Carriazo, cuyas matrículas hallé en Salamanca, sea el mismo estudiante que á esta ciudad se dirigía en la novela?

11. ¿Y qué mucho que el Alonso de Quijano inscrito en aquellos registros, sugiriese á Cervantes el nombre *pacífico* de D. Quijote en su estado de cordura?

Y admitido que Cervantes conociese en Salamanca á los Avendaños, Carriazos, Quijanos y Cachupines de Laredo, admitido quedará, siquiera sea en principio, que frecuentó aquellas escuelas hacia 1582-1583.

Mas para seguir reforzando con nuevos argumentos la idea de aquella estancia suya en la ciudad madre de las ciencias, como por la mano vieneseme aquí otro testimonio, nada despreciable por cierto, que será el quinto de los que voy presentando.

5.º Muy dignas de ser notadas y muy propias para despertar la curiosidad de los amantes de las letras, son las mutuas referencias que el ilustre cervantista D. José María Asensio y Toledo señala entre Cervantes y el autor de las *Ninfas y Pastores del Henares* (1).

Sabido es que la *Galatea* salió á luz en los primeros días de 1585, impresa en Alcalá por Juan Gracián, y es digno de advertencia que, no pasados dos años, y en la misma oficina, se

(1) En sus *Noticias curiosas, particularidades y anécdotas relativas á Cervantes y al Quijote*.—LA ESPAÑA MODERNA, 1.º Diciembre 1896.

imprimiera la *«Primera parte de las Ninfas y Pastores del Henares, dividida en seys libros, compuesta por Bernardo González de Bobadilla, Estudiante en la insigne Universidad de Salamanca.»*

«Sin hacer alardes de suspicacia ni extremar la sutileza, como dice el Sr. Asensio, se advierte, desde luego, el enlace que existe entre una y otra; y con solo ver ambos títulos y ambas fechas, ocurre naturalmente suponer que la segunda procede de la primera. Suposición que parece confirmar plenamente el propio autor, declarando que le movió á escribir su libro, «el haber oído—dice el Sr. Asensio—á un su compañero en las aulas salmanticenses, *natural de la famosa Cómpluto, tantos loores de su río, tan maravillosos cuentos de la tierra y tantas alabanzas de la hermosura de sus damas.»*

Con razón se pregunta aquí el Sr. Asensio: «¿ese compañero, *de la famosa Cómpluto* natural, pudiera ser Miguel de Cervantes?» Y añade: «¿Podría alegarse esta referencia de González de Bobadilla *como prueba de los estudios de Cervantes en Salamanca*, donde fueran *compañeros* ambos escritores?»

Nada á mi parecer más lógico y bien encaminado que esta suposición del Sr. Asensio, á la cual prestan singular consistencia y subido color de verosimilitud las dos agresivas menciones de Cervantes á Bobadilla que á continuación transcribe el docto cervantista.

Hállase la primera de esas menciones en el capítulo VI de la primera parte del *Quijote*, que trata *«del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.»* He aquí el pasaje: «..... el barbero prosiguió diciendo: estos que se siguen son *El Pastor de Iberia, Ninfas de Henares y Desengaños de celos*. Pues no hay más que hacer, dijo el cura, sino entregarlos [al brazo seglar del ama; y no se me pregunte el por qué, que sería nunca acabar.»

Es decir que Cervantes, que habla aquí por boca del cura,

tenía largo cuento de prevenciones contra esos libros, entre los que se hallaba el de Bobadilla. ¿Y quién sabe si aquella enemiga era más contra los autores que contra sus obras?

Pero lo más singular del caso es que en 1614 aún le duraba á Cervantes el enojo contra González de Bobadilla, puesto que en el capítulo ó Canto IV de su *Viaje al Parnaso* supone que uno de los poetas famélicos y descontentos, después de reconvenirle de su poco acierto en elegir los defensores de Apolo, y de la desigualdad con que repartía elogios y censuras, le dice terminantemente:

«Fuíste envidioso, descuidado y tardo,
Y á las *Ninfas de Henares y Pastores*
Como á enemigas les tiraste un dardo.....»

Y en verdad que esta mención al cabo de tan largo años, excita poderosamente la curiosidad por más de un concepto.

Desde luego, demuestra que la relación de Cervantes con González de Bobadilla—ó como quiera que se llamase el autor de las *Ninfas y Pastores*—no fue ciertamente efímera, puesto que tanto le duró el recuerdo de ella, é induce á aceptar como verdad muy probable la bien fundada suposición del señor Asensio, de que Cervantes y Bobadilla fuesen condiscípulos en Salamanca.

Además, la misma persistencia de la prevención de Cervantes contra el autor de las *Ninfas y Pastores* implica, naturalmente, la idea de que aquella sostenida hostilidad no nació de una mera referencia, sátira ó rencilla literaria, sino de alguna excisión ó choque, ó de alguna grave causa de oposición y enemistad que supone trato é intimidad personal en determinado tiempo entre los dos escritores.

Y ciertamente que si González de Bobadilla no fue más que un estudiante en Salamanca, natural de Canarias, que hacia 1586 ú 87 compuso una ficción pastoril á imitación de la *Galatea* de Cervantes, no se comprende, ni que esto fuese motivo de ofensa para el grande escritor, ni menos que tan lar-

gos años después siguieran preocupándole de tal modo el escolar salmantino y su ensayo literario.

¿Sería el de Bernardo González de Bobadilla el verdadero nombre del autor de las *Ninfas y Pastores del Henares*? ¿O fue ese nombre pseudónimo de algún otro escritor que en el siglo XVII siguió cultivando las musas y figuraba, acaso, como el autor de la *Pícaro Justina*, y como otros muchos, en el bando opuesto al de Cervantes?

Lo cierto es que esta constante enemiga que contra Bobadilla conservaba el autor del *Quijote*, prueba bien á las claras que entre uno y otro existieron íntimas conexiones, hasta ahora desconocidas, y que relacionando las citadas referencias de Cervantes á González de Bobadilla, con la que éste hizo de aquél su compañero en las aulas salmantincenses, *natural de la famosa Cómpluto*, cuyos loores á su río, á su tierra y á sus damas le inspiraron sus *Ninfas y Pastores*, fácilmente se advierte que éste su condiscípulo en Salamanca, natural de Alcalá, fue Cervantes, y la obra en que se inspiró Bobadilla la *Galatea*, y por ende que la *Galatea* procedió, como dejó indicado, de los estudios de su autor en las Escuelas salmantinas hacia 1582-83.

Todo parece de consuno demostrar que la tan mencionada égloga cervantina, concluída ya á los fines de 1583, fue fruto de los estudios de su autor en Salamanca durante este año y el precedente.

Y una de las circunstancias que más claramente determinan su fecha, es la de haber personificado Cervantes en su *Galatea* á doña Catalina de Palacios, objeto entonces de sus amores, y poco después su esposa, introduciendo, además, en su ficción bajo los nombres pastoriles de Tirsi, Damón, Meliso, Siralvo, Lauso, Larsileo y Artidoro, á Francisco de Figueroa, Pedro Lainez, D. Diego Hurtado de Mendoza, Luis Gálvez de Montalvó, Barahona de Soto, D. Alonso de Ercilla y Micer Rey de Artieda, todos poetas, y á excepción de don Diego Hurtado de Mendoza, muerto algunos años antes, todos

sus amigos en aquellos días, y casi todos ellos elogiados ó elogiadores suyos por entonces (1).

Por eso Benjumea, empeñado, como hemos visto, en repartir en tres períodos la composición de la égloga cervantina, trata de quitar importancia á las representaciones pastoriles que su autor hizo en ella de su futura esposa y de sus amigos, porque desvaneciendo el parecido de estos retratos, borrarbase en ellos la fecha del poema (2).

Pero como ésta aparece en él harto clara y determinada, así en estas referencias de actualidad como por la estructura misma, estilo y unidad de la composición y demás circunstancias apuntadas, á mi juicio no cabe dudar que la *Galatea* fuese escrita de 1582 á 1583, y es harto verosímil suponer, así por el estímulo de cultura que revela en su autor, como por las tendencias retóricas y disertadoras y los conatos filosóficos que de sus versos y prosas transpiran, y no menos por el significativo testimonio de González de Bobadilla, de quien conservaba Cervantes tan larga memoria, que aquel esbozo de

(1) Sabido es que Luis Gálvez Montalvo, D. Luis de Vargas y Manrique, y López Maldonado, elogiaron la *Galatea*, y que Cervantes, por su parte, elogió en 1584 con un soneto, *La Austriada*, de Juan Rufo; contribuyó en 1584 al *Jardín espiritual*, de Padilla, con unas redondillas y estancias que merecieron ser incluídas entre las *Composiciones en loor á San Francisco, por algunos de los famosos poetas de Castilla*; celebró en 1586, con un soneto y unas quintillas, el *Cancionero*, de López Maldonado, y en 1587 las *Grandezas y excelencias de la Virgen Nuestra Señora*, de Padilla, y la *Filosofía cortesana*, de Alonso de Barros, cada una con un soneto, sin contar otros muchos poetas, honrados por él en su *Canto á Caliope*.

(2) «Que Cervantes transparentase más ó menos visiblemente — dice — los nombres de doña Catalina en *Galatea*, de Mendoza en Meliso, de Montalvo en Siralvo, de Soto en Lauso, de Artieda en Artidoro, de Ercilla en Larsileo y de Figueroa y Láinez en Tirsi y Damón, es cuestión de poca monta.» — Con todo lo que sigue, llegando casi á negar en absoluto la personificación de los amigos de Cervantes en los citados pastores. — *La verdad sobre el Quijote*, págs. 115 y 116.

poema pastoril, con sus puntas y ribetes de erudición y ergotismo, nació de la estancia de su autor en las escuelas salmanticenses.

Pero aún existe otro indicio que parece revelar la presencia del autor del *Quijote* en Salamanca por los años mencionados.

6.º Sabido es que vacante en Salamanca la cátedra de Biblia por muerte de D. Gregorio Gallo, Obispo de Segovia (1579), disputáronse, en oposición reñidísima, no menos que el gran Maestro Fr. Luis de León y un hijo del poeta Garcilaso, el dominico Fr. Domingo de Guzmán, conventual de San Esteban. A 6 de Diciembre de 1579, proveyóse la cátedra en Fray Luis; pero circunstancias de la votación originaron un pleito, que al cabo sentencióse en Valladolid á favor de Fr. Luis, el 13 de Octubre de 1581 (1).

En los dos años que duró aquella contienda, andaban en Salamanca los ánimos apasionados y divididos entre ambos adversarios, y entonces fue cuando cierto caballero compuso aquella conocida Letra de tan fementidos versos como verdadero sabor é interés histórico que empieza:

Luis y Mingo pretenden
Casarse con Ana bella;
Cada cual pretende habella,
Más según todos pretenden,
Muérese por Luis ella.

«Quizá el mismo Fr. Luis—como fundándose en cierto documento, sospechó el sabio P. Blanco — *se permitiría algún desahogo oratorio acerca del asunto* (2); mas lo cierto, en conclusión, fue que Fr. Domingo de Guzmán, acaso para desahogar el despecho de su derrota, glosó en aquellos días, en malí-

(1) Véase el admirable estudio biográfico y crítico de Fr. Luis de León, por el P. Fr. Francisco Blanco García. — *La Ciudad de Dios*. Madrid, 20 de Noviembre de 1898. Págs. 481 á 483.

(2) *Loc. cit.*, págs. 482 83.

simos versos, las quintillas que al salir de la prisión escribió el autor de *Los Nombres de Cristo*:

«Aquí la envidia y mentira..... etc.»

Pero lo singular, y para nosotros lo interesante del caso, es que la cuarta copla de dicha glosa fue copiada, casi á la letra, por Cervantes en sus versos de *Urganda la Desconocida*, que van en los preliminares de la primera parte del *Quijote*.

Decía la glosa de Fr. Domingo:

¿Qué don Alvaro de Luna,
 Qué Anibal cartaginés,
 Qué Francisco, rey francés,
 Se queja de la fortuna
 Que le ha traído á sus pies?

Y Cervantes:

Si en la dirección te humi-
 No dirá mofante algu-
 ¿Qué don Alvaro de Lu-
 Qué Anibal el de Carta-
 Qué rey Francisco en Espa-
 Se queja de su fortu-? (1)

Ahora bien: si la glosa de Fr. Domingo quedó inédita en Salamanca, ¿por dónde llegó á noticia de Cervantes? ¿Cómo la conocía hasta el punto de recordarla con tal exactitud veintidós ó veintitrés años después de haberla oído? ¿La tomó de memoria? ¿La copió tal vez? Pues lo uno ó lo otro indicaría que Cervantes conoció la glosa en el lugar y sazón en que este infeliz desahogo era de actualidad palpitante, es decir, en Sa-

(1) Esta glosa que se hallaba en el Códice M. 243 de la Biblioteca Nacional, fue publicada por D. Adolfo de Castro (*Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra, t. XXXII, pág. X), quien no advirtió esta coincidencia. Barrera creyó ser el primero en notarla en uno de sus artículos sobre Cervantes, inserto en la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes*, de Sevilla; pero más adelante se halló entre los apuntamientos de Gallardo extensa nota relativa á la glosa y á su coincidencia con los versos de *Urganda*.

lamanca y hacia 1581-82 (1), en los días en que sin duda, manuscrita ó recitada, corría de mano en mano y de boca en boca por la ciudad entre los apasionados del vencedor Fr. Luis ó del despechado Fr. Domingo, suscitando el aplauso de éstos y el menosprecio de los otros.

Sazonados con el incentivo de la actualidad y caldeados por el fuego de la pasión, se comprende que los versos de Fray Domingo impresionaran á Cervantes y se grabasen en su memoria. Fuera de aquel momento y ocasión, no se explica que pudieran interesarle, ni siquiera que llegasen á su noticia.

Por lo tanto, no hallo inverosimilitud en deducir que esta notable coincidencia entre la glosa de Fr. Domingo y los citados versos de *Urganda*, es nuevo y claro indicio de la estancia de Cervantes en Salamanca hacia 1582.

Y cuenta que la actualidad y boga de la glosa del Maestro Guzmán no debió ser larga, pues consta de cierta Historia inédita del Convento de San Estéban que el adversario de Fray Luis, que *aprendió á sufrir* con la pérdida de la cátedra, se retiró de la Universidad á su celda, donde falleció en 1584 (2). Dueño en 1584 Fr. Luis de su cátedra de Escritura y preocupado de graves asuntos propios (3), y muerto su adversario en el retiro de su convento, nadie se acordaría ya por entonces de la glosa de Fr. Domingo de Guzmán.

De modo que la actualidad de ésta duraría de 1581 á 1583 á lo sumo, y justamente éstos fueron los años en que, á mi parecer, estudió Cervantes en Salamanca.

(1) En el códice de las poesías de Fr. Luis, que su colector el P. Merino denominaba con el título de *Fuentelsol*, y al frente de las citadas quintillas del M. León, se leían estas palabras: *Letra del mismo autor respecto de su prisión, con una glosa de Fr. Domingo de Guzmán, de la Orden de Santo Domingo. Salmanticæ, anno 1581*. La glosa del dominicano debió ser, en efecto, de este año, en el cual, según se sabe, obtuvo Fr. Luis la cátedra.

(2) *Loc. cit.*, pág. 482.

(3) Su segundo proceso.

Así, de no haberse impreso la glosa del P. Guzmán —y de ello no creo que haya hasta ahora indicio alguno,—tengo por muy lógico y probable que Cervantes la aprendiese en Salamanca en los días en que aquella sátira tuvo actualidad é interés, y que al escribir los versos que preceden al *Quijote*, parodiando en ellos muy á su sabor los mote, empresas y blasones que Lope estampó á los comienzos de su *Peregrino*, y burlándose muy donosamente de las continuas quejas con que el Fénix se dolía de su mala ventura y de la guerra que le hacía la envidia (1), no fue mucho que á este propósito recordase los versos que Fr. Domingo disparó á su inmortal adversario, y dijese de Lope con harto despecho é ironía lo que el dominicano dijo de Fr. Luis:

¿Qué don Álvaro de Lu-,
 Qué Aníbal el de Carta-,
 Qué rey Francisco en Espa-
 Se queja de su fortu-?

Notorio es, desde que el insigne Hartzzenbusch descifró el sentido de estos versos, que en ellos decía Cervantes por medio de la maga Urganda á su libro: «Si te humillas en la dirección (dedicatoria), ningún burlón te dirá: ¡Miren qué gran hombre ó qué gran desgraciado se queja de la fortuna!.....» (2). Y tan propio de la ironía cervantina era este pensamiento, y tanto le duró, sin duda por lo bien que se acordaba con ciertas ideas suyas, la memoria de la glosa de Fr. Domingo, que todavía en el *Persiles* se halla una especie de paráfrasis de ella que vaga-

(1) Conocidos de todos son los altivos mote y las singulares jactancias que consignó Lope en los comienzos del *Peregrino*, así como la insistencia con que se lamentaba de su fortuna, en la dedicatoria de este libro al Marqués de Priego, en los versos que inmediatamente preceden á la novela, y en otros muchos lugares de sus obras.

(2) Véanse el admirable artículo de Hartzzenbusch *Cervantes y Lope en 1605* y la *Nueva biografía de Lope de Vega*, por D. Cayetano Alberto de la Barrera, al frente del tomo I de las *Obras de Lope...* publicadas por la Real Academia Española, pág. 125.

mente la recuerda, así por el sentido como por los ejemplos alegados:

—«Si yo viera á *un Anibal cartaginés* retirado en una ermita como ví á un Carlos V encerrado en un monasterio, suspendiérame y admirárame; pero que se retire un plebeyo, que se recoja un pobre, ni me admira ni me suspende.» (1).

7.º Y aún existen otras dos coincidencias dignas de ser apuntadas en este ya largo proceso, cuales son las de las matrículas de Bartolomé Leonardo de Argensola, y principalmente las de Pedro Liñán de Riaza, que tuve la fortuna de hallar en Salamanca, con la fecha que señalo á los estudios de Cervantes en aquella Universidad.

Pedro Liñán de Riaza, el celebrado dramático de cuyas novelas sólo han llegado hasta nosotros los títulos, conservados en una carta de Lope al de Sessa, aquel de quien dijo el padre de nuestro teatro:

Ciudades compitieron por Homero
Y por Liñán agora, pues *le goza*
Castilla y *le pretende Zaragoza*.

fue uno de los poetas celebrados por Cervantes en el *Canto á Caliope* (Galatea, 1584).

He aquí el elogio:

El sacro Ibero, de dorado acanto,
De siempre verde yedra y blanca oliva,
Su frente adorne, y en alegre canto
Su gloria y fama para siempre viva;
Pues su antiguo valor ensalza tanto,
Que al fértil Nilo de su nombre priva
De Pedro de Liñán la sutil pluma,
De todo el bien de Apolo cifra y suma.

Y aunque hasta ahora no se sabía de Liñán sino que estudió en la Universidad de Salamanca, donde fue contemporá-

(1) *Persiles*. Lib. II, cap. XX.

neo de Góngora (1); registrando yo aquellos libros de matrículas, tuve la suerte de encontrar las suyas, y acaso con ellas la revelación de su patria:

1.^a Matrículas de 1582-83.—*Canonistas*. (Empiezan al folio 22.)—Al mismo fol. 22—*Pedro Liñán de Riaza, natural de Toledo*.

2.^a Matrículas de 1583-84.—*Pedro Liñán de Riaza, natural de Toledo*.

Y si por estos años estudiaba Liñán en Salamanca y Cervantes le elogia tan cariñosamente en la *Galatea*, concluida ya á los fines de 1583, ¿será violento inferir de aquí que la amistad de ambos ingenios naciese en las aulas salmantinas, donde, á lo que parece, fueron contemporáneos?

Otro tanto puede decirse respecto al insigne Bartolomé Leonardo de Argensola, cuyas matrículas en la facultad de Cánones para los tres cursos consecutivos de 1581 á 82, 1582 á 83 y 1583 á 84, tuve también la fortuna de hallar en los registros salmantinos (2).

Así, pues, con cada nueva coincidencia, indicio ó dato que he ido agregando á este proceso de observación histórica, háse ido agrandando y fortaleciendo en mí la sospecha que sirve de tema á este modesto estudio.

Con razón notaba Benjumea—cuya crítica es mucho más feliz en la observación que en las soluciones—«el gran número de amigos poetas que Cervantes tenía—al publicarse la *Galatea*,—no obstante el dilatado espacio de tiempo que de su patria estuvo ausente». Y añade: «El *Canto de Caliope*, en que tantos se enumeran y se elogian, mostrando conocimiento

(1) V. D. Cayetano A. de la Barrera, *Catálogo del teatro Español*, página 214.—De Góngora hallé en Salamanca, en 1897, esta matrícula, entre *los nobles generosos y dignidades* que, según costumbre, encabezaban aquellos registros: «*Don Luis de Góngora, nat. de Córdoba, se matriculó ante mí, Bartolomé Sánchez, hoy 20 de Noviembre de 1579 años.*»

(2) Publiqué estas y otras varias matrículas en mi artículo: «*De vuelta de Salamanca.*»—LA ESPAÑA MODERNA, Junio, 1897.

de sus patrias, de sus obras y sus respectivos méritos, no parece sino estar escrito por un hombre avecindado por muchos años en la corte.....» (1).

Y en efecto, como ya dije al principio, entre la vida militar y aventurera de Cervantes antes de 1581, y su vida y su producción literaria desde 1583-84, medió sin duda un lazo, un puente, un punto de unión, una influencia hasta ahora desconocida, que, apartándole por algún tiempo de su reñida lucha por la existencia, acercóle á un gran foco de actividad y estímulo intelectual, donde se reveló de una vez para siempre su alta vocación de escritor, y por donde se relacionó, inició é introdujo en el mundo de las letras.

En el cual acaso jamás hubiera entrado á seguir su vida de forzados trabajos, arriesgadas empresas y continuas andanzas y aventuras. Luego el influjo que de aquel azaroso vivir le apartó, fue de naturaleza que, ofreciéndole quietud y medios de subsistencia, le acercó á la vida literaria más que á otra alguna.

Porque sabido es que cada una de las grandes esferas de la asociación y de la actividad humana constituye un mundo aparte, con su atmósfera, su población, su idioma, usos, leyes, aficiones y tendencias propias.

Y si en 1584-85 hallamos á Cervantes ya dentro de ese mundo, avezado á sus hábitos, naturalizado entre sus gentes, entregado á sus trabajos y empresas, imprimiendo libros propios y elogiando los ajenos, codeándose con los más celebrados escritores é incluido por ellos *entre los famosos ingenios de Castilla*, claro es que de algún modo pasó de uno á otro género de existencia y por alguna parte se introdujo en aquella nueva vida.

¿Por qué no suponer que las puertas gloriosas por donde entró en el mundo de las letras el padre de nuestra novela fuesen las de las ínclitas escuelas salmantinas, donde á la sazón

(1) «*La verdad sobre el Quijote*;» págs. 116-117.

estudiaban Argensola, Góngora, Liñán de Riaza y tantos otros que, siendo sus condiscípulos, bien pudieron introducirle y relacionarle con los demás celebrados ingenios con quienes tan pronto le hallamos unido con lazos de fraternal amistad?

Y si en Salamanca recibió Cervantes, como quien dice, la iniciación y el bautismo literario, ¿cómo extrañar que guardase de su estancia en la ciudad del Tormes tan dulce memoria, y que dijese que *enhechiza la voluntad de volver á ella á todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado?*

¿Cómo extrañar que por obra y gracia de aquella suave remembranza, todos los estudiantes que produjo la fantasía del autor del *Quijote* fuesen hijos de la *madre de las ciencias*, y que el recuerdo de Salamanca y sus contornos brille por donde quiera en el animado mundo de sus producciones?

V

Para resumir y completar mi hipótesis, fáltame responder á la primera de las objeciones, que, según dije á los comienzos de este artículo, pudieran oponerse á la pregunta que le sirve de epígrafe y de tema, la cual, formulada allí en tesis general, pudiera ahora determinarse en esta forma más particular y concreta, conocida ya la época que—condicionalmente—señalo á los estudios del autor del *Quijote*.

—¿Es lógico suponer que á Cervantes, cumplidos ya los treinta y cuatro ó treinta y cinco años de su edad (1), y á despecho de la vida errante y emprendedora que por entonces llevaba; á Cervantes, que consta que en 1583 se hallaba pobre (2), ocurriérasele, por mero capricho ó por sólo amor al saber, irse á estudiar á Salamanca?

(1) Sabido es que fue bautizado el 9 de Octubre de 1547.

(2) Mediante el documento núm. 25 de los publicados por el Sr. Pérez Pastor, que acredita haber empeñado Cervantes cinco paños de tafetán por orden de su hermana doña Magdalena, y claro está que aunque los

Y en verdad que esta objeción no puede ser más racional y bien fundada; pero como dije al prevenirla, no destruye ciertamente el fundamento de mi hipótesis, si bien la reduce y concreta á términos más limitados.

Porque demostrada, mediante testimonio fehaciente, la pobreza de Cervantes en aquellos días, y siendo notoria y *documentada* también la vida errante y aventurera que poco antes llevaba, de admitir ó suponer siquiera su estancia y estudios en Salamanca por aquella fecha, admitirse debe juntamente que no pudo vivir en aquella ciudad ocioso ni con recursos propios, ni estudió por sólo su gusto y afición al saber. Lógico es, pues, inferir que, careciendo de medios para vivir ociosamente, ejerciese alguna profesión ó practicase algún trabajo compatible con los estudios. Y cierto que ni las comisiones y viajes por cuenta y en servicio del Rey, ni los negocios financieros, ni la cobranza de alcabalas aparecen compatibles con el aprendizaje de la filosofía, con la asistencia á las aulas, con la producción literaria y el asiduo trato con los ingenios, de todo lo cual dió de allí á poco muy visible testimonio la publicación de la *Galatea*, tan encomiada y encomiadora de los más famosos poetas de entonces.

Evidente y fuera de duda me parece la imposibilidad de que Cervantes simultanease la asistencia á las aulas, el cultivo de la poesía y el comercio literario, con trabajos de índole diversa, ni menos opuesta al ejercicio de las letras, y lo que es más, hasta la propia citada mención que largos años después hizo él mismo de Salamanca, excluye la suposición de que su vida en aquella ciudad fuese afanosa y sobrecargada de trabajos, pues á ser así, no hubiese gustado tan á su sabor de la *apacibilidad de su vivienda*, ni hubiera sentido *hechizada la voluntad con el deseo de volver á ella*, que no es humano delei-

paños no eran de Cervantes, no debía éste contar con recursos propios para socorrer á su hermana, porque á ser así no hubiese empeñado aquella tela.

tarse con el recuerdo de los lugares en que se ha padecido.

Fundándome en todo esto, dije antes que el nflujo que le apartó de su azaroso vivir, y al parecer le llevó á Salamanca, fue sin duda, de naturaleza que, ofreciéndole quietud y medios de subsistencia, le acercó á la vida literaria más que á otra alguna.

¿Pudiera, por ventura, hallarse entre los usos y prácticas de aquella época, alguna ocupación, cargo ó ministerio á un tiempo lucrativo y compatible con la vida sosegada y con el ejercicio de las letras, y que satisfactoriamente explicase la presencia de Cervantes en Salamanca y el por qué de sus estudios en aquella edad y circunstancias?

Una ocupación ó cargo existe, á mi ver, muy propio de las costumbres de aquel tiempo, y que cumplidamente satisfaría las dudas enunciadas y llenaría las condiciones requeridas en el caso que estudiamos.

Nadie ignora que por entonces no era ciertamente deshonoroso el servir á los grandes señores, y que el mismo Cervantes sirvió á los de Sessa y Lemos, y fue en Roma camarero del Cardenal Aquaviva, y siendo esto así, supongamos que algún caballero de la corte hubiérale confiado, en calidad de ayo ó mayordomo, la tutela y cuidado de algún mancebito de los muchos que en tiernos años enviaban los nobles á estudiar á Salamanca (1).

Y esto supuesto, fácilmente se comprenderá que una vez en ella, Cervantes, tan aficionado y curioso de todo saber, que leía hasta los papeles rotos que hallaba por las calles, no desaprovecharía aquella feliz ocasión de saciar los anhelos de su inteligencia, porque fuera de todo punto inverosímil suponer que, puesto el sediento al borde de la fuente, no bebiese.

Y ya que de las memorias de aquella Universidad consta

(1) Ya se ha visto en nota anterior que en Salamanca se conserva la tradición de haber vivido en ella Cervantes, sirviendo *de camarero á un grande de España*.

que el *gran Cardenal Cisneros* acabó en ella su carrera «*siendo Bachiller de pupilos para ganarse el sustento*» (1) ¿será mucho suponer que allí donde Jiménez de Cisneros fue Bachiller de pupilos, Miguel de Cervantes fuese ayo, preceptor ó mayordomo de escolares nobles ó adinerados?

Y aquí ocurrirá preguntar: ¿pero siendo Cervantes tan fiel copiador de la realidad y tan subjetivo en todas sus obras, ¿dejó por ventura en ellas algún rastro ó indicio, por leve que fuese, que arroje alguna luz ó recuerde á lo menos este su género de vida en Salamanca?

Tengo para mí que ciertos pasajes de algunas obras cervantinas serán la mejor respuesta que á esta pregunta pudiera darse.

Recuérdese, ante todo, *La Ilustre fregona* y obsérvese que cuanto allí se lee, de los mancebos *Carriazo* y *Avendaño*, de su partida de Salamanca, *en compañía de dos criados de casa, amén del ayo que se había dejado crecer la barba porque diese autoridad á su cargo*; y lo que se sigue del robo de los cuatrocientos escudos, de la excursión á la fuente de Ardales, fuga de los mancebos y apuros del señor ayo, parece vivido.

Diríase que los *mancebitos*, como el autor los llama, jugaronle en efecto alguna mala pasada, y por eso dice socarrona é irónicamente Cervantes: «*enviaron con ellos un ayo que los gobernase, que tenía más de hombre de bien que de discreto.*»

Y en verdad que parece que Cervantes tenía muy andados y medidos los caminos que llevan á Salamanca, cuyas distancias puntualmente expresa, y conocía por experiencia propia su vida, estudios y escolares.

Y cierto que si autoridades respetables no pusieron en tela

(1) *Reseña histórica de la Universidad de Salamanca*, hecha por los doctores D. Manuel Hermenegildo Dávila....., D. Salustiano Ruiz..... y D. Santiago Diejo de Madrazo..... (Dávila Rector) y remitida á la Dirección General de Instrucción Pública, por el Rector de la misma Universidad..... Salamanca..... 1849, pág. 33.

de juicio la legitimidad de *La Tía fingida*, no estaría yo á dos dedos de ahijársela á Cervantes, aunque sólo fuera por aquella animada y viva descripción de los varios géneros de estudiantes que la cursaban, la cual es tal y tan gallarda y pintoresca, que parece caída de su pluma de oro.

Pero prescindiendo de esta novela, aunque sería valiosa pieza de convicción en este proceso, recuérdese la del *Licenciado Vidriera*, tan llena de menciones y referencias á Salamanca, y téngase presente este pasaje de *El Vizcaíno fingido*.

Dice Solórzano: «..... la suerte ha querido que de Vizcaya me enviase un grande amigo mío á un hijo suyo vizcaíno muy galán, para que yo le lleve á Salamanca y le ponga de mi mano en compañía que le honre y enseñe».

Y cierto que es muy digno de nota que las matrículas de *Diego de Carriazo* le declarasen natural de Bilbao. Pero aparte de que fuese ó no vizcaíno el escolar confiado á Cervantes—porque esto bien pudo ser obra de la ficción,—lo cierto es que cualquiera diría que conoció en Salamanca al vizcaíno Diego de Carriazo, á quien hizo burgalés en *La Ilustre fregona*, y la verdad es, en suma, que en las obras de Cervantes no faltan ciertamente menciones á los estudiantes y á sus ayos en Salamanca.

¿Compartiría Cervantes algún recuerdo de aquellos tiempos con el fingido Avellaneda autor del pseudo-*Quijote*?

Lo cierto es que—como muy sagaz y atinadamente observó Benjumea—Cervantes, en *El coloquio de los perros*, y Avellaneda al final de su novela, coinciden singularmente en referirse á una misma persona, que vivía ó fue encomendada á un mesonero de *Valdeastillas* (1), á cuyo lugar vuelve á referirse, por cierto, Cervantes en *La Ilustre fregona* y en otras obras suyas.

Y esa extraña y picante coincidencia pudiera muy bien inducirnos á creer que Avellaneda, como el autor de las *Nin-*

(1) *La verdad sobre el Quijote*, págs. 260-264.

fas y Pastores, conocía á Cervantes desde los tiempos en que éste estudió en Salamanca, y es muy de notar que uno y otro fuesen tan declarados enemigos del autor del *Quijote*.

Pero prescindiendo, por ahora, de estas y otras curiosidades que acaso en adelante serán objeto de particular estudio, diré, en resumen, que así en las obras de Cervantes como en las de sus contemporáneos, y en la serie de datos y coincidencias apuntadas, me parece hallar vivos indicios de su estancia y estudios en Salamanca hacia la época que dejo indicada.

No pretendo vender por hechos mis conjeturas, ni graduar de verdades históricas mis hipótesis, pero si con ellas lograrse que, excitada la curiosidad de los eruditos, alcanzara alguno, con mayor suficiencia y acierto, á esclarecer este ignorado período de la vida del más glorioso de nuestros escritores, tendríame por muy dichosa y bien pagada de estos humildes trabajos. (1)

(1) En prensa ya este artículo, reparo en otra curiosidad que acaso pudiera ser interesante.

Ya dije en nota anterior que D. B. J. Gallardo había sido el primero en advertir la coincidencia entre la *Glosa* de Fr. Domingo de Guzmán y los versos de *Urganda*; pero lo que no dije fue que dicho erudito había copiado aquella sátira de un Códice firmado por el licenciado Francisco Porras de la Cámara, con el título de *Archivo de poesías*, tercera parte. Componíase éste de *Poesías á lo Divino*, comenzando por las de Fr. Luis, y formábase la segunda parte de *Poesías humanas*, sin que haya noticia de la primera. «Acompañaban á las obras de León en este Códice—escribe Barrera, de quien tomo esta nota—algunas composiciones que celebrando su libertad, escribieron varios amigos suyos, el padre Uceda, fraile de su Orden, otro padre Guzmán y D. Alonso de Coloma, después Obispo de Cartagena; y á éstas seguía la *Glosa* de que tratamos.»—Casualidad es, sin duda, que el mismo licenciado D. Francisco Porras de la Cámara, prebendado en la Catedral de Sevilla, que en 1606 incluyó en la miscelánea de opúsculos propios y ajenos que formó por encargo del Arzobispo D. Fernando Niño de Guevara, la novela *La Tía fingida*,—atribuida hasta ahora y acaso con acierto á Cervantes y reputada por una de las más atendibles pruebas de la estancia de su autor en Salamanca—tuviese en su poder la *Glosa* del P. Guzmán, que Cervantes sabía de me-

moria, según parece. Y no puede suponerse que el autor del *Quijote* conociera esta *glosa* por haberla visto en esta colección en su viaje á Sevilla en 1606, puesto que ya la había recordado en los versos de *Urganda* que preceden á un libro inmortal terminado en 1604.

Pero si la *glosa* de Fr. Domingo no salió del Códice llamado de Fuentelsol ¿cómo la conocían Cervantes por una parte y por la otra el licenciado Porras?

En este caso hay que establecer un dilema: ó la *glosa* alcanzó tan grande como inmerecida fama, y llegó á ser como la sombra negra y el eco sarcástico de los versos del M. León, en cuyo caso nada tiene de extraño que el prebendado de Sevilla y el autor de *Galatea* la conociesen, cada cual por su parte; ó, si lo que parece mucho más natural y verosímil, la triste fama de los versos del M. Guzmán se limitó á Salamanca y á la época de la ruidosa contienda de su autor con Fr. Luis, tal vez no pecará de aventurado el suponer que si Cervantes se hallaba, como sospecho, en Salamanca hácia 1582, é impresionado por la resonancia que allí dejarían aquellos sucesos, copió los versos que celebraban la libertad del M. León, y la *glosa* de Fr. Domingo, todos estos manuscritos, juntos quizá con el de *La Tía fingida*, que se intitulaba *Verdadera historia que sucedió en Salamanca en 1575*, perdidos, cedidos ú olvidados por su autor en uno de sus frecuentes viajes á Sevilla, fuesen á poder del licenciado Porras de la Cámara.

Si esto pudiera averiguarse, tal vez de ello se seguiría el probarse la legitimidad de *La Tía fingida*, y la verdad de la estancia de Cervantes en Salamanca.

De todos modos, es coincidencia que excita la curiosidad, la de hallarse en poder de una persona de Sevilla, ciudad tan visitada por el autor de *Rinconete y Cortadillo*, una novela que parece suya, y que de serlo, casi demostraría su permanencia y estudios en Salamanca, y una *glosa* que Cervantes sabía de memoria, y que tan íntimamente se relaciona con la ciudad de las escuelas y con los años que á mi parecer la cursó el glorioso escritor.

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ.

LAS COLONIAS UNIVERSITARIAS

PERMITE A LA BIBLIOTECA
DE LA UNIVERSIDAD DE BERNARDINI

LA COLONIA UNIVERSITARIA DE BERMONDSEY

(THE BERMONDSEY SETTLEMENT)

La «colonia» (*Settlement*) de Bermondsey (1) está situada en medio de una numerosa población de curtidores, peleteros, obreros de los Docks y marinos, fabricantes de galletas y de confituras, comisionistas y comerciantes al menudeo. Todos sus alrededores han sido durante muchos años uno de los barrios más populosos y más monótonos del Londres pobre.

El establecimiento ha empezado á trabajar en Enero de 1892. La idea inicial de su fundación débese, en gran parte, á Toynbee Hall. Nuestra obra ha tenido, sin embargo, desde el primer momento, su fisonomía propia, lo que proviene de la indiosincrasia de aquellos que la han puesto en marcha, y también de las necesidades de la población circundante; necesidades que difieren un poco de las de la población de Whitechapel.

La primera manifestación activa del sistema se debe á los esfuerzos del Rev. Dr. Moulton, unidos, ó mejor, secundados por un cierto número de miembros jóvenes de las Universida-

(1) Bermondsey es una de las parroquias del Sureste de Londres.

des de Oxford y de Cambridge, todos lo que recibieron la sanción de la Conferencia Wesleyana, cuerpo al cual tengo el honor de pertenecer.

Tenemos una *colonia de hombres*, que viven en los edificios de nuestro establecimiento, y una *colonia de mujeres* que viven en la parroquia vecina de Rotherhithe. Esas mujeres nos prestan un servicio voluntario en sus momentos de ocio; algunas hasta consagran todo su tiempo á nuestra obra.

Al lado de esto tenemos una gran asociación de obreros que no residen en el establecimiento, que nos dan en ciertos casos un día, en otros una velada por semana, para ayudarnos á proseguir nuestras diferentes empresas. El principio que inspira ese trabajo voluntariamente prestado, es el de que los más favorecidos tienen el deber de distribuir con los que lo son menos, los beneficios de la educación: les parece muy natural contribuir á la organización de las empresas filantrópicas que tienen por objeto el bienestar material, intelectual y moral de los pobres.

Nuestros residentes eligen con libertad el género de trabajo, religión, educación ó sociología que por allí conviene mejor á sus gustos y á sus aptitudes. Sin embargo, todo lo que toca á la religión se mantiene muy aparte de las cuestiones sociales y de educación.

De nuestra obra educativa es de la que deseo hablar especialmente.

Los edificios de nuestro establecimiento contienen una sala de conferencias, una serie de clases, un taller, un laboratorio, una biblioteca y una sala de lectura, un gimnasio y habitaciones en las cuales pueden celebrarse las reuniones. A la noche se hace uso de éstas para dar en ella cursos de arte, lengua, matemáticas, física y música, lecciones sobre asuntos mercantiles y técnicos. El número de estudiantes se eleva casi á ochocientos. Se les alienta y anima para que formen clubs de juegos para la gimnasia, la música, el ciclismo, el ajedrez, etc., etc., como en los Politécnicos.

Con frecuencia hay reuniones de estudiantes y conferencias en el salón del establecimiento. En esas conferencias se procura que el principal interés recaiga, no sobre asuntos mercantiles ó técnicos, como se hace en la mayoría de los Politécnicos, sino sobre estudios que sirvan para ampliar el espíritu y le ofrezcan reposo, como los de la Extensión Universitaria: ó bien se dan lecciones de historia y de ciencias, música coral y de orquesta, elocución y lenguas. Nuestro propósito es inspirar á nuestros estudiantes nuestro propio ideal de utilidad social. Ejemplo: nuestras sociedades musicales dan audiciones públicas de música clásica á precios que están al alcance de los pobres; sesiones frecuentes, sea para distraer á los pensionistas viejos de casas de asilo, ya en los clubs de obreros, ó para alguna obra de caridad. Los miembros de nuestra «Sociedad de debates parlamentarios»—*Parliamentary debating Society*—están preparados y animados para intervenir como ciudadanos en los asuntos municipales. El hecho de que nuestros obreros nos prestan sus servicios voluntariamente, nos permite dedicar más atención á cada estudiante en particular, de la que de ordinario se le presta en las escuelas públicas, y organizar clases para estudios especiales, aun cuando no sea más que para dos ó tres alumnos.

Todos nuestros alumnos pagan una pequeña cuota por la instrucción que reciben.

Tal es, á grandes rasgos, la obra educativa que se persigue en el establecimiento de Bermondsey. Atrae naturalmente, y sobre todo, á los jóvenes empleados administrativos y á los obreros, artesanos ya hábiles, más bien que á los ordinarios, que, por el momento sienten poca necesidad de instruirse. Los hijos de estos últimos, sin embargo, acuden con frecuencia hasta nosotros á medida que crecen. Procuramos, pues, provocar el deseo de instruirse hasta en las gentes peor retribuídas y más ignorantes de la población obrera, por medio de conferencias libres sobre la ciencia, dadas todas las semanas

en nuestro *hall* y en varios clubs de obreros; mediante series cortas de conferencias libres dadas en el Ayuntamiento de Bermondsey, y adaptando nuestros propios clubs á las necesidades de los marinos y de las muchachas que trabajan en las fábricas.

En nuestros clubs se da una suma de instrucción bastante considerable. Por ejemplo: en nuestro «club de las obreras jóvenes»—*Working Girls Club*—que tiene cerca de cien miembros, trabajando en su mayoría en las fábricas de galletas, se dan cursos de costura y de confección, de canto, dibujo y pintura, de gimnasia y de otras materias más. Varias obreras que habían aprendido la Aritmética pidieron la creación de una clase de álgebra. He ahí cómo se demuestra el influjo vivificante que un profesor voluntario, de paciencia y amado de sus discípulos, puede ejercer sobre éstos, despertando en ellos apetitos intelectuales, precisamente cuando menos podían esperarse. Son muchos los curtidores y marineros que acuden á nuestras conferencias populares. Esas conferencias tienen por objeto despertar poco á poco en ellos los deseos que les han llevado á ellas y á sus hijos á utilizar la educación más elevada que nosotros damos.

Al propio tiempo que procuramos hacer el bien á los obreros ignorantes, tratamos de auxiliar á sus hijos.

Nuestras tres compañías de la brigada de muchachos—*Boys' Brigade*—cuentan con cerca de doscientos miembros de catorce á diez y seis años de edad. La mayoría de ellos acaban de dejar la escuela y han comenzado á trabajar. Se les educa en disciplina militar y hacen el ejercicio todas las semanas. Tienen clubs para la natación, el football, el cricket, todo ello bajo la dirección de sus oficiales. Una música compuesta de tambores y pífanos les da algunas audiciones musicales. Todas las noches está abierta una sala en la cual se puede jugar y leer. Además se les enseñan diversos oficios útiles y asuntos propios de la instrucción primaria. Cuando dejan la brigada á causa

de haber llegado al límite de la edad, forman una nueva asociación y se reúnen todas las semanas para instruirse y divertirse.

Para los muchachos que van á la escuela, organizamos excursiones en las tardes de los sábados (1), á diversos sitios de interés, ya sea en el mismo Londres, ya cerca. Condúceseles al Parlamento, á los museos, á la torre de Londres, al Jardín Zoológico, etc., etc., y por tales medios intentamos no sólo divertirlos, sino también despertar en ellos la imaginación y el espíritu cívico. Durante el invierno conseguimos permiso del *School Board* de Londres para poder hacer uso de varias escuelas para nuestras «Veladas recreativas»—*Happy evenings*—durante las cuales se organizan juegos para esos niños que sin eso se encontrarían abandonados al influjo desmoralizador de la calle. En verano, nos servimos también de los campos de juegos. Nuestros residentes han tomado este verano todas las medidas y disposiciones necesarias á fin de poder enviar al campo, por quince días, dos mil niños de Bermondsey y de Rotherhite, en compañía de la «Sociedad de vacaciones para los niños»—*Children's holiday Fund*.

Aparte de estas diversas formas de la obra educativa, el establecimiento toma también gran parte en la administración y marcha de la beneficencia pública de las parroquias civiles de Bermondsey y de Rotherhithe. Participamos en la administración de la ley de pobres (2)—*Poor law*,—y algunas de

(1) El sábado es el día de descanso en las escuelas de Inglaterra, y reemplaza nuestro jueves.—(N. de la edic. franc.)

(2) «El sistema de la ley de pobres, especial de Inglaterra, descansa en la elección, en todo el país, de oficinas ó centros de *guardians* de los pobres. En la metrópoli, cada uno de esos centros tiene bajo su acción un distrito de unas 100.000 almas; se subdividen en comités de auxilios: cada uno de estos tiene un médico y un agente especial, el *relieving officer*, encargado de la distribución de los socorros. El distrito posee una *Work-house*, casa de trabajo, y una enfermería, una escuela situada fuera de Londres y en la cual se educa á los niños pobres.» (Sir Carlos Dilke).

nuestras damas visitan las salas de nuestros talleres y enfermerías para animar á los pensionistas con lecturas y entretenimientos. También ayudamos mucho á ciertas instituciones como la «Asociación metropolitana para el auxilio de los criados jóvenes»—*Metropolitan Association for Befriending Young Servants*:—la «Sociedad de organización de la caridad»—*Charity Organization Society*:—la «Sociedad de socorros para los niños enfermos»—*Invalid Childrens Aid Association*—y otras análogas.

La colonia de Bermondsey sostiene también una enfermera muy hábil, que visita á los enfermos pobres en sus casas bajo los auspicios de la «Asociación del jubileo de la Reina para auxiliar á los enfermos»—*Queen's Jubilee Nursing Association*—asociación absolutamente libre de todo patronato político ó religioso.

Pero lo dicho es suficiente por el momento para indicar el espíritu general y la naturaleza de nuestra obra. Está sostenida, sobre todo, con donativos voluntarios. Puede resumirse la diciendo que esta empresa tiene por objeto conducir á los hombres y á las mujeres, bien educados y animados del amor al bien público, á un contacto amistoso, cordial, con las clases más pobres, y todo esto en condiciones favorables propias para despertar en esas clases pobres gustos más elevados, tanto desde el punto de vista moral, como desde el punto de vista intelectual, con un espíritu cívico más noble. Atacamos, en la medida de nuestras fuerzas, lo que hay de insano en su medio, sobre todo, las condiciones intelectuales y morales, por igual dañosas, que tienden á hacer nacer la apatía mortal, que es el peor enemigo de los progresos de nuestras clases industriales.

Para concluir, nada podré hacer más oportuno que enumerar los diferentes fines perseguidos por la colonia de Bermondsey, según fueron éstos expuestos cuando se inauguró:

I. Dar una fuerza más grande y mayor atractivo á la obra cristiana.

II. Constituir un centro de vida social donde todas las clases puedan fusionarse, á fin de que cada una encuentre en este contacto con las demás un cambio saludable y un recreo.

III. Crear facilidades para el estudio de la literatura, de las ciencias y de las artes.

IV. Incitar á los hombres á discutir juntos los males sociales, generales y particulares, y á buscarles remedio.

V. Participar, en la medida mayor que sea posible, en la administración local y en las obras filantrópicas.

VI. Y por último, hacer todo eso de manera que sea perfectamente claro que no se trata del interés de una secta, de un partido, sino que todos los hombres de buena voluntad pueden asociarse á nuestra obra (1).

J. SCOTT LIDGETT.

Director del establecimiento de Bermondsey.

*
* *

LA COLONIA DE «UNIVERSITY HALL»

(THE UNIVERSITY HALL SETTLEMENT)

I

PRIMERA NOTICIA (2)

No lejos del ángulo Sureste de Gordon Square, en el distrito centro-oeste de Londres, se levanta un gran edificio de ladrillos rojos. Preguntad á un transeunte lo que es ese edificio. Si este transeunte pertenece al mundo de las escuelas, respon-

(1) Tradujo este trabajo para la edición francesa, la Srta. Doña Ana Garnier.

(2) Traducida para la edic. franc. de la *Franco-English Review*, 15 Oct. 1895.

derá: «Es la biblioteca del Dr. Williams.» Un hombre complaciente dirá que es *University Hall*. Pero una persona en la cual la cualidad de hombre de estudios no excluya la amabilidad, ó un habitante del Square os explicará que el ala izquierda del edificio es la biblioteca, que el ala derecha se llama *University Hall*, ó bien—otros la llaman así—*Elsmere Hall*, recuerdo sensibilizado de las doctrinas profesadas por la señora Humphry Ward, en su famosa historia de *Roberto Elsmere*. Dirigíos hacia el Este: cinco ó seis minutos de marcha os llevarán á un sitio donde se estacionan los vendedores ambulantes: volveos entonces hacia la izquierda; llegaréis á una casa de techo bajo, llamada en su rótulo *Marchmont Hall*, y podéis dedicar la mayor parte de vuestro tiempo á esta casa misma.

Una vez dentro de ella, acaso se os ocurrirá calificar de exagerado y ridículo el pomposo título de *Hall*; pero no censuréis á los actuales inquilinos. Han encontrado la palabra en el rótulo al instalarse, y la han aceptado con el local. *Marchmont Hall* debía ser el origen de su obra social. Su obra intelectual de estudios y de crítica había encontrado ya un centro en *University Hall*. La colonia que se debía establecer allí, cuyo plan estaba trazado en Febrero de 1890, estaba completamente organizada hacia Octubre del mismo año. En 1.º de Marzo de 1891 se abrió *Marchmont Hall*. Después de estas fechas, y partiendo de los puntos indicados, se han producido en Londres ciertos influjos. El lector, ¿tendrá inconveniente, para darse más clara cuenta de lo que va á continuación, de tomarse el trabajo de recorrer de nuevo el sexto libro de *Roberto Elsmere*, titulado *Nuevos horizontes?* (1).

El barrio en el cual se manifiestan más directamente esos influjos es vasto. Topográficamente, está limitado al Sur por Guilford Street, Russell Square, Keppel Street y Store Street; al Este, por el camino de Gray's Inn; al Oeste, por Tottenham-

(1) Más adelante (nota IV) va el análisis sucinto del episodio á que se alude.

Court Road. El límite Norte es más difícil de trazar, porque el campo de acción abraza Somers-Town con su laberinto de casas tristes, llenas de los ruidos producidos por las risas de los borrachos. ¿Dónde terminan esas casas sombrías? ¿Dónde comienzan las risas más francas? He ahí lo que es difícil de decir. Ese barrio está lleno de interés. A decir verdad, el explorador curioso descubriría en ese territorio recuerdos que sorprenderían á un extranjero.....

Dejando á vuestra espalda Gordon Square y marchando hacia el Este, volveos hacia la izquierda, á lo largo de Upper-Woburn Place, y tropezaréis cerca de la calle Tavistock House, donde Dickens pasaba algunos años de su vida, quizá no los más felices. Y eso que lord Campbell declaraba que hubiera preferido escribir *Pickwick* á ser el magistrado supremo de Inglaterra y par del Parlamento. Allí también fue donde se escribió la mayor parte de *Beack House* y de *Hard Times*, que M. Ruskin considera, en ciertos puntos, como la obra más hermosa del humorista.

El terreno circundante—y tomo aquí terreno en un sentido muy técnico—debía ser familiar á Dickens, á quien sin duda sus vecinos debieron de inspirar más de un rasgo. Brantôme Place ha podido mostrarle más de un «Jo» (1), y cierta casa de Cromer Street debió ser, de seguro, el original del castillo almenado de M. Wemmick en *Great Expectations*. Entre Tavistock House y Marchmont Hall se extiende Burton Crescent, que debe su nombre á James Burton, el primero de esos empresarios especuladores que, á fines del siglo último, comenzaron á cubrir esta parte de Londres de ladrillo y mortero.

Somers-Town y Camden-Town entonces estaban comenzados en emplazamientos que antes eran terrenos de campo—tomo terrenos aquí en su sentido propio.—Lysons, en 1795, deplora que la proporción de tierra laborable—en la parroquia

(1) Jo, personaje de una novela de Dickens, es un chino que tenía un tabernucho donde se reunían los fumadores de opio.

de San Pancraccio—fuese tan pequeña, de cincuenta acres apenas. Sin embargo, en su época, los grandes trabajos de construcción comenzaban ya. El emplazamiento es, en el momento actual, un verdadero campo de ladrillos, en el cual se advierten pequeños descubiertos de tierra verde. Uno de esos, y con flores, aun se le puede ver á lo lejos, hacia el Norte, en el antiguo cementerio de San Pancraccio, transformado en campo de recreo. La nueva iglesia de San Pancraccio, templo griego elevado á un dios cristiano, está precisamente á un tiro de piedra de la casa de Dickens. De hecho las iglesias son numerosas, aun cuando no bien llenas, se dice. Antes que mostraros alguna, un miembro de la Asociación, cuyo asiento está en Marchmont Hall, preferiría haceros ver los recuerdos y monumentos conmemorativos del capitán Coram, fundador del famoso hospital donde Haendel dirigía en otro tiempo la ejecución de su *Mesías*; de Lamb, que conducía el agua de Snow Hill, y de muchos otros hombres notables. Quizá se podrían reivindicar para el sitio aquel una batalla algo legendaria y una media docena de asesinatos de primera, garantidos, auténticos. Si le preguntáseis acerca de los indígenas de este lugar, podríais saber que en el Sur y Oeste del distrito y en algunos de las más largas arterias, viven muchas gentes respetables pertenecientes á la clase media. En cuanto á las demás partes del barrio, «todo ello está un poco mezclado, señor»: los cocheros de punto abundan, así como los empleados de los caminos de hierro. Los comerciantes de legumbres están fuertemente representados, y los obreros acomodados tienen allí sus calles preferidas. De la gran masa de la población, puede decirse que las mujeres son criaturas pacientes, los hombres buenos muchachos..... á la temperatura normal: los niños pululan en rebaños numerosos, y ofrecen á las pantomimas del porvenir un gran contingente de excelentes bailarinas y algunos oscuros coristas. El lenguaje del barrio tiende más bien á la violencia que á la suavidad. En cuanto á las costumbres..... ¡Dios mío!, no todos se parecen á los miembros de la Asociación, la

mayoría de los cuales no tendrían que vencer grandes obstáculos para agradar en cualquier salón. En suma: barrio interesante, buen campo de trabajo.

Y aquí se presenta la cuestión: ¿cuál es esa obra proyectada? ¿Hacia qué fin tienden los investigadores de esta empresa de dos caras? Al responder á esta pregunta sería preciso conservar más ó menos la delimitación existente entre las dos fases de la obra, aunque sin duda tengan entre sí ciertas relaciones de recíproca dependencia.

Hablemos primero de *University Hall*.

Se encontrará la mejor y más completa exposición de lo que se puede llamar la idea inspiradora de la obra en el discurso de apertura pronunciado por la señora Ward en la sala Portman el 29 de Noviembre de 1890. «Podemos—dice—penetrar más á fondo que los filósofos esta eterna necesidad, esta eterna pasión que domina el corazón de la humanidad cristiana; y viendo que esa necesidad, esa pasión es nuestra necesidad, nuestra pasión, á despecho de todo disimulo, ¿podemos recoger de nuevo la obra del cristianismo en las nuevas condiciones del pensamiento y proseguirla con un entusiasmo nuevo y una fe nueva?» Palabras que parecen tan sólo poner la cuestión; pero la respuesta no se hace esperar: «¡Ahora bien..... intentémoslo!»

El propio espíritu inspiraba la «Alocución á los *Residentes*» publicada el mismo mes. «El fin de la Asociación de *University Hall* es un fin religioso. Sus fundadores quieren trabajar por su parte en profundizar y purificar las fuentes de la vida religiosa. Quieren dar dirección y consejo para llegar á manifestaciones prácticas de un nuevo espíritu de confraternidad cristiana. En un tiempo en que la mayoría de las antiguas formas de la fe han sido amenazadas ó destruídas, creen que un sentimiento mudo de la presencia y de la acción divina está en camino de formarse, que trata ya de manifestarse al vivo en una obra respetuosa hacia la humanidad y llena de esperanza en ella, y con una piadosa confianza en Dios. Coo-

perar para que nazca ese sentimiento, allí donde no existe todavía; animarlo y esclarecerlo cuando luce tímido contra las trabas tradicionales; fortificarle y dirigirle, alentarle con el consejo mutuo allí donde esté despierto, y sobre todo, precisarlo más plenamente en el espíritu, al igual que en la vida, tal es el fin de la Asociación.»

Este proyecto primitivo jamás fue abandonado; pero la Asociación parece haber ampliado un tanto su programa. Y así ocurre que el informe del Comité para 1893 resume el fin perseguido en los tres artículos siguientes:

«1.º Suscitar una idea cristiana transformada á la luz de la ciencia exacta y bajo el influjo de la simpatía social.

2.º Realizar entre hombres y mujeres de posiciones y rangos diferentes en el mundo, una común fraternidad; forjar un lazo estrecho de buenos oficios mutuos entre todos aquellos, pobres ó ricos, sabios ó ignorantes, en los que pueda nuestra obra ejercer su influjo.

3.º Estudiar lealmente los problemas sociales, tal cual existen en Londres; inspirarse en este estudio con la esperanza constante en un porvenir mejor, y llevar así la voluntad individual á un sacrificio y á un esfuerzo esclarecido para procurar realizar tal porvenir.»

El último de estos artículos nos lleva al objeto de la Asociación de *Marchmont Hall*. Es, en cierto sentido, á la *University Hall*, lo que el laboratorio del sabio á un gabinete de estudio. Es el foco de innumerables formas de ese esfuerzo filantrópico y educador. Al propio tiempo quieren dar á sus miembros una segunda familia. Pero en este punto podríamos ahorrarnos las palabras, porque se puede, contemplando la ejecución misma, ver bien el fin perseguido.

Y ¿qué se ha conseguido en el curso de los cuatro ó cinco años durante los cuales la obra ha funcionado? Primeramente se ha conseguido un local en la construcción de ladrillos rojos, cuya situación se ha descrito, y en cuyo emplazamiento estu-

vo en otro tiempo el Nuevo Colegio de Manchester. Se ha nombrado un administrador, M. Philip Wicksteed, ministro de la capilla de Little Portland Street, autor ó traductor de distintas obras de crítica bíblica y literaria, y además conferenciante de nombre. En 1893, nuevos arreglos han hecho de M. Wicksteed el presidente y de M. Russell el administrador. Tomóse como modelo de la institución la Asociación de Toynbee Hall, y muy pronto se presentaron *Residentes*. Estos han sido en su mayoría hombres ocupados durante el día en oficios ó en el comercio. No se exige profesión de fe religiosa; el deseo mismo de hacerse *Residente* se considera como una indicación de simpatía hacia la obra en general y de voluntad para cooperar en ella.

El número de admisiones ha variado de año en año: el edificio comprende habitaciones para acomodar unas veinte personas. De ordinario hay ocupadas once ó doce. Administrador y *Residentes* comen juntos. En lo demás cada cual puede vivir como le parece. Entre los que han hablado en las reuniones en *University Hall*, ó que han iniciado discusiones, se citan los nombres de M. R. B. Haldanem, Consejero de la Reina; M. C. S. Loch, M. Walter Crane, el honorable Rollo Russell, y el honorable Lyulph Stanley. Se han examinado, entre otros asuntos, los siguientes: «Los maestros del pensamiento filosófico de Alemania.»—«El lujo.»—«Arte y democracia.»—«La nacionalización del suelo.»—«La higiene pública en Londres.» Una Sociedad de sociología termina ahora su primer año de existencia. La actividad exterior de la asociación no es menos intensa. «El año último—dice la Memoria de 1895—cuando la votación de una biblioteca pública en San Pancracio, hemos desempeñado un papel muy importante en la lucha sostenida—lucha que, á pesar de su fracaso, ha dejado tras de sí gérmenes de futuros éxitos.—Hemos participado en la elección del *School Board* y contribuído al nombramiento de los candidatos progresistas, no sólo en Marylebone, sino en otros barrios. Hemos presentado—desgraciadamente en vano—un candidato

á las funciones de *vestryman* y dos á las de *guardian*, todas de nuestro núcleo. Se empieza á contar con nosotros en los comités directivos de las escuelas y en los que se ocupan en la organización de obras de caridad. Uno ó dos de nuestros miembros prestan servicios efectivos en otras sociedades, y con un fin social similar.» Este informe no es obra de hablador; así, en cuanto á la actividad exterior realmente desplegada, puede afirmarse que el ponente queda por debajo de la verdad.

Mediante otro modo de actividad — que es, en opinión de algunos, el más importante—se ejerce un influjo á la vez interior y exterior: trátase de las conferencias. Los iniciadores, en sus planes originarios, habían asignado un lugar preponderante á la enseñanza bíblica sistematizada según la crítica moderna, y jamás se ha perdido de vista esta enseñanza. M. Estlin Carpenter ha tratado de los «Evangelios signópticos» y de «La teología en el libro de Isaías»; el Dr. Martineau, del «Evangelio según San Lucas»; M. R. S. Moulton, ha dado conferencias sobre «el estudio literario de la Biblia», y M. Wicksteed, sobre «el desenvolvimiento de la religión de un pueblo».

Hay además pasatiempos literarios: v. gr., el estudio del presidente sobre «el Dante», ó las conferencias comprendidas en el programa de la Extensión Universitaria; así la conferencia del Dr. Bosanquet sobre «Platón» y los cursos de economía política. Pero los títulos citados son sólo ejemplos; la lista, que se publica cada trimestre, ofrece en abundancia alimento intelectual á los que sienten necesidad de él.

Marchmont Hall tiene también conferencias particulares literarias, filosóficas, científicas ó religiosas. Pero el carácter de la escena cambia por completo con el local. En *University Hall* encontraréis un auditorio bien presentado, «select» dirían los *reporters*, cuadernos de notas y otros indicios de un trabajo metódico; los lápices se mueven, el conferenciante enuncia doctoralmente principios. En *Marchmont Hall* pasan las cosas más en familia. Un sombrero de copa parece allí

como venido de otro mundo, como si hubiera equivocado la cabeza. En el bolsillo de muchos buenos obreros se deja ver modestamente el extremo de su herramienta. Sobre las rodillas de muchas buenas mujeres oyentes, descansa el cesto, en el fondo del cual se ocultan las compras del día. Nada de cuadernos, de notas, ni de lápices; el estudio en serio y formal es imposible aquí: lo único que se desea es despertar el pensamiento.

Los oradores toman el tono de la conversación, aun respecto de asuntos que parecen exigir palabras científicas. Proceden de todas partes. Cambridge envía sus tres grandes favoritos: el Dr. R. D. Roberts, el profesor Haddon y miss Hughes, de la Escuela Normal. Los asuntos son variados, como sus domicilios. «La moral del trabajo.» — «Confucio.» — «La educación moral.» — «La música india.» — «Langton y la Magna Carta.» — «El mar y sus maravillas.» — «San Francisco de Asís»: he ahí algunos ejemplos tomadas al azar en el programa del año último.

Cuando no hay conferencias hay un concierto, una lectura, ó á la tarde, una peregrinación á algún sitio interesante: la tumba de Goddsmith, por ejemplo, ó el hospital de Chelsea.

Por otra parte, hay un círculo para los jóvenes—hay otro para las jóvenes—otro para las mujeres, y una biblioteca. También se puede practicar un asalto de boxe ó de palo.

Pero si aún queréis saber más, visitad *Marchmont Hall* un sábado á la noche, y preguntad á los miembros «asociados» de la asociación: «¿Quiénes son esos miembros «asociados?» «Son—dicen los iniciadores de la obra—los hombres y las mujeres á quienes hemos rogado para que se juntasen con nosotros, no sólo para instruirse y divertirse, sino para tomar una parte activa en los esfuerzos que hagamos para mejorar la sociedad, interesándoles, en fin, para poner *su* saber, *su* prudencia, *su* adhesión, al servicio de la causa común.» Pues bien, preguntadles á esos miembros: podéis hacerlo sin miedo.

Un generoso donante ha acudido en auxilio de esta empre-

sa. M. Passmore Edwards ha prometido á la dirección una suma de 250.000 francos—10.000 libras esterlinas—ni más, ni menos. Nuevos edificios van á levantarse, la asociación será «reconocida y autorizada por el Estado», y se arreglará definitivamente su forma de administración. Construiráse una casa de descanso para consagrarla á las manifestaciones religiosas de la «colonia.» «Será ésta un edificio sencillo, muy semejante á los oratorios de Bolonia y de Siena. Se espera que habrán de verse sus muros cubiertos de hermosos frescos destinados á ilustrar las palabras y parábolas de Cristo, moral y poesías sublimes del cristianismo, tan poco ilustradas hasta el día por el arte cristiano.» Sir Edward Burne-Jones dará los planos de este nuevo templo. Sólo el tiempo mostrará si los fieles acudirán allí en mayor número que á la antigua iglesia..... (1).

W. G. FIELD.

II

SEGUNDA NOTICIA POR EL EXADMINISTRADOR DE «UNIVERSITY HALL.»

M. Field, en la exposición que acaba de leerse del fin y de los procedimientos empleados en *University Hall* y su anexo *Marchmont Hall*, da una impresión general de las más claras: sin embargo, conviene añadir algunos detalles, especialmente cifras.

En primer lugar, en lo que concierne al número de personas sobre las cuales se extiende el influjo de la «colonia», es imposible evaluar en números todas aquellas á quienes alcan-

(1) Publicado este trabajo en la *Franco-English Review* del 15 de Octubre de 1895, y traducido para la edic. franc., por M. Martín-Dupont, profesor en la Escuela Turgot.

za directamente; pero se puede formar una idea bastante exacta de las que la reciben directamente, sea como estudiantes en *University Hall*, sea como simples miembros de los diferentes clubs de *Marchmont Hall*.

Para las series de conferencias dadas en *University Hall*, se venden por término medio quinientas entradas al año, variando el precio ó cuota de uno á diez chelines; pero, como muchos estudiantes siguen simultáneamente varios cursos, el número máximo de estudiantes no pasa de trescientos.

En *Marchmont Hall* hay unos doscientos miembros adultos, hombres y mujeres, que pagan una cuota semanal de diez céntimos, y unos cien niños, niñas y muchachos. Deben citarse también un gran número de personas, que, sin pagar cuota permanente, se aprovechan de vez en cuando de una de las tres noches dedicadas al público, para acudir á oír una conferencia, una discusión (*debate*) ó un concierto.

El concierto del sábado por la noche, en particular, es tan preferido, que la sala está siempre llena: faltando sitio, es preciso limitarse á admitir doscientos oyentes, la mitad acaso de los que desearían entrar.

El hecho es que la falta de espacio ha reducido el número de adheridos al *mínimum* en los diferentes ramos de la actividad de *Marchmont Hall*.

Las dos salas que el *Hall*—así llamado pomposamente—posee, permiten funcionar apenas dos secciones á la vez. Las muchachas se colocan en el lugar de los muchachos, éstos en el de aquéllas, los adultos rechazan á ambos: los conciertos impiden las conferencias, las conferencias las discusiones, las discusiones los cursos: no es posible tener una sala de lectura, un gimnasio ó un cuarto de fumar, de una manera permanente, y cada cosa, en un momento dado, debe ceder su puesto á otra.

Felizmente, para un porvenir próximo puede esperarse un mejor estado de las cosas. El donativo de M. Passmore Edwards de 10.000 libras esterlinas (250.000 francos), aumenta-

do con otros donativos que varían de 1 á 500 libras esterlinas (de 25 á 2.500 francos), hasta constituir un capital de 13.000 libras, esto es, de 300.000 francos, permitirá construir un edificio que satisfaría hasta los ensueños de Robert Elsmere mismo, ó cuando menos, pondrá en sus manos, para alcanzar su ideal, un instrumento material bien entendido.

La fuerza motriz espiritual para la nueva empresa, queda aún por encontrar. ¿Se tropezará con algún Elsmere para dirigirla? No lo sabemos; por otra parte sería inútil preocuparse con esto, hasta que el nuevo edificio haya sido levantado y trabaje en plena actividad. Pero la ocasión es buena, y de seguro se encontrará el hombre necesario en el momento preciso; deberá ser un ser entusiasta y liberal, religioso, social, con energía de pensamiento y de acción, amplia cultura y de personalidad simpática. Realmente, un hombre que se haya dado cuenta de todas las fuentes de lo bello en la vida humana, no podría idear deber más imperativo que el de ayudar á los demás á seguir sus mismas huellas.

Pero, se dirá: ¿Qué cuesta todo eso? ¿Qué es lo que ha costado ya? ¿Y á cuanto subirán los gastos después de las nuevas ampliaciones?

Desde el momento de la apertura en 1890, hasta finalizar el año último, la colonia de *University Hall* ha costado, en números redondos, la fuerte suma de 12.000 libras esterlinas (300.000 francos, ó sea 2.000 libras, 50.000 francos al año). Esta suma comprende el alquiler de los dos *Halls*, los honorarios de los conferenciantes, etc., etc., así como los gastos inherentes á la conservación de la «residencia», es decir, de la pensión (*boarding department*) de la colonia, que está arreglada para recibir quince ó veinte pensionistas como huéspedes. Estos residentes han contribuído á los gastos mediante el pago—á precios corrientes—de su habitación y alimento, con una suma de 4.000 libras (100.000 francos). Las suscripciones para

las conferencias y gastos menudos, y algunos otros pequeños auxilios, han sumado 1.000 libras (25.000 francos).

El resto, es decir, 7.000 libras (175.000 francos), ha sido proporcionado por los amigos del movimiento, respondiendo á un llamamiento dirigido de tiempo en tiempo al público por el comité. Esos mismos amigos auxilian también la nueva empresa, porque, además de las 13.000 libras (325.000 francos) prometidas para la creación del nuevo edificio, se ha acaparado ya una suma de 900 libras (22.500 francos) durante tres años, para atender á los gastos corrientes de la colonia. A medida que la empresa avance y se extienda, se puede estar completamente seguro de que los subsidios financieros necesarios se obtendrán siempre; porque la colonia representa un ideal que en nuestros días es perseguido por un número de espíritus siempre en aumento. La mejor prueba de ello está en el hecho de que, de los 25.000 francos asegurados ya, una décima parte—2.500 francos—deberá estar afecta anualmente á la impresión y publicación de conferencias libres y gratuitas por los abogados más eminentes del pensamiento religioso liberal, sobre asuntos referentes á la historia del cristianismo, y al lugar que ocupa en la evolución de la raza humana.

Esas conferencias serán denominadas—en honor y memoria del antiguo maestro de Balliol College en Oxford, que ha sido uno de los defensores del movimiento religioso liberal en Inglaterra—las *conferencias Jowett*, y los directores de la colonia justificarán de ese modo el punto tan firmemente mantenido por los iniciadores, de que su fin es un fin religioso; es decir, que quieren resolver, por un esfuerzo firme é inteligente, el enigma de la tierra que sufre y que acude á la luz y á la fuerza de un cristianismo purificado (1).

J. RUSSELL.

(1) Traducido para la edic. franc. por la señora Oswald-Murray.

NOTAS COMPLEMENTARIAS

NOTA IV

NOTA SOBRE «ROBERTO ELSMERE»

En los libros VI y VII de esta novela es en donde se encuentra el episodio á que se hace referencia más arriba.

Sabido es que en esta novela la señora Humphry Ward describe la vida de un joven sacerdote. Este, después de unos años de predicación, sufre una crisis religiosa que le lleva á rechazar su fe; se separa de la Iglesia anglicana, deja su curato, donde ha fundado ya una escuela, un instituto de historia natural, un club de muchachos, y va á establecerse á Londres. No tenía, en un principio, otra intención que la de mezclarse con los humildes y consagrarse á su desenvolvimiento intelectual y moral; recorre los barrios del East End, y guiado por el pastor de una iglesia liberal, penetra en esos medios obreros, y comprende muy pronto que allí es donde su acción puede ser útil; luego se junta con un joven pastor unitario, vicario de una capilla en el East End, Murray Edwardes, cuyas doctrinas religiosas en manera alguna abraza, pero que le presenta en el distrito de R..... un campo de operaciones en el cual hacen falta hombres inteligentes y devotos para instruir obreros y hablarles.

Edwardes había abierto salas de conferencias y establecido cursos nocturnos en diferentes partes del distrito. Sin preocuparse con las opiniones religiosas de los que le auxiliaban en su obra, pues sólo les pedía su tiempo y su celo, no había visto que hasta él acudiesen más que los laicos, gentes del foro, doctores, empleados, todos hombres que, apartados de las creencias recibidas, sentían placer trabajando á su lado.

Edwardes condujo á Elsmere á una de esas escuelas nocturnas, instalada en Elgood Street, en una especie de almacén muy bien situado en el centro del distrito, cerca de una importante fábrica de alfarería, que le procuraba la mayoría de sus alumnos. La población de este barrio, obrera toda, se componía de los obreros de los vecinos Docks, cerveceros, relojeros en gran número, los cuales frecuentaban todos la escuela de Edwardes. Sólo dos personas estaban encargadas de esta escuela. Una, de una familia ortodoxa y muy burguesa, se había ido con la secta unitaria y á la práctica de la caridad, por oposición á las ideas estrechas y formalistas de su familia; la otra, ferviente discípulo de Augusto Comte, se había dedicado á esta enseñanza de obreros por pasión filantrópica; su mujer, á pesar de sus dos hijos, que sobre ella recaían tan sólo, le ayudaba con todas sus fuerzas, consagrando á la visita de los pobres, á la obra de su socorro, todo el tiempo de que disponía.

Sin embargo, á pesar de su celo, estos dos hombres no bastan para desempeñar la tarea; se necesita auxilio, y, á propuesta de Murray Edwardes, Elsmere se une á ellos; acude primero á la escuela nocturna, donde tiene que hacer mucho para restablecer el orden, porque los escolares son de humor alborotado y revuelto. Acude también al curso de arte, que da una vez por semana, y que, sobre todo, frecuentan los obreros de la fábrica de loza; se celebra también una conferencia de historia dos veces por mes.

Elsmere no se limita á ayudar á sus colaboradores: toma también nuevas iniciativas. Durante los recreos, jóvenes y hombres ya hechos, se reunían á la mesa, ante las revistas, los dominós y los naipes. Elsmere tiene la ocurrencia de instalarse en una sala próxima durante los recreos, para referir todas las noches alguna historia; por tal modo espera despertar la imaginación, la sensibilidad, la simpatía mutua de los niños y de los hombres.

Desde la noche quinta, sus relatos atraen una porción tal

de oyentes, que es preciso consagrarles especialmente una noche por semana. Elige, generalmente, sus asuntos en la vida diaria, haciendo notar, con ejemplos tomados de la realidad, cómo los pobres pueden ayudarse unos á otros, manifestando los peligros de los diferentes oficios; recogiendo de la vida londonense el relato de un incendio, una colisión en el Támesis; de la vida de la fábrica del Norte, el relato de sus rudos trabajos; de la vida rural, el cuadro de los goces serenos; tomando de las novelas célebres de Cooper, de Scott, de Dumas, anécdotas interesantes ó trágicas; por fin, descubriendo la existencia de hombres del pueblo.

Elsmere tiene buen cuidado de adornar la sala de las conferencias con mapas, fotografías, grabados, que representan los países de Oriente, América del Sur, Africa, sirviéndose de tales imágenes para ilustrar los relatos, sencillos y animados, con lo cual logra transportar á sus oyentes á los más lejanos países. El domingo por la tarde organiza un curso de historia natural, con experimentos elementales de química, física, electricidad, botánica. Pasa poco tiempo, cuando ve acudir ya un público de muchachos de todas edades, que, sin él, hubieran pasado sus horas del domingo en callejear, jugar ó pelearse.

Sin embargo, el público al cual se dirige no pertenece á las clases más bajas de la sociedad: en su mayoría son artesanos, buenos obreros que, sin ser ilustrados, han recibido una instrucción elemental media y están en situación de comprender.

No lejos de Elgood Street hay un Club de librepensadores muy avanzados, centro de ideas socialistas y ateas de los alrededores: tiene como órgano un periódico diario. Elsmere, deseoso de conocer las tendencias de esta publicación, había comprado un número y en él encuentra un artículo en que se ridiculiza la persona de Cristo, y se la representa de una manera ignominiosa: experimentó al leerlo hondo sufrimiento. Indignado, se propone hacer comprender á Cristo á esos hombres

anticristianos, mostrándoles su vida en la realidad de la historia. Pide permiso para dar una conferencia sobre los derechos de Cristo—*claims of Christ on modern life*—en el Club North R.... y se lo ceden.

El domingo siguiente, se encuentra ante un auditorio bastante numeroso, pero movido: cada cual tiene su pipa en la boca y su vaso en la mano: sin embargo, tal es el ascendiente del conferenciante, que al cabo de algunos minutos el auditorio atiende; sabe interesar tan vivamente á esos hombres rudos, que apenas si algunos hacen observaciones según se hacía usualmente después de la conferencia del Club. Más aún: se le rogaba pocos días después para que de nuevo volviera al Club á dar una serie de conferencias sobre el Nuevo Testamento.

Elsmere acude gozoso. A poco consagra una gran parte de su tiempo á esas conferencias, á esos asuntos, al Club North R..., y al fin adquiere la costumbre de pasar una hora en el Club los sábados por la noche, después de su conferencia en Elgood Street: conversa familiarmente, fumando, discutiendo libremente con cada cual; siente que ejerce una poderosa acción sobre esos rudos espíritus de obreros, sobre esos hombres de ideas violentas: su auditorio se ablanda y se acerca á él.

A medida que su obra se amplía, propaga sus ideas á lo lejos, en el Londres elegante y hasta en el West End, por medio de artículos de revistas y de periódicos. Encuentra allí hombres dominados por las mismas preocupaciones que él y animados por el mismo ardor.

Un gran número de esos acuden á él para ayudarle, con su celo, sus fuerzas, y todos, sin distinción de posiciones ó de opiniones, son preciosos colaboradores: además, entre sus primeros oyentes de Elgood Street y del Club, varios se ponen á enseñar, bajo su dirección, en la escuela nocturna, en el Club de jóvenes, etc., etc. Elsmere es siempre el alma de todas las reuniones: mézclase primero entre los oyentes, luego indica por algunas palabras las ideas que deben ponerse de relieve.

Consagra á su obra tres veladas completas por semana, y

todo su domingo. Además de sus cursos de la escuela nocturna y de sus conferencias del Club, da una serie de conferencias sobre la vida moral en el hombre: su fe se ha hecho ardiente, y su deseo ahora es llevar á toda esa gente obrera hacia una vida religiosa y moral. Desde entonces le domina la preocupación de dar á su asociación un carácter religioso: quisiera que el pensamiento de Cristo fuese su alma; aun cuando en manera alguna piense en unirse con ninguna secta existente, quiere fundar una «Nueva Fraternidad Cristiana.» Cuando participa ese deseo á sus colaboradores, encuentra en ellos cierta sorpresa, y advierte alguna hostilidad, pero su ascendiente ha llegado á ser tal, que todos, el librepensador como el joven unitario, le son fieles, comprendiendo que, en esta Nueva Fraternidad, no habrá doctrinas que profesar, sino sólo bien que hacer. Elsmere reunió en una especie de Consejo á todos los conformes con la obra, á fin de trazar el plan de la Nueva Fraternidad: las dos terceras partes de los miembros de ese Consejo son obreros.

La regla obliga á todo miembro de la Asociación á un trabajo proporcionado naturalmente á sus fuerzas y á sus facultades. Pero lo importante serán las disposiciones materiales. La Asociación estableceráse en Elgood Street en el grupo de almacenes donde se encontraba la escuela nocturna; habrá tres pisos con piezas bien amuebladas, bien alumbradas y calientes; habrá un gran *Hall* para los conciertos, las conferencias dominicales, las representaciones y las fiestas; varias piezas estarán reservadas al Club de los muchachos; otras dos, con entrada especial, á las mujeres y á las jóvenes; habrá una biblioteca, una sala de lectura para los dos sexos, adornada con grabados, mapas y fotografías; tres ó cuatro piezas más pequeñas servirán para las reuniones del Comité y del Club de Historia natural. Por último, habrá un gimnasio. Un dispensario será sostenido por un joven doctor filántropo.

Poco tiempo después Elsmere reunía la suma necesaria para toda esta instalación; todo el grupo de almacenes de Elgood

Street pasa á ser propiedad de la «Nueva Fraternidad», y al cabo de tres meses la instalación está terminada. Elsmere límitase entonces á enviar á los innumerables asociados las insignias de miembros de la N. Fr. Chr.

Acuden allí gentes de todas las edades, de todos los oficios, hombres, mujeres y niños, empleados en los escritorios, comerciantes en pequeño, comisionistas, mancebos, artesanos de todo género, carreteros, cocheros, maestros, aspirantes á maestros, etc. Después de la distribución de las insignias, Elsmere hace una ceremonia religiosa sobre esta indicación: «El vino nuevo necesita odres nuevos»; inicia la ceremonia con una plegaria muy sencilla al Muy Santo; luego refiere algunos rasgos de la vida de Jesús; después se cantó un himno, y por fin se terminó con una plegaria por la nación, y con la bendición.

La Asociación resultaba así bien fundada, según el plan de Elsmere; las conferencias organizadas. Elsmere no dejó por eso de entregarse por completo á su obra. Pero sus fuerzas se agotan en esta actividad incesante; unos meses después de la fundación de la «Nueva Fraternidad», Elsmere se ve obligado á alejarse de Londres para buscar descanso en Francia, en las costas normandas, luego en Argelia. Allí es donde espira con la amarga pena de no poder continuar su obra. Pero sus colaboradores continúan valientemente la que él ha comenzado, é inspirados por el mismo ardor filantrópico, logran no sólo hacer vivir la «Nueva Fraternidad», sino darle una amplitud inmensa.

Traducción y resumen de la señora

C. ROGER.

DISCURSOS Á LA NACIÓN ALEMANA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

PRINCIPIOS ESENCIALES Y GENERALES DE LA NUEVA EDUCACIÓN

En estos Discursos expondré directamente á vosotros que me escuchais, y mediante vosotros á toda la nación alemana, la manera de regenerar nuestra nacionalidad merced á una educación nueva basada en los caracteres mismos de nuestro siglo y en nuestras cualidades nacionales, que es preciso transformar. Sería, por tanto, imposible hacer comprender este nuevo plan educativo, sin explicar previamente aquellas cualidades y sus relaciones. Mas como se hace necesario comenzar de algún modo, empezaré por exponeros lo que hay de esencial en ese plan, abstracción hecha de sus relaciones con el tiempo y el espacio; tal será el asunto de este discurso y del que le sigue. El plan propuesto es nuevo en absoluto, no habiéndose empleado en pueblo alguno esta educación nacional de los alemanes. En el discurso anterior la he distinguido ya de la educación empleada hasta nuestros días, que se limitaba á exhortar fuertemente en pro del buen orden y de la moralidad: exhortación ciertamente inútil, tratándose de hombres que adquirieron el hábito de costumbres muy diferentes y sobre los cuales carecía de eficacia semejante educación.

Por el contrario, la nueva educación dirá, conforme á reglas seguras é infalibles, qué vida deben llevar sus discípulos.

Podría objetárseme, con casi todos los partidarios de la educación antigua: «¿Acaso puede la educación hacer otra cosa que mostrar al discípulo el camino recto, y exhortarlo enérgicamente á que lo emprenda? Si quiere obedecer esas exhortaciones, mejor para él; si no las sigue, suya será la culpa; existe un libre albedrío que ninguna educación puede constreñir.» Para indicar con toda exactitud á qué educación me refiero, contestaré que esta confianza en la voluntad libre del discípulo, es el error capital de la educación antigua, y constituye la formal confesión de su debilidad y nulidad. ¿No se reconoce con ello, en efecto, que, á pesar de todos los esfuerzos educativos, la voluntad permanece aún libre, es decir, indecisa entre el bien y el mal? Confiésase, pues, que la educación antigua no puede, no quiere, ó no desea formar la voluntad; más aún: que declara ser esto imposible; y como la voluntad es el hombre mismo, resulta, por consecuencia, impotente para formar al hombre. Por el contrario, la nueva educación consistirá esencialmente en aniquilar por completo la libertad de la voluntad, para sustituirla por la necesidad de las determinaciones y la imposibilidad de escoger la determinación contraria. No cabe confiarse y abandonarse seguramente más que á una voluntad así formada.

Toda cultura se propone la formación de un tipo definitivo y estable que ya no cambia, sino que es, sin poder ser de otro modo que como es. Caso contrario, dejaría de ser una educación para convertirse en un juego sin finalidad; y si la educación no consigue crear ese tipo, debe considerarse como incompleta. Quien necesite á cada momento de exhortaciones para querer el bien, indica estar falto de esa voluntad firme y constante, siendo preciso formarla cada vez que tiene necesidad de ella; por el contrario, aquel que posee una voluntad formada y estable, quiere lo que quiere eternamente, y no puede, en ningún caso, querer de otro modo que como quiere ahora,

E. M.—*Mayo* 1899.

hallándose para él la libertad de la voluntad fundida con esta necesidad de querer así. Los siglos pasados han dado muestra de no tener una noción exacta de la educación humana, careciendo igualmente del poder para realizarla, y pretendían mejorar á los hombres merced tan sólo á las exhortaciones, irritándose cuando éstas no producían fruto alguno. Pero ¿acaso podían producir algo? Con anterioridad á todo consejo, la voluntad del hombre posee ya su línea de conducta firme y decidida; si esa línea coincide con aquellos consejos, resultan estos tardíos, pues aun sin ellos se hubiera hecho lo que recomiendan; por el contrario, si difiere, es posible que fascinen por unos instantes, pero al llegar el momento de la acción quedan olvidados y se sigue el camino que indica la inclinación natural. Quien pretenda lograr una acción eficaz, es preciso que haga algo más que exhortar simplemente: es preciso que forme á los hombres de tal modo, que no puedan querer sino lo que se desea que quieran. Inútil sería decir á quien no tiene alas, *vuela*; todas las exhortaciones imaginables no le servirían para volar ni dos metros sobre el suelo; pero desarrollad, si es posible, las alas de su espíritu y haced que las ejercite y fortalezca, y veréis cómo, sin necesidad de exhortaciones, no querrá ni podrá hacer otra cosa.

Esta voluntad firme é inmutable es la que desde ahora debe formar la nueva educación, mediante reglas seguras é infalibles; debe, incluso, formarla de modo tal, que no pueda sustraerse á la necesidad que persigue. Antes, se llegaba á ser bueno gracias á cualidades naturales que preservaban de la influencia perjudicial de un medio malsano; pero en este hecho no intervenía para nada la educación, porque de ser así, todos los discípulos hubiesen sido buenos. De igual modo, los que estaban corrompidos, llegaban á tal estado por el simple desarrollo de sus cualidades naturales, y no por la educación, porque de ser así, todos se hubieran corrompido igualmente. La educación era, pues, un factor despreciable, quedando todo á cuenta de la buena ó mala naturaleza del discípulo.

Pero es una fuerza obscura, de cuyas manos se hace preciso arrancar la educación para confiarla á un arte seguro y razonado, que alcanzará, sin duda, el fin que se propone en todos los alumnos; y si no lo alcanza, una vez advertido de ello, ya sabrá lo que le toca hacer. Un arte seguro y razonado de dotar al hombre de una voluntad firme de obrar bien, tal es la educación que yo propongo, y ese es su principal carácter.

Además, el hombre no puede querer sino aquello que ama; su amor es el único y también el infalible resorte de su voluntad y de toda su conducta. La antigua política, educadora del hombre social, afirmaba, como infalible y única regla, que cada cual ama y quiere su propio bienestar material; y á este amor natural ligaba, por medio del temor y de la esperanza, la buena voluntad que consideraba necesaria para que se interesasen los hombres por el bien general. Pero bajo esa apariencia de un ciudadano que á nadie perjudica, y que aun puede ser útil en la sociedad, el hombre continuaba siendo malo en su fuero interno: porque es, en efecto, ser malo, amar tan sólo el propio bienestar personal y guiarse siempre por el temor ó la esperanza de lo que perjudica ó sirve al interés particular. Semejante educación no servía, pues, para mejorar al hombre; y, como hemos visto anteriormente, no puede la nación alemana servirse de ella, puesto que esos lazos de temor y de esperanza ceden hoy en contra nuestra, ya que quien dispone de los castigos y de las recompensas es una nación extraña. Estamos, pues, en el deber de buscar la manera de mejorar á los hombres, no superficialmente, sino en sus pensamientos más íntimos, ya que sólo así reformados pueden asegurar la permanencia de la nación, mientras que los malos ciudadanos la arrastrarían forzosamente á la absorción por el extranjero.

El amor del bien por sí mismo, en tanto que es bien, es lo que debemos sustituir á ese egoísmo material, de hoy más inútil; y esto en todos los elementos de nuestra nación. El amor del bien por el bien mismo, abstracción hecha de su utilidad

para nuestros intereses, lleva en sí la forma de la satisfacción interior, complacencia en el bien tan íntima, que nos vemos arrastrados á realizarla en la vida ordinaria. Esta satisfacción interior es la que la educación nueva deberá proporcionar de un modo absoluto á sus alumnos, y á su vez la satisfacción interior creará en el discípulo una voluntad firme, irrevocablemente dirigida hacia el bien.

Para que ese contentamiento interior nos incite á realizar un acto que todavía no existe, es necesario de antemano producir en el espíritu cierta representación de ese acto, de la cual nacerá el ideal de contentamiento interior que ha de decidirnos á realizar el acto que entonces comprenderemos en todo su valor. Semejante contentamiento supone, pues, la facultad de esbozar esas representaciones antes de realizarlas, con lo cual vendrán á ser, no copias de la realidad presente, sino prototipos de lo que hemos de realizar: realidades futuras. Debo, pues, hablaros ahora de esa facultad, y os ruego, ante todo, que no olvidéis, durante estas consideraciones, que una imagen creada así puede complacernos simplemente á título de imagen ó como signo de nuestro poder de imaginar, pero que esto no implica en manera alguna que para nosotros se convierta en prototipo de una cierta realidad y nos complazca hasta el punto de arrastrarnos á la acción. Esta última cuestión es muy diferente, y á ella nos dedicaremos de un modo especial; pero sólo examinando la primera podremos deducir las condiciones que desde luego se nos imponen si queremos alcanzar el fin definitivo y verdadero de la educación.

Esta facultad de producir mediante nuestra propia actividad imágenes que, en vez de reflejar simplemente la realidad, puedan ser modelo de ella, es la que la nueva educación formará, ante todo, para educar á la raza. He dicho que se trata de crear imágenes por la propia actividad personal; es decir, que el discípulo no debe limitarse á recibir pasivamente las imágenes que el educador presenta á su espíritu, y comprenderlas y reproducirlas tales como se le ofrecen. No se trata de

tener una representación cualquiera, sino de que se forme mediante la actividad personal, porque sólo la imagen así formada podrá provocar un contentamiento que trascienda á la acción. Dejarse arrastrar por un objeto sin tener nada que oponerle, es un papel demasiado pasivo, muy diferente de ese contentamiento íntimo y creador que excita todas nuestras fuerzas á realizar la imagen. El contentamiento interior es ese sentimiento de que acabamos de hablar. Del primer procedimiento, usado en la educación antigua, no tenemos para qué ocuparnos: hablaremos tan sólo del último. Esa íntima satisfacción no se despertará sino en tanto que la actividad personal del discípulo se mueva y se haga sentir tan claramente en el sujeto, que el objeto propuesto no complazca sólo como tal objeto, sino, ante todo, como revelador de la fuerza activa de nuestro espíritu; lo cual, directa y necesariamente, sin excepción posible, lleva al contentamiento interior del sujeto.

Esta actividad, propia de la facultad espiritual de imaginar, que es la que debe desarrollarse en el discípulo, está sin duda regida por reglas que éste debe descubrir, ejercitándose en la acción, hasta que vea claramente, merced á tales inmediatas experiencias, lo que ellas ofrecen por sí mismas. El ejercicio de esta actividad trae consigo un conocimiento que no será exclusivo del discípulo en cuestión, sino que servirá para todo el mundo. Una vez conocidas esas leyes, la facultad no hará nada que les sea contrario, y nada realizará sino conforme á ellas. Si le ocurriese empezar á obrar á tientas, pronto volvería á la consideración de las leyes para producir la imagen. El ejercicio de esta facultad representativa no es, pues, en último análisis, más que el ejercicio de la facultad de conocer del discípulo; pero no se trata de un ejercicio histórico, conforme al estado actual de las cosas, sino de un ejercicio superior y filosófico, conforme á las leyes que dirigen y hacen necesario el estado actual de las cosas. Por tanto, el alumno aprenderá.

Y añadido: aprenderá de buen grado y con placer tanto cuanto se lo permita su atención, y nada le será más agradable de hacer que eso, porque equivale á ejercitar su actividad personal y á procurarse inmediatamente el mayor placer posible. He aquí el signo característico de la verdadera educación, signo infalible que se ofrece directamente á nuestras miradas, á saber: que en ese sistema de educación todo discípulo, sin excepción alguna, y cualesquiera que sea la diferencia de aptitudes personales, aprenderá con placer y con amor, simplemente por aprender, sin otro fin. Hemos hallado el medio de despertar el amor á la ciencia, excitando la actividad personal del discípulo de manera que constituya la base de todo conocimiento.

El primer problema del arte educativo es, por tanto, respetar la actividad del sujeto con respecto á un objeto; y si lo logramos, tan sólo nos restará mantener en la vida real la actividad así despertada, lo cual no será posible sino mediante un progreso regular y continuo, porque toda falta en la educación se ha de traducir al punto por un fracaso. Hemos hallado, pues, el lazo que une el fin perseguido con el método empleado, ó, en otros términos, la ley fundamental, eterna y sin excepción, que exige que ejercitemos por nosotros mismos la actividad de nuestro espíritu.

Si alguien, engañado por la experiencia diaria, concibiese dudas respecto de la existencia de semejante ley, le diríamos que el hombre es por naturaleza material y egoísta mientras se halla bajo el imperio de las necesidades inmediatas y de las exigencias materiales del momento, y que ningún deseo espiritual puede apartarlo de satisfacer esas necesidades materiales presentes; pero á poco que las haya calmado, quédale escasa inclinación á conservar en su fantasía la imagen dolorosa de esas necesidades naturales, por lo cual prefiere dejar que su pensamiento se dirija libremente á la investigación y examen de lo que halaga los sentidos; y tampoco desdeña tal cual poética excursión al mundo ideal, hallándose por natura-

leza tanto menos inclinado á las cosas temporales, cuanto más amplia parte concede á las eternas. Esto último lo demuestran bien la historia de todos los pueblos, los numerosos descubrimientos y observaciones que nos han sido transmitidos; es también lo que hallamos comprobado hasta nuestros días en los pueblos todavía salvajes cuyo clima no sea duro en exceso, y en nuestros propios niños; es, igualmente, la sincera confesión de los adversarios del ideal, que nos lo demuestran así quejándose de serles más penoso aprender nombres y fechas que elevarse á lo que llaman la región vacía de las ideas, pudiendo asegurarse que más á gusto harían lo segundo que lo primero, si les fuese posible. A este carácter, naturalmente elevado, se sustituye artificialmente en nuestros días el carácter vulgar, en el cual aun el hombre saciado ve surgir el hambre de mañana y de todos los días futuros, único móvil que llena siempre su alma y la excita y la impulsa hacia adelante. Este resultado lo consigue el niño corrigiendo su ligereza natural, y el hombre maduro esforzándose por pasar plaza de prudente, título reservado á quien no pierde nunca de vista este objeto: de donde resulta que no hay en ello ninguna inclinación natural contra la cual sea preciso luchar, sino una mala dirección impuesta á la naturaleza por fuerza y contra su deseo, por lo cual desaparecerá si se deja de emplear la fuerza.

Esta educación que despierta directamente la actividad espiritual y personal del discípulo, produce, como hemos dicho antes, el conocimiento; y esto nos ofrece ocasión para distinguir con mayor claridad todavía la educación antigua de la moderna. La nueva educación trata desde luego de despertar la actividad espiritual propia del alumno, la cual, una vez despertada, seguirá desarrollándose por un movimiento regular y continuo en que el conocimiento se logrará por añadidura, como ya lo hemos advertido anteriormente. Mediante este conocimiento ha de ser, sin duda, concebida la imagen que realizará el alumno una vez llegado á la edad madura, y este

conocimiento es, á no dudarlo, un elemento esencial de la educación que debe darse al alumno; pero no cabe decir que la nueva educación tenga por fin directo la formación de este conocimiento, sino que lo logra por añadidura. Por el contrario, la educación antigua buscaba ante todo el conocimiento, y aún *tal* conocimiento concreto y en tal grado. Añadamos que hay una diferencia capital entre el conocimiento que suministra la nueva educación y el que buscaba la antigua. Aquella dará el conocimiento de las leyes que rigen toda posible manifestación de la actividad del espíritu humano; v. gr., si el discípulo imagina limitar un espacio por líneas rectas, entrará en ejercicio desde luego su actividad espiritual, y cuando en este ensayo advierta que no puede cerrarse un espacio dado con menos de tres líneas rectas, esta noción, aunque llegada en segundo término, será, no obstante, el producto de una actividad superior, la de la facultad de conocer, que dicta á la facultad libre, puesta en ejercicio antes, en qué límites debe moverse. Esta educación nos elevará, pues, de primera intención, á las nociones que dominan toda experiencia y son suprasensibles, absolutamente necesarias y universales, base de todos los conocimientos empíricos. Por el contrario, la educación antigua hablaba simplemente de las particularidades de las cosas, sin poder nunca dar la razón de ellas; por lo que era preciso creer y observar siempre de un modo completamente pasivo, mediante la memoria; y era imposible en estas condiciones deducir el espíritu, principio independiente y original de las cosas. No espere la moderna pedagogía librarse de esta acusación argumentando con el desprecio que afecta hacia la *nemotecnia*, y ostentando las obras maestras que elabora mediante el modo socrático; porque hace mucho tiempo que se le ha demostrado que esos razonamientos socráticos estaban puramente aprendidos de memoria, de una manera mecánica, y que semejante medio nemotécnico era tanto más peligroso, cuanto que producía en el discípulo que no piensa nada la ilusión de que piensa por sí mismo; y no podría ser de

otro modo, dados los materiales empleados en el desarrollo del pensamiento personal, debiendo haberse empleado para este fin materiales enteramente diferentes.—Mostrándonos con este carácter la educación antigua, vamos á ver ahora por qué no aprendían los alumnos de buen grado, sino lentamente y lo menos posible; por qué, á falta de atractivos naturales en la enseñanza, era necesario recurrir á móviles extraños (castigos y recompensas) y por qué escapaban á la regla general algunas excepciones. Si se emplea aisladamente la memoria, en lugar de hacer de ella el instrumento del espíritu, se le convierte en cosa pasiva más bien que activa, y es fácil de comprender que el discípulo repugnase verse condenado á este papel pasivo. Se le enseñaban cosas sin que él hubiese puesto nada de su parte, y sin que pudiese sentir por ellas interés alguno, con lo que el conocimiento no era más que una recompensa mezquina del trabajo que se le había impuesto. De aquí que fuera preciso vencer su antipatía natural, confiándolo en que aquellos conocimientos le serían útiles en el porvenir, y afirmando también que sin ellos no era dado alcanzar ni pan ni honores, aparte de tener siempre á punto las recompensas y los castigos; con lo cual, el alumno no veía en la ciencia más que un medio para el bienestar material, y semejante educación, incapaz por su fin, como hemos visto antes, de desarrollar el verdadero sentimiento moral, tenía que sembrar y cultivar en el alumno la corrupción moral, necesaria para llegar á él, hallándose, pues, interesada en desarrollar esos sentimientos corruptores del temor de los castigos y la esperanza de las recompensas. Si por acaso algún talento natural se entregaba con placer al estudio en las escuelas antiguas, llegaba á dominar, gracias á este amor superior, la corrupción del medio ambiente, y conservaba en toda su pureza su inclinación natural; este talento hallaba en aquellos conocimientos un interés práctico, merced á un feliz instinto puramente natural, que le llevaba á obtener por sí mismo los conocimientos, en vez de recibirlos pasivamente. Examinemos, en efecto, las materias en que la

educación antigua lograba mejor éxito, por excepción, y veremos que eran, precisamente, las que se cultivaban de una manera más activa y personal, como, por ejemplo, ese idioma sabio en que todo fue creado, hasta la escritura y el modo de hablar; mientras que el otro idioma cuya escritura y sintaxis se habían transmitido por tradición, se aprendía superficialmente y muy mal, olvidándolo á menudo en la edad madura. Los resultados de la educación antigua mostrarían también que ese desarrollo de la actividad intelectual mediante la instrucción, es el único modo de hacer agradable la enseñanza, y de preparar el carácter para que reciba luego la cultura moral, al paso que la educación pasiva por la memoria paraliza y mata el conocimiento, á la vez que corrompe el sentido moral hasta lo más íntimo.

Volvamos ahora al discípulo de la nueva educación. Es evidente que, impulsado por este amor, extendiendo su actividad á todo y realizando inmediatamente en acto la noción adquirida, puede aprender muchas cosas sin olvidar ninguna. Esto es todavía, sin embargo, cosa secundaria. Más importante es la elevación que ese amor da á su persona, introduciéndola en un orden completamente nuevo de cosas, hasta ahora reservado tan sólo á algunos escogidos de Dios. El amor que le impulsa no reposa en modo alguno en un goce material, que sería para él un móvil inútil: reposa en la actividad de su espíritu y en la ley de esta actividad considerada en sí misma. Aunque esta actividad espiritual no moralice directamente, sino imprimiendo cierta orientación, aquel amor es, sin embargo, la forma universal de la voluntad moral, y este modo de cultivar el espíritu se convierte en preparación inmediata para la cultura moral, ó, á lo menos, destruye las raíces de la inmoralidad, no permitiendo nunca que los goces materiales se conviertan en móviles de nuestra conducta. Hasta ahora, esos móviles materiales venían siendo los que primeramente se cultivaban en el discípulo, porque no se concebía otro modo de formarlos y de influir sobre él; de donde resul-

taba que, cuando se pretendía luego desarrollar los móviles de orden moral, era ya demasiado tarde, hallándose lleno y ganado el corazón por un amor diferente. Por el contrario, la nueva educación empieza por formar desde luego una voluntad pura, á fin de que, si más tarde el egoismo renaciese bajo una influencia interior ó exterior, halle ya condicionado el carácter por otros móviles y sin lugar propio que ocupar.

Para el primero de estos fines, tanto como para el segundo, de que hablaremos bien pronto, es esencial que el discípulo permanezca sin interrupción, desde el principio al fin, bajo el dominio de la educación nueva, y que se le separe, por tanto, de la comunidad, sin conservar ningún punto de contacto con ella, porque nunca debe oír decir á su alrededor que sea posible reglamentar la vida ni determinar sus condiciones en vista del bienestar material, ni que la instrucción se dé con este objeto. No se debe desarrollar su espíritu sino de la manera antes indicada, y este método lo debe dominar entera y exclusivamente, sin mezclar para nada el otro, que necesita apoyarse en el interés material.

Sin duda, esta cultura intelectual impide que nazca el egoismo y suministra la forma de una voluntad moral, pero todavía no es la propia voluntad moral, y si la educación que nos proponemos no hubiera de conseguir nada más, sólo produciría sabios excelentes, como de antiguo, y nuestra nación no es de sabios de lo que necesita ahora: porque hombres tales no podrían, como no lo pudieron los antiguos, realizar nuestro fin humanitario y nacional, no siendo capaces sino de entregarse á inacabables exhortaciones y, en todo caso, de asombrarse ó de regañar. Pero es evidente que, según lo dicho antes, esa libre actividad del espíritu ha sido desarrollada para que el alumno la emplee en formarse libremente una imagen de orden moral en la vida real, se ligue á esa imagen mediante el amor que en él se produce, y se sienta impulsado por este amor á realizarla en su propia vida. Cabe ahora pre-

guntar: ¿cómo la nueva educación podrá estar segura de que ha alcanzado en su discípulo ese fin supremo?

Ante todo, es evidente que la actividad intelectual del discípulo, una vez ejercitada sobre otros objetos, deberá ser excitada á que se forme una imagen del orden social humano tal como debe ser conforme á las leyes de la razón. Si esta imagen formada por el discípulo es ó no exacta, sólo puede decirlo una educación que posea esa verdadera imagen, y sólo ella puede también decidir si la referida imagen ha sido formada por la actividad personal del alumno y no recibida pasivamente del exterior, como todo lo que se aprende y se repite de buena fe en la escuela, y hasta podrá decir si la imagen posee el grado conveniente de claridad y vivacidad. Todo eso lo podrá juzgar la educación aludida, como ya lo ha hecho en otros casos, porque todo ello pertenece al conocimiento y no sale, por tanto, de su dominio propio. Pero totalmente distinta y más elevada es la cuestión de saber si el discípulo llegará á amar de tal modo este orden de cosas, que, una vez libre y abandonado á sí mismo, sólo á ellas podrá querer, y trabaje con todas sus fuerzas por su sostenimiento y su progreso. A semejante cuestión, sin duda, no puede responderse con palabras ni con pruebas verbales, sino con hechos.

La solución que yo doy al problema planteado por estas consideraciones, consiste en que los discípulos de la nueva educación, separados de la sociedad de los hombres ya formados, constituirán entre sí una reducida comunidad independiente que tendrá su organización claramente definida, fundada en la naturaleza de las cosas y en las leyes de la razón. La imagen del orden social, á cuya realización deberá aplicar el discípulo su espíritu, será precisamente la de esa comunidad en que ha de vivir; y se verá forzado, por una íntima necesidad, á realizar punto por punto, en su nueva existencia, la imagen del orden que tuvo presente cuando era discípulo, y á comprenderla en todas sus partes y en la rigurosa necesidad de sus elementos constitutivos. Esto es, al principio, obra exclu-

siva del conocimiento. En este orden social, cada cual deberá dejar á un lado, en gracia al bien general, muchas cosas que hubiera podido hacer caso de hallarse solo; y por esto, la legislación y la enseñanza á ella referente deberán pintar á cada discípulo todos sus conciudadanos como animados de un amor por el orden llevado hasta el ideal. Quizá ninguno lo posea en este grado, pero todos deberían sentirlo así. La penalidad alcanzará, en consecuencia, un alto grado de severidad, reprimiendo enérgicamente las omisiones; y como quiera que es necesaria una sanción para asegurar el mantenimiento de la comunidad, tales faltas se evitarán por temor de un castigo siempre dispuesto á ejecutarse, y la penalidad no admitirá ni excepción ni templanza alguna. Esto no causará perjuicio alguno en la moralidad del discípulo, porque semejante temor no obra como móvil de manera que sea él quien impulse á realizar el bien, sino que, simplemente, apartará del mal. Será, preciso por de contado, dar á entender que quien necesite todavía del estímulo de la penalidad ó de ejemplos capaces de recordárselo, se halla por esto mismo en un grado inferior de cultura. Confieso, no obstante, que á menudo no será posible saber si la obediencia procede del amor al orden establecido ó del temor del castigo, y, en este caso, el alumno no podrá mostrar con franqueza su buena voluntad, y la educación será incapaz de medirla.

Pero esa inspección será posible en una institución organizada de tal modo, que el discípulo, no sólo deba abstenerse de todo lo que sea contrario á los intereses de la comunidad, sino que haya también de trabajar y obrar para ella. Aparte del desarrollo de sus fuerzas espirituales, el discípulo ejercerá sus fuerzas físicas mediante el trabajo mecánico del campo, idealizado en cierto modo, ó por otros trabajos de índole análoga. La institución tendrá, pues, como regla fundamental, el imponer al discípulo, una vez se especialice en uno de estos oficios, la obligación de ayudar á que se instruyan los otros y de encargarse de inspecciones y exámenes suplementarios. Aquel

que hiciere un descubrimiento ó comprendiese mejor y antes que los otros cualquier mejora propuesta por el maestro, deberá dedicarse á realizarla, sin dispensarse por ello de sus trabajos personales, de su lección ó de su trabajo mecánico. Constituirá otra de las reglas fundamentales, que todos se sometan de buen grado á estos trabajos extraordinarios, sin ser compelidos á ello, y quien no quiera hacerlos quedará siempre en libertad para rehuirlos; pero nadie, por de contado, deberá esperar recompensa alguna por ellos, puesto que todos son iguales en punto al trabajo y al goce. Ni siquiera deberá esperar el discípulo que se le alabe, puesto que todos los que forman parte de la comunidad deben creer que al obrar así no hacen más que pagar una deuda, y que la recompensa se halla en el placer de obrar y de trabajar por la sociedad y de alcanzar el fin perseguido, si la ocasión es propicia. Cuanto más hábil sea ó más se haya esforzado para serlo, tanto más deberá trabajar en el porvenir; el alumno aventajado tendrá, pues, á menudo que velar cuando los otros duerman y reflexionar cuando jueguen.

Algunos discípulos comprenderán esto perfecta y claramente, y seguirán aceptando, después de los primeros trabajos, todos los que les sigan, cada vez más penosos, haciéndolo así con alegría y de modo que se conquisten una confianza absoluta; permanecerán firmes en el sentimiento de su fuerza y de su actividad, y continuarán fortificándose cada día más en ellas. A estos, la nueva educación podrá lanzarlos tranquilamente al mundo, habiendo conseguido respecto de ellos su fin, encendiendo en ellos el amor al bien, que arrojará su luz hasta en los más íntimos rincones de su existencia, alcanzando, sin excepción, á todo lo que concierne á la vida real; estos hombres, una vez transportados á la sociedad, no sabrían portarse en ella de modo diferente á como se habían portado en su limitada comunidad escolar.

Tal será el alumno perfecto para los servicios inmediatos que el mundo puede luego reclamarle, y en él está logrado lo

que la educación le exigiera en nombre del mundo. Pero todavía no posee de un modo perfecto, en él mismo y para él, lo que para sí propio puede pedir á la educación. Sólo cuando logre esto será capaz de satisfacer lo que, desde un punto de vista más elevado, podrá exigirle la sociedad en ciertas circunstancias.

*
* *

CONTINÚA LA DESCRIPCIÓN DE LA EDUCACIÓN NUEVA

De conformidad con lo dicho en el discurso anterior, la nueva educación será, pues, esencialmente, el arte razonado é infalible de formar al alumno en una moral pura. En una moral pura, digo: la moral producida por la nueva educación, es algo independiente, autónomo, que vive con vida propia merced á sus peculiares fuerzas, y no se halla, como la *legalidad*, encadenada é infeudada á otro móvil moral que trata de satisfacer. Es, he añadido, el arte razonado é infalible de lograr esta formación moral. No camina á ciegas, á la ventura, sino que la guía una regla de conducta firmísima, que hace seguro el resultado. Su discípulo, instrumento seguro, marcha en el momento preciso, no puede seguir otro camino que el que le ha sido señalado, no necesita de ajeno socorro, y progresa por sí mismo, conforme á sus propias leyes, á la vez que su voluntad.

Sin duda, esta educación forma al propio tiempo el espíritu del discípulo; y esta formación espiritual constituye en rigor su primera preocupación. Pero no es este desarrollo espiritual su fin principal ni fundamental, sino tan sólo el medio indispensable para obtener la formación moral del discípulo. Mas, aunque haya sido buscada como simple medio, esta cul-

tura intelectual quedará para siempre en poder del alumno, y constituirá la llama inextinguible de su amor moral. Sean los conocimientos logrados por esta educación numerosos ó escasos, el discípulo ganará siempre con ellos una disposición de espíritu que durante toda su vida aspirará á adquirir todas las verdades que le sean necesarias, y será capaz de transmitir las á otros, como de adquirirlas por su propia reflexión, sin límite alguno.

Aquí llegábamos en el precedente discurso en lo que se refiere á la pintura de la nueva educación. En el final de él, hacíamos notar que quedaba por resolver otro problema, y éste es el que vamos á examinar ahora.

El discípulo de esta nueva educación no será únicamente miembro de la sociedad humana en esta tierra y durante los pocos años de vida que le fueren concedidos, sino que formará también un anillo en la eterna cadena de la vida suprasensible, de un orden social superior.

La pedagogía que se ha propuesto como fin desarrollar la naturaleza entera del alumno, deberá también abrirle acceso á ese orden social superior, teniendo en cuenta, por otra parte, que le ha llevado á formarse mediante su propia actividad personal una imagen de ese orden moral, que, sin llegar nunca á término, está siempre en camino de realización; y debe llevarle igualmente á desarrollar en su pensamiento, mediante aquella misma actividad personal, una imagen de ese orden suprasensible en que todo, en vez de evolucionar, es eternamente como es; y esto de tal modo, que el discípulo comprenda en sí mismo y vea claramente que no puede ser de modo distinto. Colocado así en el camino recto, alcanzará sus fines buscando ese ideal, y verá entonces que nada existe realmente fuera de esa vida espiritual que alienta en su pensamiento, y que todo lo demás es pura apariencia; y comprenderá en las profundidades de su pensamiento, aunque de una manera enteramente general, la razón de esta apariencia. Comprenderá luego también que esta vida espiritual, única verdadera,

permanece una en medio de los distintos aspectos que reviste, no al azar, sino en virtud de una ley cuya raíz está en Dios mismo: es la misma vida divina, única que existe realmente y puede exteriorizarse en el pensamiento vivo. Así aprenderá á considerar siempre su vida como un anillo eterno en la cadena de las manifestaciones de la vida suprema, y toda otra vida espiritual se le mostrará de igual modo, y aprenderá á considerarlas todas como sagradas. Sólo ese contacto íntimo con la Divinidad, y el hecho de que su vida emana directamente de la vida divina, podrán asegurarle la vida, la luz y la felicidad. Si se aleja de ella ó se le interponen intermediarios, sobrevendrán la muerte, la obscuridad, la desgracia; en una palabra, esta cultura le conducirá á esa idea religiosa que coloca la fuente de nuestra vida en Dios y debe dominar en nuestra época (1).

Esta educación no se nos muestra, pues, simplemente como el arte de formar al discípulo en la sana moral, según he dicho al comienzo del presente discurso, sino más bien como el arte de elevar al hombre entero, completa y absolutamente, á la dignidad humana. A este propósito, debemos considerar dos cosas fundamentales: en primer término, por lo que toca á la forma, es el hombre vivo, y no una simple sombra ó esquema de hombre, lo que deberá cultivarse hasta las raíces mismas de esa vida; y luego, por lo que se refiere al contenido de esa forma, todas las partes esenciales del hombre deberán ser cultivadas en igual grado y sin excepción alguna. Estas partes son la razón y la voluntad, y la nueva educación deberá hacer á la primera clara, y á la segunda pura. A este propósito plantéanse dos cuestiones fundamentales: la primera consiste en averiguar qué es lo que quiere la volun-

(1) Siguen en el original algunos párrafos que se ha creído conveniente suprimir en esta edición.

tad pura y por qué medios lo puede obtener; y la respuesta que se dé á esta cuestión, determinará cuáles hayan de ser los demás conocimientos que se den al discípulo; la segunda, pregunta en qué consiste el principio y la esencia de la voluntad pura; y esta voluntad, pura en su principio y en su esencia, es lo que determina el conocimiento religioso.

La nueva educación persigue la solución de esos problemas hasta en sus últimas consecuencias para la vida real, y no descuida ningún detalle en ningún individuo, porque todos los ciudadanos deben ser hombres; pero lo que cada cual sea luego, el lugar que pueda ocupar en el mundo, la forma que en él tomará y conservará la humanidad, de que es él uno de los representantes, estas son cosas que la educación general no puede prever ni le importan, porque caen fuera de su círculo de acción. Paso ahora á considerar la aserción indicada más arriba, ó sea á demostrar que el discípulo de la nueva educación no poseerá ningún conocimiento muerto, y en este punto sintetizaré también todo lo que he de decir mediante las siguientes proposiciones:

1.^a Sabemos ya que existen dos clases de hombres absolutamente diferentes y opuestos desde el punto de vista de la cultura. Pero digamos ante todo que el hombre, cualquiera que sea la clase á que pertenezca, realiza siempre su vida conforme á un mismo móvil. Sea dicho de pasada, la comprensión de este móvil, y su expresión en nociones, producen el mundo, sin que exista otro que el engendrado así en ese pensamiento necesario y sin libertad. Ese móvil, que debe siempre traducirse en conciencia, en lo cual ambas clases son iguales, puede ser de dos maneras, conforme á los dos modos de ser fundamentales de la conciencia misma; y mediante esta traducción y aquella comprensión, las dos clases indicadas difieren una de otra, puesto que, según pertenezca á la primera ó á la segunda, el hombre obra diferentemente, aunque el móvil sea siempre el mismo.

El primer momento en el desarrollo de la conciencia, es el

del sentimiento obscuro. En este grado de sentimiento, el individuo no tiene otro móvil de sus acciones que el amor de sí propio, presentándose ante él su personalidad como deseosa de vivir y de hallarse bien. De aquí resulta el egoismo material, que se convierte en el móvil efectivo y la fuerza directriz de la vida, para la cual se ha traducido así la tendencia primitiva. Mientras que el hombre se considere á sí propio desde este punto de vista, obrará egoistamente, sin poder producirse de otro modo, por persistir en él siempre este egoismo, idéntico y pronto á obrar en todo instante. A veces, y sólo por excepción muy rara, podrá este sentimiento obscuro, excediendo al yo personal, entrever una aspiración hacia otro orden de cosas, vislumbrado confusamente. Entonces aparece la vida que hemos descrito repetidamente en otra ocasión, ó sea la que ciertas ideas obscuras, que no dejan por esto de ser tales ideas, elevan por encima del egoismo, y en la cual la razón actúa como un instinto. Y esto es lo que caracteriza á la primera clase de hombres, entregada á sus propias fuerzas, sin la ayuda de la educación.

El segundo momento en el desarrollo de la conciencia se caracteriza por el conocimiento claro, que por sí solo no se desarrolla, necesitando una buena educación de las tendencias naturales del hombre. Este conocimiento claro, que refleja nuestras tendencias naturales, no deja en manera alguna al discípulo frío é inerte, porque le presenta un objeto al cual ama por encima de todo, ya que en él se traduce el amor original de sí propio. Cualquier otro conocimiento que tradujese una inclinación extraña, dejaría frío al discípulo; pero el conocimiento claro se apodera de quien lo posee y se hace amar por él. Las dos mencionadas clases de hombres hállanse gobernadas por el amor original del sujeto á sí propio, aunque bajo formas diferentes, pues en la una el hombre está dirigido por un sentimiento obscuro, y en la otra por el conocimiento claro, el cual puede determinar todos los actos de nuestra vida, cabiendo que nos apoyemos en ella con toda confianza,

según más arriba hemos dicho. Cuando el hombre ve clara é inmediatamente que no puede ser de otro modo, esta convicción despierta en él aquel amor de tal manera, que nunca se desarrollará el conocimiento sin el amor, ni el amor sin ir acompañado del conocimiento claro; porque, de ser de otro modo, tendríamos el sentimiento obscuro de que ya hemos hablado; por tanto, lo que la nueva educación forma en todo momento, es el hombre completo, en su unidad. Este hombre así formado, como un todo indiviso, permanecerá tal siempre, y cada conocimiento que adquiriera se convertirá para él en móvil de actos de la vida real.

2.^a En lugar del sentimiento obscuro, el conocimiento claro se convierte en el principio [fundamental y el punto de partida de toda nuestra vida, quedando suprimido el egoismo y detenido su desarrollo. El sentimiento obscuro era lo que presentaba al hombre su personalidad como una cosa que tiene deseo del placer y temor del dolor, mientras que el conocimiento claro se le presenta como parte de un orden moral, y le comunica, con respecto á ese orden, un amor que va creciendo á medida que se desarrolla esta noción. La nueva educación se ha desembarazado, pues, del egoismo, puesto que su claridad ha destruido hasta las raíces de él, ó sea el sentimiento obscuro; en adelante, ni lo combatirá, ni lo alentará, porque ignorará su existencia. Pero, si más tarde quisiera reaparecer este egoismo, hallaría ya ocupado el corazón por un amor mucho más elevado, que le cortaría el paso.

3.^a Ahora bien; esta tendencia fundamental del hombre, traducida así en conocimiento claro, no se encerrará ya en el mundo existente, que es preciso aceptar pasivamente tal como es, sin prestar nada á la actividad creadora; pero tratará, impulsada por el conocimiento claro, de realizar un mundo ideal eternamente futuro. La vida divina, que se halla en el fondo de todas las cosas, no se manifiesta ni aparece jamás en contornos definidos, sino como algo que se realiza progresivamente, sin interrupción y eternamente, de tal modo, que

esta vida divina no se manifestará jamás bajo la forma de un ser definido, de líneas determinadas, sino siempre bajo forma de vida, en perpetuo progreso. El fenómeno y la manifestación inmediata de Dios, es ese amor que, traducido al principio por el conocimiento, coloca á ese ser en perpetuo devenir, es el único mundo real, hasta donde un mundo puede serlo. El mundo visible, que creemos real, no es más que la sombra y el esquema de que saca el conocimiento una forma definida y un cuerpo visible, y este segundo mundo no nos sirve sino para discernir el otro más elevado, invisible en sí. En este mundo superior, Dios no se presenta jamás inmediatamente, sino á través de un deseo puro, inmutable y no preciso, que es la única manifestación exterior é inmediata de la Divinidad. A este deseo se aproxima el conocimiento claro, que crea una imagen con la cual revestirá el objeto que desea, invisible por sí. Jamás se ve satisfecho el deseo, sino que impulsa siempre á buscar una forma más perfecta; y de este modo, aunque uno en sí, y por consecuencia absolutamente incapaz de progreso infinito, se convierte, mediante esas relaciones perpetuas con el conocimiento claro, en infinito y eterno como éste. La imagen educida del conocimiento, tomada por sí misma y sin relación ninguna con el amor, constituye el mundo presente, ó la Naturaleza. Creer que Dios se manifiesta en la Naturaleza inmediatamente y no mediante los intermediarios indicados, es dar prueba de tener un espíritu obscurecido, ó una voluntad no purificada.

4.^a El conocimiento claro excederá, pues, al sentimiento obscuro en punto á la dirección de la vida, pero esto sólo podrá conseguirse mediante un arte razonado de educar á los hombres, tal como todavía no se ha usado entre nosotros. Esta última traducción de la tendencia natural del hombre, será, pues, el punto de partida de la formación de una clase nueva de hombres, y de este modo la nueva educación creará un pueblo nuevo. La humanidad deberá entonces amoldarse por sí misma á esas nuevas ideas, porque la raza actual sólo existe

para el porvenir; y el único medio para lograr esto es el conocimiento claro, única luz común, que libremente participada por todos, produce la unidad en el mundo de los espíritus, es como el aire que ellos respiran. Hasta ahora, la humanidad llegaba hasta donde podía, pero este desarrollo confiado al azar hoy día ya no es posible; su inutilidad ha quedado demostrada, puesto que la humanidad nada ha producido merced á él, incluso donde mayor desarrollo hubo de lograr. Si la humanidad quiere salir de ese «nada», será preciso que se forme por sí misma para todo lo que haya de ser en lo futuro. El destino verdadero de la raza humana en la tierra, como ya dije al comienzo de las lecciones de que son continuación estos discursos (1), consiste en desarrollar libremente lo que ella es de por sí, original y personalmente. Esta manera de formarse por sí misma con reflexión y conforme á una regla segura, debe comenzar algún día en alguna parte; en un tiempo y en un lugar dado, sucederá al primer período del desarrollo fatal, otro de desarrollo racional y libre. Nosotros creemos, por lo que toca al tiempo, que el momento ha llegado, hallándose la humanidad en la mitad de su vida, entre esas dos épocas fundamentales; y por lo que se refiere al lugar, creemos que corresponde á los alemanes el inaugurar el nuevo período, anticipándose á los otros pueblos y trazándoles el camino.

5.^a Sin embargo, esta nueva creación no sustituirá á la anterior de una manera brusca, sino que, particularmente para los alemanes, no será más que la continuación natural y verdadera del tiempo pasado. Todo el mundo está conforme, creo, en que el gran esfuerzo de nuestra época consiste en sustituir el conocimiento claro á los sentimientos oscuros. Este esfuerzo ha servido para mostrar perfectamente el vacío de los tiempos pasados. Pero es necesario no detenerse en este deseo de claridad y descansar en él nuevamente, como en el sentimiento obscuro; sino que es preciso, por el contrario,

(1) Se refiere á las lecciones sobre los *Caracteres de la época actual*.

desarrollar todavía más ese deseo y conducirlo á un grado superior, de tal manera, que después de darse cuenta de la nada, podamos ver la verdad viva, fuente de toda realidad. El mundo del sentimiento obscuro, el mundo del ser egoísta y limitado, ha desaparecido y no debe reaparecer de nuevo: sino que el mundo de la claridad original, el mundo que hay que educir sin cesar de la idea por un progreso eterno, debe brillar y mostrársenos en todo su esplendor.

Seguramente, el anuncio profético de esta nueva vida asombraría á nuestra época, que apenas se atrevería á confiar en semejantes promesas si se limitara á considerar tan sólo el abismo enorme que hay entre sus opiniones antiguas y los caracteres de esta nueva época; tan grande es, en efecto, la diferencia que existe entre la educación nueva y la antigua. No quiero hablar de la de las clases superiores, la peor de todas, evidentemente, por completo muda en lo que se refiere al mundo suprasensible, y que únicamente se esforzaba por dar alguna habilidad en lo tocante á las cosas del mundo material; sino tan sólo de la educación popular, que pudiera llamarse, aunque en un sentido restringido, educación nacional, y que no guardaba, como aquella, un silencio absoluto sobre el mundo suprasensible. ¿Cuáles eran las doctrinas de esa educación? El principio fundamental que hallamos en nuestra nueva educación, es que existe en nosotros cierta complacencia pura en hacer el bien, y que esa complacencia puede desarrollarse en grado tal que le sea ya imposible al hombre abandonar el bien que conoce para preferir el mal; mientras que, por el contrario, la educación antigua creía, y enseñaba á sus alumnos desde la primera juventud, que el hombre siente una antipatía natural hacia la ley de Dios (1), y que le es imposible observarla completamente. Semejante educación, si se toma en serio y se le concede fe, no puede producir más que un resultado: que cada cual se abandone al impulso de su

(1) Literalmente «los mandamientos de Dios» (*Gottes Gebotes*).

naturaleza, no pudiendo cambiarla sin realizar lo que de antemano se le dice ser imposible, y sin esforzarse por ser mejor de lo que es; todavía más: llegando á complacerse en la bajeza natural que se supone en el hombre, complaciéndose en su pecabilidad radical y su maldad ingénita, que lo excusan ante Dios y ante los hombres: y en esta situación, si escucha afirmaciones como las nuestras, ¿cómo no ha de pensar que se están burlando cruelmente de él, puesto que en el fondo de sí propio no ve ni toca con el dedo sino lo contrario de lo que ahora se le dice? En lugar de esto, adoptemos un conocimiento independiente que sirva más bien, por el contrario, á descubrir la verdadera ley; sepamos inculcarla en todos los niños, desde el comienzo de su vida, y mantenerlos bajo el dominio de ella; consideremos la marcha histórica de las cosas como lo accesorio, y dejemos que los mejores discípulos de la educación antigua digan que no existen conocimientos *à priori* y que quisieran ellos saber cómo puede conocerse algo fuera de la experiencia.

Para suprimir el mundo suprasensible y *à priori*, incluso en aquellos órdenes en que no parecía ser de temer; para impedir que la actividad personal del espíritu entreviese la posibilidad de un conocimiento de Dios y la de Dios mismo, y para conseguir que reinase sobre todos y para todo el mismo abandono pasivo, la educación antigua imaginó el atrevido medio de considerar la existencia de Dios como un hecho histórico, cuya verdad se demuestra por un *consensus* de testimonios.

He aquí la situación en que nos hallamos hoy día; pero nuestra época no debe desesperar de sus propias fuerzas. Estos hechos y otros análogos no son sino las flores ó los frutos de la vegetación de los tiempos pasados. Permita nuestra época que se ingerte en ella una nueva rama más fuerte y más noble, y la vieja caerá por sí misma, y con ella todas sus flores y sus frutos, faltos de nutrición suficiente. Entre tanto, nuestra época no puede creer todavía nuestras palabras, y no las

acepta sino como leyendas. No queremos esta fe ciega; tan sólo pedimos espacio para crear y obrar. Ya se verá, y se podrá creer luego por experiencia propia.

Por ejemplo: todo hombre familiarizado con la historia de los tiempos pasados, habrá notado ya que no hemos hecho otra cosa que repetir aquí los principios predicados desde sus orígenes por nuestra moderna filosofía, que continúa predicándolos, porque no sabría hacer otra cosa. Es bien claro que todas estas predicaciones infructuosas se han perdido en el vacío. Sobre los seres vivos sólo pueden influir cosas vivas; nuestra época vive fuera de esta filosofía, que da vueltas sin cesar en un círculo de ideas todavía desconocidas para nuestro tiempo, y acude á órganos que los hombres de ahora no poseen todavía. Esta filosofía no ha adquirido aún derecho de ciudadanía en este siglo, respecto del cual es sin duda prematura, constituyendo una manera de vivir preparada antes de ahora para una raza que aún no existe. Debe renunciar á conseguir la educación de sus contemporáneos; pero si desea obrar en vez de esperar, dedíquese á formar por sí misma la raza á que pertenece. Una vez cumplida esta primera tarea, esa raza comprenderá la filosofía. La educación anteriormente descrita está precisamente hecha para ella; puede convertirse en la dispensadora de semejante educación, anticipándose al momento en que será comprendida y aceptada. Vendrá sin duda un momento en que será comprendida y aceptada con gozo; y por esto, nuestro siglo no debe desesperar de sus propias fuerzas.

Escuche nuestro tiempo la visión de un antiguo profeta acerca de una situación no menos desastrosa que la presente. Así decía el profeta junto al río Chebar, consolando á sus compatriotas prisioneros lejos de su patria, en medio de una nación extranjera: «La mano del Señor se apoyó sobre mí y me condujo á un vasto campo lleno de osamentas; hizome recorrer todos sus contornos y apreciar la cantidad enorme de huesos que allí había y el grado de sequedad á que habían llegado.» Y el Señor me dijo: «Hijo de hombre, ¿crees tú

que esos huesos pueden volver á la vida?» Y yo respondí: «Señor, esto Vos sólo lo sabéis.» Y él me dijo: «Profetiza á esos huesos y diles: Huesos blanqueados, escuchad la palabra del Señor que os dice: Yo quiero reuniros de nuevo por los tendones y ligamentos. Yo quiero permitir que nazcan otra vez músculos sobre vosotros; quiero recubrirlos luego de piel; quiero animarlos con un soplo á fin de que vivais de nuevo y sepais que yo soy vuestro amo.» Y yo profeticé como me había sido ordenado. Entonces ví que se levantaba un gran viento; todo se agitaba, los huesos se juntaban unos con otros, cada uno en su sitio; recubriáanse de músculos y de venas; luego la piel les formaba una nueva envoltura, pero el soplo todavía no se manifestaba en ellos. Y el Señor me dijo: «Profetiza al viento, hijo del hombre, y dile: «El Señor me dice: Viento, acude de los cuatro ángulos del universo y sopla sobre éstos cadáveres para que de nuevo vivan.» Y yo profeticé según este mandato. «El soplo volvió á aquellos cadáveres y de nuevo les animó la vida: levantáronse sobre sus piernas y hubo una gran muchedumbre.» Permitid vosotros también que se reunan los elementos de nuestra vida espiritual y superior, estos elementos tan secos, esos lazos de nuestra unidad nacional tan separados y dispersos en un horrible desorden, como los huesos de que habla el profeta, esos huesos blanqueados y secos merced á muchos siglos de lluvia, de tormentas, de calores excesivos,—el soplo vivificante del espíritu no se ha extinguido todavía. El reanimará los huesos de nuestro cuerpo nacional y le infundirá una nueva y majestuosa existencia.

JUAN T. FICHTE.

POETAS AMERICANOS

EL FIN DE SATÁN

(A GASPAR NÚÑEZ DE ARCE).

La noche de los siglos envolvía
En su mortaja negra, el palpitante
Cadáver de la Tierra: ¡un siglo haría!
¡Un siglo nada más! ¡sólo un instante!
A las plantas de Dios, el caos profundo
Sin presente, pasado, ni mañana;
Ante Dios el cadáver de ese mundo,
Y entre él y el mundo la conciencia humana.
Ya Dios había, como juez eterno,
Vibrado la palabra postrimera,
Y en el fuego elocuente del infierno
Sentía ya la turba pecadora
La desesperación de su ceguera,
Sin fe de sol, ni caridad de aurora.
¡Todo estaba acabado!
Volvió Dios su magnífico semblante
Hacia el cielo distante,
Y lo mostró á los héroes del pecado,

Que firmes á los vicios tentadores
 Se mantuvieron á su diestro lado,
 Como si fueran las electas flores
 Del árbol de Jesús crucificado.
 Y luego el cielo abrióse; pero antes
 De entrar en él los buenos, como buenos
 Que eran al fin, oyeron los distantes
 Alaridos de horror, ayes de truenos,
 Con que hablaban á Dios los pecadores
 Desde el infierno, donde el alma era
 Amartillado yunque de dolores,
 La idea, noche, y el deseo, hoguera.

¿Qué inefable inquietud púsoles freno,
 Les detuvo en mitad de su victoria,
 Les hizo vacilar? ¡Cómo! ¿Era el bueno,
 El que les iba á dispensar la gloria,
 El que les daba cumbre á la esperanza
 Y les ceñía aureolas de ventura,
 El mismo que, con hambre de venganza
 Devoraba á su propia criatura?
 —«¡Tened piedad, Señor; piedad con ellos!
 Si esta alma es como vos, su alma es como esta:
 Su sombra, ¿opacará vuestros destellos?
 ¡Entonces, perdononadlos sin tardanza
 Para que así sus voces de protesta
 No turben vuestras voces de alabanza!»

Y el buen Dios dijo:—«Sí».—Mas luz que el grito
 Del *fiat* fiel, al comenzar los mundos,
 Prodigó ese perdón en lo infinito.
 Irradiaron los cóncavos profundos;
 Se iluminaron las esferas vivas,
 Y de la ciega noche en el desierto
 Saltaron las estrellas pensativas
 Y se inclinaron ante el mundo muerto.
 Entonces pensó Dios, y fue—¡qué hermoso

Pensamiento el de Dios!—romper la fiera
Condena de Satán. Sí; que volviera
A su lado también, él, victorioso,
Redimido y feliz; lo mismo que antes
De la caída lóbrega, lo mismo
Que cuando acarició las delirantes
Ambiciones rebeldes del abismo.

Tenía Dios que ser mejor que el hombre:
El hombre intercedía por su hermano;
¿Cómo iba el Bueno á desmentir su nombre?
Dios quiso perdonar, porque en su mano
Sentaban mal los rayos del castigo,
Dignos sólo del Júpiter pagano,
Y pensó en perdonar á su enemigo.

Cual surge con estrépito de trueno
De entre la nube el rayo tempestuoso,
Aparece Satán; se alza ante el Bueno
A la boca del antro. Está sereno;
Casi puede pensarse que está hermoso.

Vuelto Satán á su primer figura,
Luz agregara al celestial palacio;
Satán, el predilecto de la altura,
Viril encarnación de la hermosura,
Con un alma más grande que el espacio.
¿Cómo Dios pudo condenarle á tanto?
¿Cómo impuso tan bárbara cadena
A su ángel más querido? Seco el llanto,
Árido el corazón, mudo el quebranto,
Satán sufrió, con la rebelde gloria
De un reo superior á su condena,
De un héroe superior á la victoria.

¡Ah! Siempre Dios es bueno. Le perdona
Al sucumbir la tierra. Satán siente
Del peso abrumador de su corona,
Por fin, ya libre la orgullosa frente.

Y Dios es bueno así: que en Él se encierra
 Del cristiano perdón la eterna fuente.
 ¡Al fin, Satán su bárbaro tormento
 Sufrió toda la vida de la tierra!
 Pero toda esa vida ¡fue un momento!
 «¡Ha llegado—le dice Dios—el día
 En que abandones tu mansión sombría
 Y vuelvas á mi lado,
 Si es que te hallas, al fin, purificado,
 Si es que te sientes ángel todavía!
 Pero antes dí, Satán; dime: ¿qué has hecho
 Que pudiera valerte ante mis ojos?
 ¡Yo mismo he disipado mis enojos;
 Tú provoca mi amor!»—«Tengo derecho
 A tu amor si amas al linaje humano,
 Porque yo fui, Señor—Satán exclama—
 El que le hice pecar, pero no en vano;
 El que le enseñó á amar, ¡por mí es que ama!
 El que la fruta le brindé prohibida,
 Y le encendí la misteriosa llama
 Que le alumbró las sendas de la vida!
 ¡Por mí es grande! ¡Por mí buscó la esencia
 Del eterno poder! Mío fue el grito
 Que le empujó con rumbo al infinito
 Sobre los huracanes de la CIENCIA!»
 —«¡Basta!—díjole Dios.—Tienes derecho
 A mi amor otra vez, estás salvado;
 Pues si perdono al hombre porque ha amado,
 ¡Yo te perdono porque amar le has hecho!»
 Satán no le escuchó. Fijos los ojos
 En el cadáver de la tierra, hablaba
 Y hablaba sin cesar. Ni un solo punto
 Le interrumpió. Los últimos despojos
 Del planeta difunto
 Se estremecían, mientras él gritaba.

—«¡Basta!»—repitió Dios.—Satán seguía,
Y Dios le reprendió breves instantes.
Al golpe de los verbos fulgurantes,
Raro placer el réprobo sentía,
Como si le apedreasen con diamantes.

—«¡Basta!»—concluyó Dios.—Satán entonces
Cesó de hablar, y de su voz los ecos
Vibraron cual las lenguas de los bronces
De los abismos por los sordos huecos.
Y vió á Dios y lloró. Fue en tiempo largo.
Lloró, lloró, y llorando, de rodillas
Cayó ante Dios, y fue un torrente amargo
El que se despeñó de sus mejillas.
De súbito, fijando la mirada
En la humana conciencia, que se erguía
A la diestra de Dios, sin decir nada,
Muda, impasible, indiferente y fría,
Lanzó una atronadora carcajada.
—«¿Por qué ríes así?»—Dios le interroga,
Y él dice:—«¡Es que sufro todavía!»—
Y lo pregona en la extensión sombría
Con voz de carcajada que se ahoga.
Al fin, entonces, la conciencia humana,
Avanzando hacia él, quizás con miedo,
Probó á atraerle; pero, siempre vana
En su misma bondad, dijo:—«No puedo.»
Y Satán se rió con mayor gana.

Dios, entonces, llamóle nuevamente,
Y, enseñándole el cielo prometido,
Le transformó en el ángel, y en la frente
Le estampó un beso de perdón y olvido.
Pero Satán, ya de ángel, á la puerta
Del mismo cielo, al verse redimido,
Pobló otra vez con espantoso ruido
De carcajadas la extensión desierta,

Cual rompiendo en un trueno hecho un quejido.
Dios atrájole á sí; pero en su espanto
Él se escapó, y huyó despavorido,
Como una sombra al resplandor de un foco.
Dios vertió entonces generoso llanto:
¡Tanto había sufrido, tanto, tanto,
Que el pobre Satanás se volvió loco!

JOSÉ S. CHOCANO.

Lima (Perú) 20 de Marzo de 1899.

REVISTA DE REVISTAS

PERTENECE A LA
BIBLIOTECA

SUMARIO.—LITERATURA: León Tolstoi. — ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN: La enseñanza universitaria en el Japón. — VIAJES: La ciudad santa de la India. — PSICOLOGÍA COLECTIVA: La opinión pública. — La tristeza contemporánea. — IMPRESIONES Y NOTAS: Duración de la vida humana. — La literatura española en Dinamarca. — Una mujer valiente. — Notas sobre la vida de Alfonso Daudet. — Thiers y Gambetta. — Rudyard Kipling. — Un catálogo monstruo. — Lamennais y la golondrina.

LITERATURA

LEÓN TOLSTOI.—Las Revistas más importantes del mundo entero siguen fijando su atención en el gran novelista ruso, y cuantas á la vista tenemos, la *Nuova Antologia*, como la *Rivista Moderna*, de Italia; la *Revue blanche*, como la *Revue des Revues* y la *Revue bleue*, de Francia; *Die Gesellschaft*, como la *Neue Deutsche Rundschau*, de Alemania; la *Niva*, de Rusia, como la *Review of Reviews*, de Inglaterra, todas consagran al aristocrático escritor socialista sendos artículos, analizando principalmente sus últimas obras ó escudriñando su vida pública y privada.

Con estos diferentes trabajos, y sirviéndonos de base un artículo interesantísimo de Vedeneeff, pseudónimo tras el que se oculta un ilustre historiador ruso en la *Rivista moderna di Cultura*, y el libro de anécdotas sobre Tolstoi, publicado en Moscou por Sergueenko, puede intentarse la reconstitución de la biografía del genial escritor en quien hoy tiene fijas sus

miradas todo el mundo culto, pues aunque desde el primer estudio biográfico publicado sobre Tolstoi en 1879 en la *Biblioteca rusa*, de Stasulewic, hasta el que publicó en la *Biblioteca biográfica* Soloview, han aparecido multitud de trabajos más ó menos estimables sobre este tema, ninguno ha recogido todavía los datos esparcidos en el *Istoriceski Vestniék*, por Zagosquin, ni los resultantes de la correspondencia de Fet, ni los que contienen los libros de Bers y de Sergueenko, materiales todos de que puede sacarse no poco provecho para la biografía de Tolstoi.

León Nicolaëvic Tolstoi, hijo del Conde Nicolás Tolstoi y de la Princesa María Nicolaëwna Volkonsky, nació el 10 de Septiembre de 1828 en la aldea de Jasnaia Poliana, que formaba parte de la dote que aportó su madre al matrimonio. Muerta la Condesa en 1830 y el Conde en 1837, León Tolstoi quedó á los nueve años huérfano, encargándose de su educación su tía la Condesa Alejandra, que vivía en Moscou, y que hizo trasladar allí á sus sobrinos hasta que, empeorando los negocios, se vió en la precisión de volver á vivir con ellos en la aldea, donde murió en 1841, pasando entonces los huérfanos á la tutela de la otra hermana de su padre, Paulina Iuschkoff, que los hizo trasladar á su residencia de Kasan, donde León vivió hasta 1847.

Los tres hermanos de Tolstoi, Nicolás, Sergio y Demetrio, entraron en la Universidad de Kasan, eligiendo la Facultad de Matemáticas, cuya carrera terminaron. León tenía grandes aptitudes para el estudio de las lenguas, é ingresó en la Facultad de lenguas orientales de la misma Universidad, después de sufrir un examen de árabe y turco-tártaro. Los buenos propósitos de que estaba animado se estrellaron, sin embargo, contra las dificultades del medio ambiente en que vivía, y de la brillante vida mundana que llevaba, tomando parte en bailes y conciertos, tertulias y representaciones dramáticas, en las que era sumamente aplaudido, y que apenas le dejaban tiempo para dedicarse á estudios que tanta asiduidad

requieren como los de lenguas. En los ensayos semestrales sacó malos puntos, y de tal modo se desanimó, que ni siquiera fue admitido á los exámenes de fin de curso.

León no quiso continuar aquella carrera, y pasó á la Facultad de Derecho; pero si en la de Lenguas orientales no podía trabajar todo lo necesario para hacer un buen papel, en la de Derecho el profesorado valía tan poco, que era capaz de apagar el entusiasmo y las aficiones de cualquiera. El profesor de Derecho romano era un alemán, Kambek, que dictaba las lecciones por un libro, y todos los años empezaba así: «¡Señores!..... ¡El Derecho Romano!..... ¡D mayúscula, R mayúscula!..... ¡Apúntenlo bien al margen!» El de Derecho penal, Vogel, empleaba ejemplos como éste: «Una vez, en cierto sitio, una muchacha fue acusada de un delito terrible, perpetrado de una manera brutal..... Una vez, en cierto sitio, fue encontrado un montón de carne y de huesos humanos..... y el Jurado ha absuelto.» El de Derecho internacional, Winter, que no sabía una palabra de ruso, explicaba en francés y amenizaba sus lecciones dando brincos en la cátedra; cuando contaba la entrada en París de los monarcas aliados, imitaba, hinchando la garganta, el ruido de los cañonazos de saludo, y con su pañuelo sucio, lleno de máculas de rapé, enseñaba á los alumnos las señales marinas. Tolstoi aguantó el primer curso y salió airosamente de sus exámenes; pero no tuvo paciencia para soportar el segundo, y abandonó la Universidad y salió de Kazan, disgustado de los estudios y harto de la vida de mundana inutilidad que allí llevaba, y que le obligaba á perder el tiempo en las insulseces del perfecto *comm'il faut* en el vestir, en los modales y en las conversaciones.

La excelente tía Paulina era una mujer completamente entregada á la religión y al mundo; pero todos sus esfuerzos para hacer encariñar á León con la vida mundana y la religión, no dieron otro resultado que hacerle ateo y obligarle á refugiarse en el campestre retiro de Jasnaia Poliana (*clara llanura*). «Mi buena tía, un ser purísimo, me decía siempre

que nada deseaba tanto para mí como el que entrase en relaciones con una mujer casada, pues nada contribuye tanto á formar á un joven.» Lo que ambicionaba para su sobrino era que le hiciesen ayudante de campo, sobre todo del Emperador, y que se casase con una rica doncella que le llevase en dote muchos esclavos. «Con toda mi alma—dice en *Juventud*—yo deseaba ser bueno; pero era joven, tenía pasiones, y estaba solo, completamente solo, cuando buscaba algo bueno; cuantas veces trataba de expresar lo que era mi mayor deseo—ser moralmente bueno,—encontraba desprecio y mofa; pero en cuanto me entregaba á las pasiones brutales, me alababan y alentaban».

Con estos disgustos y preocupaciones salió Tolstoi de Kazan en 1847, instalándose al año siguiente en San Petersburgo, en cuya Universidad estudió el Derecho penal y el civil, interrumpiendo de nuevo sus estudios para volver al campo, su pasión. «Yo me siento capaz—dice á su tía en *La mañana del gentilhomme*, cuyo valor autobiográfico es indudable—de ser un buen amo; para eso no se necesita ni el diploma de la Universidad, ni un alto grado, como para mí deseais.» Desilusionado en Jasnaia Poliana de sus sueños de mejora en la condición de los aldeanos, partió en 1851 para el Cáucaso, al lado de su hermano mayor Nicolás, oficial de artillería, en cuyo cuerpo no tardó en ingresar como teniente.

Por entonces comenzó Tolstoi á escribir, siendo su primera obra *Infancia*, que remitió á Necrassoff para la revista *El Contemporáneo*, firmando con sus dos iniciales y ocultando quien era el autor. Necrassoff encontró aceptable el manuscrito, y cuando lo vió en pruebas le agradó mucho más, pidiendo la continuación á Tolstoi, y excitándole á que declarase el nombre del autor. El 19 de Septiembre de 1852 apareció en *El Contemporáneo* el primer trabajo de Tolstoi, y poco después se publicó su continuación, *Adolescencia*, firmada L. N. T., logrando fijar la atención de la crítica y del público, y mereciendo generales y entusiastas elogios. Cuando Dos-

toiewsky recibió en Siberia los números del *Contemporáneo*, quedó tan impresionado por la lectura de *Infancia y Adolescencia*, que rogó á sus conocidos le dijeran el nombre que se ocultaba tras las iniciales del autor.

La *Infancia*, la *Adolescencia*, la *Juventud* y la *Mañana del gentilhombre*, son obras autobiográficas en que Tolstoi revela su vida entera en la familia, en la ciudad y en el campo; *Derribo de árboles*, *Una invasión* y *Los cosacos*, fueron el fruto de sus impresiones en el Cáucaso. Declarada la guerra turco-rusa, Tolstoi pasó al ejército de Crimea y tomó parte en la defensa de Sebastopol, demostrando un valor á toda prueba, y componiendo la famosa *Canción de Sebastopol* y sus *Relatos de Sebastopol*, que acabaron de cimentar su crédito, siendo ya considerado en 1855, cuando volvió de Sebastopol á San Petersburgo, como la gloria y la esperanza de la literatura rusa.

En San Petersburgo, Tolstoi repartió su tiempo entre las tertulias literarias, los salones aristocráticos y los círculos mundanos. Fet, que pasó por entonces allí una temporada, fué á visitar una mañana á su amigo Turgueneff, y al entrar en su cuarto, le llamó la atención un pequeño sable.

—¿De quién es este sable?—preguntó al criado.

—Es del Conde Tolstoi, que duerme en el gabinete—contestó en voz baja el criado.

—Así es todos los días—le dijo luego Turgueneff, hablando con él de Tolstoi;—ha vuelto de Sebastopol, se ha encerrado en mi casa y se ha entregado á todos los vicios; las orgías, los cigarros, las cartas le ocupan toda la noche, y luego duerme como un muerto hasta las dos de la tarde.

Fet escribe que observó en Tolstoi una oposición involuntaria á todas las opiniones generalmente admitidas, y recuerda cómo atacaba á Shakespeare y criticaba á Herzen discutiendo animosamente con Turgueneff y sus amigos. Tenía entonces veintiséis años, y á pesar de la excelente acogida que tuvo y de las íntimas y numerosas relaciones que adquirió, se cansó pronto de aquella vida, y volvió al lado de sus herma-

nos Nicolás y María, pasando parte del año en el campo y parte en Moscou. Por entonces le gustaba vestir con elegancia, y se ocupaba bastante de gimnástica; pero como esto no bastaba á llenar su vida, se aficionó á la agricultura y se dedicó á la labranza.

«¡Trabajar con el arado!—dice.—No podéis imaginaros el placer que con ello se siente. No es una fatiga, sino un verdadero goce. Caminas dirigiendo y levantando el arado, y no te acuerdas de cómo pasa una hora, y luego otra, y luego otra.... La sangre discurre vivamente por las venas, la cabeza está firme y no sientes la tierra bajo tí. Y luego..... ¡qué apetito! ¡qué sueño!»

El campo, la correspondencia, las visitas literarias, las labores agrícolas y la caza ocupaban todo el tiempo de Tolstoi, proporcionándole gratas satisfacciones en aquel tiempo, durante el cual hizo algunos viajes al extranjero y publicó *La Juventud*, *La Infancia*, *Sebastopol en Agosto*, *Un encuentro en el regimiento* y *La Tempestad*, y poco después *Alberto*, *Lucerna*, *Tres muertos* y *Marido y mujer*.

La muerte de su hermano mayor, Nicolás, le impresionó terriblemente, y en su novela *Ana Karenine* se refleja esta impresión en el episodio de la muerte de Nicolás Lavine. De sus viajes al extranjero en 1857 y 1859, aun cuando él los estima como nulos, sacó no poco partido, dado su espíritu observador, y á ellos seguramente se debe la creación de la famosa escuela que fundó para los aldeanos en Jasnaia Poliana, y á la que consagró todas sus energías, publicando para la propaganda de su sistema pedagógico la célebre revista *Jasnaia Poliana*.

En 1860, dominado por la preocupación de su vida de soltero, escribía á Fet: «Estoy en desacuerdo conmigo mismo: la vida de célibe, ó por mejor decir, la falta de mujer y el pensamiento de que dentro de poco será tarde, me atormenta.» Dos años después, en 1862, se casó con Sofía Bers, hija de un médico de Moscou, declarándose contentísimo del ma-

trimonio quince días después, y sintiéndose feliz y remozado.

Poco después comenzó á recoger los materiales para *Los Decembristas* y *Guerra y Paz*. «No podéis imaginar—escribía en 1864 á Fet—lo difícil que es este trabajo preparatorio de arar profundamente el campo en el cual debo sembrar; pensar y repensar en todo lo que debe ocurrir á los futuros personajes de una gran obra; combinar millones de situaciones posibles para elegir la millonésima, es terriblemente difícil. Si uno pudiera realizar la centésima parte de lo que piensa! ¡Pero apenas llega á una diezmilésima!»

Guerra y Paz le costó cinco de los mejores años de su vida, y suscitó un gran movimiento crítico, no sólo en periódicos y revistas, sino en libros y folletos de literatos, militares, filósofos é historiadores. «Todo lo que he publicado hasta el presente—decía—lo considero como una prueba de la pluma; lo que ahora publico me agrada más, pero lo encuentro flojo. ¿Qué será?» «Escribidme—decía á Fet—lo que dicen en los círculos, y sobre todo la impresión de la masa; seguramente pasaré desapercibido; lo preveo y lo deseo; me alegro de que queráis bien á mi mujer; yo la quiero menos que á la novela; pero, ya sabéis, siempre es mujer.» Turguéneff escribió á Tolstoi, diciéndole que gozaba con la lectura de su trabajo, verdaderamente grandioso, y le comunicaba la opinión de Flaubert: «Es una labor de primer orden. ¡Qué pintor! ¡Qué psicólogo! ¡Tiene trozos shakesperianos!»

Tolstoi, recogido el aplauso, continuó entregado á su escuela, á sus lecturas y á su caza. «Ayudándole á ordenar en 1868 su biblioteca—dice Eugenio Skyor en sus Memorias,—recuerdo que las obras de Auerbach ocupaban el primer puesto del primer estante; al coger dos volúmenes de su *Eine neues Leben*, Tolstoi me aconsejó que los leyese, y me dijo: «A ese escritor es á quien debo mi interés por la instrucción popular y la idea de la escuela para mis aldeanos; cuando fui por segunda vez á Europa, visité á Auerbach, sin darme á conocer, y cuando entró en la habitación, le dije: Soy Eugenio Bau-

mann (uno de los héroes de la novela de Auerbach); y como él se quedase parado, añadí: No lo soy por el nombre, sino por el carácter, y le expliqué lo que sus trabajos me habían hecho pensar y la buena influencia que en mí habían ejercido.»

Desde 1880 Tolstoi se entregó por completo á la literatura para el pueblo. «Treinta años hace—decía en 1885 á Danilewsky,—cuando comenzamos algunos literatos á escribir, no había más que unas decenas de millares de personas que supiesen leer en una población de 70 millones; ahora, desde el desarrollo de las escuelas urbanas y rurales, los que leen se cuentan por millones, y esos millones de individuos están frente á nosotros, con la boca abierta, como pájaros hambrientos, diciendo: Señores escritores, echadnos por esa boca un alimento intelectual, digno de vos y de nosotros. El pueblo ruso, honesto y sencillo, merece que respondamos á las súplicas de su alma buena y sincera.»

El éxito de sus libros para el pueblo fue inmenso, y con estas obras Tolstoi y sus adeptos han transformado la literatura popular. Los relatos populares de Tolstoi están todos empapados de moral, y el mismo carácter tienen todas las producciones literarias de Tolstoi de quince años á esta parte, sin que, en realidad, nunca haya dejado de dominar en Tolstoi el aspecto moral de las cosas, desde que en sus tiernos años «deseaba ser bueno», hasta que recientemente ha lanzado su diatriba contra el arte en todas sus aplicaciones, por inmoral. «Me hablais por primera vez—escribía á Fet en 1876—de Dios, y yo hace mucho que no hago más que pensar en este problema importante; y no digais que no se puede pensar en él; no sólo se puede, sino que se debe. En todos los siglos, los mejores, los verdaderos hombres, han pensado; y si nosotros no podemos pensar como ellos, debemos encontrar el modo con que se debe pensar.»

La biblioteca de Tolstoi es tan grande, como variada y bien ordenada. Según Danilewsky la describe, vense allí, encuadernadas ó en rústica, las obras de Espinosa, Voltaire,

Goethe, Schlegel, Rousseau, Auerbach, Shakespeare, Constant, Sismondi, San Juan Crisóstomo, y las de todos los escritores rusos; la vida de los Santos Padres, el Martirologio, la Biblia hebraica y el Talmud, los textos griegos del Evangelio y muchos sermonarios de predicadores rusos y extranjeros.

En 1870 se puso á estudiar el griego, y con su extraordinaria aptitud para el cultivo de las lenguas, no tardó en dominarlo. «Parece imposible—decía,—pero leo á Jenofonte de corrido. Estoy contentísimo de que Dios me haya dado ese capricho; primero porque gozo, después porque me he convencido de que no conocía nada de cuanto la palabra humana ha producido verdaderamente bello, y, por último, porque en adelante ya no escribiré ninguna insulsez.»

La evolución del espíritu de Tolstoi, cuyo punto álgido señala su reciente libro *¿Qué es el arte?*, de cuyo análisis nos hemos oportunamente ocupado (1), no era difícil de prever, conocidas las aficiones y las costumbres del autor, y su constante predilección por la moralización de la vida en todas sus manifestaciones.

Sus últimos años los viene consagrandó el genial escritor á la piadosa tarea de aliviar á las víctimas del hambre, sin abandonar por eso sus trabajos literarios, como lo prueba la publicación que ahora mismo ha empezado la revista rusa *Niva* de una nueva novela de Tolstoi sobre la vida contemporánea rusa, y de la cual aparecerán simultáneamente tres traducciones en francés, inglés y alemán.

Sergueenko, en su interesante libro anecdótico, refiere las condiciones conmovedoras en que Tolstoi ha prometido publicar otras obras inéditas.

Existe en Rusia una secta cuyos miembros no aceptan el servicio militar, del que sólo pueden librarse emigrando. Tolstoi se dedica, desde hace unos tres años, á reunir todo el dinero que puede en favor de esos prófugos para facilitarles su ins-

(1) V. la *Revista de Revistas* del mes de Agosto de 1898.

talación en el extranjero, y acaba de escribir á su amigo Tchertkoff la siguiente carta, que insertan la *Revue Blanche* y la *Revue Bleue*:

«Como es evidente que se necesita todavía mucho dinero para la emigración de los Dukhobors, he aquí lo que pienso hacer: tengo algunas novelas y narraciones, no editadas todavía, y quisiera venderlas en las más ventajosas condiciones á periódicos ingleses, americanos ú otros, y emplear el producto de esta venta en subvencionar la emigración de esos desgraciados Dukhobors. Estas narraciones están escritas según mi antiguo método, que ahora critico. Si las corrigiera hasta que me satisficiesen, no las acabaría nunca; de modo que decidiéndome á venderlas al editor, tomo el partido de entregarlas como están. Es lo que ya me ha ocurrido con *Los Cosacos*; yo no había corregido este libro; pero acababa de perder á las cartas mucho dinero, y para pagar lo vendí á la redacción de un periódico ruso. La causa que me hace obrar ahora es mucho más noble. Si las narraciones mismas no corresponden á mis actuales ideas sobre el arte, si no están escritas en forma muy popular, por lo menos no son perjudiciales por sus ideas.»

ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN

LA ENSEÑANZA UNIVERSITARIA EN EL JAPÓN.—Es verdaderamente prodigioso el desarrollo adquirido por el Japón en materia de instrucción pública, merced al gigantesco impulso dado por un Gobierno previsor y culto á la educación nacional, dirigida por el clarividente genio de Tanaka Fuyimaro, á cuya vigorosa iniciativa debe el Imperio del sol naciente su organización académica.

En 1868 se abrió la Escuela de Kaiseijo, en Tokío, con la especial misión de asimilarse los adelantos todos de la cultura europea, y en el mismo año se fundó en Daigakkö la Stiö-

neikö ó Alto Instituto del Estudio con profesores extranjeros, admitidos por derecho propio en la Asamblea nacional. Desde aquel momento, el Japón marchó á pasos de gigante por el camino del progreso, como dice Lorini en la *Rivista Moderna di Cultura*.

En 1876 surgió el Museo de Tokío, la biblioteca, y el jardín botánico y farmacéutico de Koishikova; en 1878 se erigió una gran palestra gimnástica; en 1879 se fundó la Academia de Ciencias positivas, la Enciclopedia de la antigüedad y la Escuela de filología inglesa en Osaka; en 1880 se establecieron los laboratorios más perfectos para el estudio de las ciencias médicas en Tokío; en 1881 los destinados á la Farmacia con los magníficos edificios dedicados al estudio del Derecho, de las Ciencias y de las Letras; en 1882, en fin, la Universidad se vió enriquecida con una sección de Astronomía, otra de Meteorología y otra para el estudio de los clásicos chinos y japoneses, aneja á la Facultad de Letras; con varios seminarios á la alemana y cursos preparatorios de ingreso; con un amplio kiosco en el jardín para la música, el canto y las bellas artes, á disposición de los estudiantes; con otra *villa* entera, llena de salas de lectura, libros y periódicos, aulas de reunión y de juego para la juventud; con una galería subterránea para el estudio natural de la mineralogía; con una magnífica huerta, donde se cultivaban legumbres y frutales para la mesa común; con todos los medios, en fin, de progreso y de adelanto apetecibles que ponían al Japón en las más favorables condiciones de cultura material é intelectual, mientras las más brillantes Universidades de Europa y América entregaban los secretos de su organización y de su saber á los pensionados japoneses que el Gobierno enviaba todos los años, y que, al regresar á su país, volvían repletos de ciencia y de iniciativas, siempre secundadas cuando eran buenas.

La Universidad de Tokío es una notabilísima institución organizada con el más amplio sentido de libertad é independencia, y situada á las puertas de la ciudad, formando un vas-

tísimo recinto rectangular perfectamente murado, al que dan ingreso siete grandes puertas de bronce.

A la derecha están la Escuela de Química, la de Minería y la de Metalurgia; luego, en un amplio edificio, está la de los Ingenieros, y al lado los departamentos de Historia Natural, Derecho y Ciencias. A la izquierda está la Escuela de Medicina con sus inmensos hospitales y laboratorios médicos, anatómicos y farmacéuticos. Todas las secciones tienen sus dormitorios para los estudiantes, salas de estudio y de lectura, y hermosas habitaciones para los respectivos profesores. En el centro están los jardines para el paseo, la gran sala de tertulia, el comedor, las cocinas, y las salas y recintos para toda clase de juegos y ejercicios. Arriba está el Observatorio astronómico, y al lado del Colegio de Derecho la Biblioteca, que puede contener más de 300 lectores, con vastas salas anejas para dibujar, y para consultar los catálogos y revistas más importantes del mundo entero. Y luego, aparte, está la Escuela de Agricultura con los hospitales y laboratorios de Veterinaria, con dormitorios para los estudiantes y hotelitos para los profesores, con la frondosa floresta de Kiyosumi, con las lecherías y frutales de Daishigawara, los laboratorios y el Museo, los jardines botánicos y las grandes factorías, y las magníficas plantaciones de toda especie.

No pueden leerse estas descripciones sin un gran sentimiento de aplanadora envidia y de desconsoladora impotencia. Y sin embargo..... ¡qué fácil sería preparar el triunfo en la guerra, apartando de su servicio algunos millones para esta otra lucha de la paz!

El año académico empieza en el Japón el 10 de Septiembre, y el curso dura del 12 de Septiembre al 24 de Diciembre, del 8 de Enero al 31 de Marzo, y del 8 de Abril al 17 de Junio, constituyendo los espacios intermedios las vacaciones de invierno y primavera, y verificándose los exámenes del 21 de Junio al 11 de Julio, para dejar paso á las vacaciones del verano.

La Universidad imperial está dividida en dos grandes cuerpos: el *Palacio universitario*, especie de Instituto superior de altos estudios, y los *Colegios*, equivalentes á nuestras Facultades, y que son seis: de Leyes, de Medicina, de Ingeniería, de Literatura, de Ciencias y de Agricultura. Al frente de la Universidad figura un Presidente, con un Director del Palacio y seis Subdirectores de los Colegios, al lado de los cuales se halla un Consejo universitario de doce miembros, cuerpo consultivo y judicial intermediario entre la Universidad y el Ministerio de Instrucción pública, y varios Inspectores generales para los varios servicios docentes y administrativos.

Los profesores son de cuatro clases: honorarios, efectivos, asistentes y lectores: los honorarios y efectivos dependen del director del Colegio y forman parte del respectivo Consejo de la Facultad; los asistentes y lectores dependen de los profesores efectivos y sólo son admitidos en la Facultad cuando el director lo juzgue oportuno en determinados casos.

Las cátedras oficiales de las diversas Facultades son las siguientes, según el Anuario de 1897:

COLEGIO DE DERECHO: 22 cátedras.

17 profesores efectivos. 1 asistente y 5 lectores.—565 alumnos.

- 2 de Derecho público y constitucional.
- 3 » » civil.
- 1 » » comercial.
- 1 » » y procedimientos civiles.
- 1 » » penal y procedimientos penales.
- 1 » Economía política y Hacienda.
- 1 » Estadística.
- 1 » Ciencias políticas é Historia política.
- 1 » Derecho administrativo.
- 1 » » internacional.
- 1 » Historia del Derecho nacional y del Derecho comparado.

- 1 de Derecho romano.
- 2 » » inglés.
- 1 » » francés.
- 1 » » alemán.
- 1 » Enciclopedia jurídica.

COLEGIO DE MEDICINA: 23 cátedras.

23 profesores efectivos y 7 asistentes.—246 alumnos.

- | | |
|---|----------------------------------|
| 2 de Anatomía. | 3 de Farmacia. |
| 1 » Fisiología. | 1 » Pediatría. |
| 1 » Química médica. | 3 » Cirugía. |
| 2 » Patología y Patología
anatómica. | 1 » Oftalmología. |
| 1 » Farmacología. | 1 » Dermatología y Sifilografía. |
| 3 » Medicina. | 1 » Psiquiatría. |
| 1 » Ginecología y Obstetricia. | 1 » Higiene. |
| | 1 » Medicina forense. |

COLEGIO DE INGENIERÍA: 24 cátedras.

16 profesores efectivos, 2 asistentes y 16 lectores.—368 alumnos.

- | | |
|------------------------------|---|
| 4 de Ingeniería civil. | 3 de Química aplicada. |
| 3 » » mecánica. | 1 » Tecnología de explosivos. |
| 2 » Arquitectura naval. | 4 » Minería y metalurgia. |
| 1 » Tecnología de las armas. | 1 » Fuerza de los materiales
y construcciones. |
| 2 » Ingeniería eléctrica. | |
| 3 » de Arquitectura. | |

COLEGIO DE LITERATURA: 20 cátedras.

17 profesores efectivos, 5 asistentes y 9 lectores.—290 alumnos.

- 4 de Lengua, Literatura é historia del Japón.
- 3 » » y clásicos chinos.
- 2 » Historia y Geografía.

- 2 de Filosofía é Historia de la Filosofía.
- 2 » Psicología, Etica y Lógica.
- 1 » Pedagogía.
- 1 » Estética.
- 1 » Filología.
- 1 » Lengua y literatura inglesa.
- 1 » » » alemana.
- 1 » » » francesa.

COLEGIO DE CIENCIAS: 18 cátedras.

18 profesores efectivos y 2 asistentes.—120 alumnos.

- | | |
|-------------------|---|
| 2 de Matemáticas. | 2 de Botánica. |
| 1 » » aplicadas. | 3 » Geología, Paleontología
y Mineralogía. |
| 2 » Astronomía. | 1 » Dermología. |
| 2 » Física. | 1 » Antropología. |
| 2 » Química. | |
| 2 » Teología. | |

COLEGIO DE AGRICULTURA: 20 cátedras.

14 profesores efectivos, 2 asistentes y 3 lectores.—254 alumnos.

- | | |
|---|--|
| 2 de Agricultura. | 1 de Física orgánica y me-
teorología. |
| 2 » Química agraria. | 1 » Administración agrícola
y Economía agraria. |
| 3 » Montes. | 1 » Anatomía veterinaria. |
| 1 » Botánica. | 1 » Fisiología. |
| 2 » Zoología, Entomología y
Sericultura. | 3 » Medicina y cirugía vete-
rinaria. |
| 1 » Horticultura. | |
| 1 » Zootecnia. | |
| 1 » Geología y estructura
terrestre. | |

En junto, el Japón tenía, en 1897, 127 cátedras oficiales de Facultad en la Universidad imperial de Tokio, sin contar

muchas otras libres, con 110 profesores efectivos, 26 asistentes y 33 lectores, y con 1833 estudiantes, entre los que, lo mismo que en Europa, dominan los de Derecho, siendo verdaderamente curioso que entre todas esas cátedras figuren dos de Teología, colocadas en la facultad de Ciencias, entre la Química y la Botánica.

Los estudiantes se dividen en *Hakushi* y *Daihakushi*; los primeros son: *Högaku*, si se licencian en Derecho; *Igaku*, en Medicina; *Kögaku*, en Ingeniería; *Bungaku*, en Letras, y *Rigaku*, en Ciencias, mediante un Decreto del Ministerio de la Educación. Los *Daihakushi* son los mismos *Hakushi*, que, por sus exámenes, sus méritos especiales, los puntos obtenidos y los trabajos hechos, y previa votación de todos sus colegas *Hakushi*, reunidos al efecto en Asamblea, son declarados *Estudiantes de honor* por el Ministerio.

VIAJES

LA CIUDAD SANTA DE LA INDIA.—Curiosísimo es el relato que, extraído del *Viaje de un fisiólogo alrededor del mundo*, de Julio Fano, publica la *Nuova Antologia*, de Roma.

Benarés, la ciudad santa del induismo, es la Jerusalem de la India, la Meca del bramanismo, inmutable en medio de todas las transformaciones políticas, sociales, morales y materiales que desde hace miles de años ha sufrido el mundo. Asentada á orillas del caudaloso Ganges, el río sagrado, Benarés sigue siendo el centro del misticismo, y es quizá la ciudad más pintoresca y más curiosa del mundo, por la variedad de tipos que presenta, por sus creencias religiosas, por sus caprichosos palacios, por sus revueltas callejuelas y por sus originalísimas costumbres, aunque el viajero europeo sufre no pocas desilusiones en la ciudad sagrada, y necesita no poca fuerza de voluntad para permanecer en ella algunos días.

Lo primero que se ve al entrar en Benarés no es lo más á

propósito para despertar ningún entusiasmo: es el templo de los monos, que nada ofrece de particular, sino el repugnante aspecto de los simios, á que sirve de albergue, sucios, pelados, asquerosos, dándose siempre atracones de golosinas, que les llevan á todas horas los fieles, y el palacio del Marayá, que produce el efecto de una casa de campo de un vulgar ricachón, sin gusto alguno artístico, y sin más afán que el de ostentar sus riquezas del modo más ridículo.

Al fin se penetra en la ciudad, mirando bien dónde se pone el pie, tapándose herméticamente las narices y haciendo milagros de equilibrio para no caer en el arroyo. Son callejuelas estrechísimas y tortuosas, de una suciedad inverosímil, atascadas de gente y de animales: el tufo y el calor son tan grandes, que se sienten náuseas y se quisiera retroceder; pero el que viaja es esclavo de su curiosidad, y no puede volver atrás.

El viajero visita el templo del Oro, llamado así por su dorada cúpula de bronce, y cuyo dintel no pueden pasar los profanos; reina en él repugnante suciedad, despidiendo hedor insoportable. Los fieles beben la orina de las vacas sagradas, ó se frotan el cuerpo con los excrementos de aquellos animales, ó tragan á grandes sorbos el agua del pozo de la Sabiduría, residencia de Shiva, una cisterna llena de toda clase de flores en plena putrefacción. «Mis vísceras de bacteriólogo—dice Fano—se estremecen á cada instante ante aquel espectáculo, y el espectro del cólera cruza por mi imaginación.» Y sin embargo, muy pocos de aquellos fanáticos mueren de infección, y parecen inmunizados por la lenta adaptación á medio tan corrompido.

Todo lo que Fano había visto de extraño en el primer día de su estancia en Benarés, no era nada ante el espectáculo á que pudo asistir al día siguiente á orillas del Ganges, que da casi la representación real de las imágenes más infernales de Hans Holbein ó de Breughel.

Benarés está construída á la izquierda del rio sagrado, porque en aquella orilla habían elegido su morada las divini-

dades indias, y allí tiene Shiva su residencia en el pozo de la Sabiduría del templo del Oro, y allí vive su legítima mitad en el pozo de Gauri, y allí está el Ghat de Dasashwamedh, donde Brahma sacrificó al sol diez caballos blancos, y el Charanapaduka donde vivió Visnu largo tiempo, y que todavía honra con sus visitas.

Lo que más que todo coloca en situación privilegiada á Benarés, es la creencia de que quien muere dentro de sus muros dejando sus restos al sagrado río, aunque sea un infiel, va derecho al Paraíso, ó por lo menos revive en una vida mejor. Así es, que todos los desheredados, los enfermos y los miserables de las más remotas regiones, aspiran á lanzar en Benarés su último suspiro, y junto á ellos los príncipes indios, que, no contentos con las riquezas y goces de esta vida, quieren también los de la otra, se hacen construir en Benarés magníficos palacios, que habitan durante las grandes festividades, y donde suelen establecerse cuando son viejos, esperando morir entre algunos de los innumerables brazos de Shiva.

Los que no pueden, por sus negocios ó las exigencias de su vida, vivir en Benarés, se contentan con hacer una peregrinación á la ciudad santa, bañándose en el Ganges, con lo cual tienen no poco ganado para hacerse simpáticos á la Trinidad índica; y los que ni aun quieren ó pueden arrostrar las molestias de un viaje, se hacen expedir por ferrocarril, en botellas de vidrio—como si se tratara de aguas de Carabaña,—las sagradas aguas del pestilente Ganges, bebiéndolas ó lavándose con ellas en sus casas.

Basta con esto para comprender el torrente tumultuoso de hombres y mujeres que cruza incesantemente por las vías de la Kasi para detenerse ó desparramarse sobre las escalinatas del Ghat, que se desarrollan á lo largo del sagrado río. El espectáculo á que allí se asiste es verdaderamente único, y aniquila y exalta, excita y deprime, y produce á la vez admiración y desprecio, chocando en el cerebro las impresiones artísticas con las psicológicas, las religiosas con las higiénicas,

y dando lugar á momentos de verdadera alucinación, en que se duda de todo y cree uno haberse vuelto loco.

Más que los templos, palacios y edificios que se levantan á la orilla del río, es interesante el público que frecuenta el Ghat, reclamando la atención del viajero con sus variadísimas escenas. Un brahman coronado de flores está bajo un baldaquino predicando á un círculo de mujeres que le escuchan reverentes y le cubren de flores. A pocos pasos de allí, en una capilla que parece una caverna, otras mujeres arrojan flores y agua del Ganges sobre un enorme *lingam* que representa á Shiva en su capacidad reproductora. Al lado un fakir, completamente desnudo, cubierto el cuerpo de ceniza, espantosamente flaco y con los estoposos cabellos entretejidos á modo de turbante, se mantiene inmóvil y acurrucado, con la mirada fija y abobada. Más allá, horrendos mutilados exponen al sol sus llagas y deformidades, dando el modelo vivo de una verdadera Corte de los milagros, por entre la cual circula un pueblo multicolor, artísticamente ataviado, en el que se destacan esbeltas jóvenes de cadencioso andar, sosteniendo en la cabeza brillantes ánforas de agua del Ganges, que llevan á sus casas ó á los cercanos templos.

Descendiendo al río, lo primero que llama la atención son las barracas, cubiertas por enormes quitasoles de hojas de palma entretejidas, en las que los brahmines se entregan á las manifestaciones simbólicas de su misticismo: uno, erguido, grita tres veces el nombre de Rama y luego se queda rígido como una efigie gótica; otro, con la mano derecha cubierta con una cabeza de vaca hecha groseramente con tela, la mueve en varias direcciones; otro recoge agua del Ganges, y conteniendo la respiración la arroja á lo lejos, ya por una nariz, ya por otra, cerrando la contraria; y así se encuentran á cada paso los tipos más chocantes é inverosímiles de la chifladura humana.

Para examinar en conjunto estas escenas, conviene pasar revista al Ghat desde el río, en una barca. En el agua pútrida

y fétida del Ganges, en la que flotan todos los detritus de la vida humana y los restos nauseabundos de los cadáveres arrojados en el sagrado río, se bañan y se gargarizan multitud de hombres y mujeres, metiendo en el río la cabeza y bebiendo á sorbos aquella infusión de cadáveres y excrementos, y distinguiéndose por su impudor las viejas, que muestran inverecundas sus formas, mientras las jóvenes se envuelven púdicamente en sus vestimentas.

En la esplanada de la cremación aparece un cadáver: es el de un brahmin de noble perfil; lo despojan, y arrojan al río los objetos preciosos que le adornan, en medio de los clamores de varias mercenarias plañideras, mientras se prepara la hoguera que ha de prender el sacerdote con un tizón del fuego del altar, constantemente encendido; en tanto que la leña arde y el cuerpo se consume, los parias chapuzan en el río buscando los objetos preciosos del muerto, y á dos pasos de allí se baña una muchacha vestida de rojo, y pasa bajo dorado baldaquino, oculta tras un velo, la soberana de Baroda.

En una longitud de algunos kilómetros se desarrollan á lo largo del Ganges escenas semejantes, bajo el sol mágico de la India, y si los detalles son repugnantes, el conjunto es grandioso: extraña orgía de colores, de movimientos y de voces que transporta y embriaga.

PSICOLOGÍA COLECTIVA

LA OPINIÓN PÚBLICA.—¿Qué es la opinión pública?—se pregunta Escipión Sighele en la *Rivista politica e letteraria*.—Es en el mundo lo que Dios en el cielo: un juez invisible, impersonal y temido; es, como la religión, un secreto poder en cuyo nombre se han ejecutado los mayores heroismos y las más abyectas iniquidades; es, como la ley, invocada é interpretada á tuerto ó á derecho en todos los momentos de la vida; es, como la fuerza, sostenedora á veces del derecho y con más frecuen-

cia del error; es, en fin, como una bandera dispuesta siempre á volverse al lado de que sopla el viento.

Rugiero Bonghi, en un discurso memorable de 1873, la definía diciendo: «La opinión pública, para tener autoridad, debe ser *verdadera, cierta, y estar fundada en el consentimiento más general de los espíritus cultos de un país.*» Palabras de oro, pero palabras vanas. ¿Cómo distinguir la opinión pública verdadera de la falsa? ¿Dónde está el juez supremo que ha de declarar que tal ó cual corriente del espíritu público merece ó no el dictado de opinión pública? ¿Con qué medida aritmética se podrá afirmar que la mayoría piensa de cierto modo, y con qué criterio sociológico se pueden distinguir los espíritus cultos de los incultos?

Después del desastre de Adua, se mostró en Italia una corriente de opinión, que llevó al Ministerio al Marqués de Rudini, y dos años después la opinión cambió de tal modo, que Rudini tuvo que dimitir; en la famosa cuestión Dreyfus, la opinión en Francia se mostró unánime contra la revisión del proceso, y algunos meses después se declaró en pro de la revisión; en España, con motivo de la guerra, la opinión se decidió por la lucha contra los Estados Unidos, y poco después se tornó partidaria resuelta de la paz. ¿Cuál de estas opiniones era verdadera y cuál falsa? ¿Cuál era la opinión pública?

El abogado Pugliese añade á la definición de Bonghi la de que la opinión pública, para ser considerada como tal, debe descansar en un estado constante de ánimo, y su verdadera dirección debe esperarse del transcurso del tiempo. Perfectamente; pero ¿cuándo podrá decirse que una opinión pública es verdadera? ¿Después de diez años? ¿De veinte? ¿De treinta? Tal definición, aunque fuera exacta, no tendría ningún alcance práctico, y se confundiría con la tradición, que no es más que la opinión pública fijada y cristalizada en el pueblo.

Para saber lo que es la opinión pública, importa, ante todo, investigar qué cosa es el público.

¿Qué es el público? Se dice «el público de un teatro, de una

asamblea»; y en este caso, *público* tiene un valor determinado. Se dice: «tal libro ha sido bien acogido por el público», y entonces *público* tiene un valor menos específico. Se dice también: «en tal cuestión el público piensa de tal modo», y en este caso, *público* tiene un valor más general todavía. ¿En cuál de estos sentidos debe entenderse la palabra *público*?

El público es un fenómeno de psicología colectiva sumamente complejo. ¿Podemos decir que existía el público en la antigüedad greco-romana? Había multitudes, pero no público; el orador, por ejemplo, no tenía *público*, sino simplemente *auditorio*. Había lectores de los manuscritos de Virgilio ú Homero; pero estos lectores no formaban un agregado social como en nuestros días los lectores de un mismo periódico, y ni por el número, ni por la ignorancia en que unos estaban de otros, podían estimarse sino como las avanzadas primeras del verdadero público. Y lo mismo sucedió en la Edad Media: las ferias, las peregrinaciones, las cruzadas originaban *multitudes* de diversas clases, pero no *público*.

La imprenta fue para el surgir del público, lo que una revolución para un nuevo orden social; el público, existente hasta entonces en potencia, entró en la esfera de los hechos y se convirtió en una realidad. La imprenta, órgano de la conciencia colectiva, llevaba á todas las partes la voz del escritor, y traía al escritor la voluntad y los deseos del pueblo, sin necesidad de la mutua presencia, sin limitación alguna de espacio. La imprenta sustituyó el contacto moral al contacto físico, y transformó á la multitud en público. El público fue en un principio, en el siglo XVI, exclusivamente literario, científico y religioso; sólo en la segunda mitad del pasado siglo, apareció el público político, al que la Revolución dió poderoso impulso con el desarrollo del periodismo.

Faltaba, sin embargo, á este público una de sus principales prerrogativas, la que le hace más temible: la unanimidad, por la falta de contemporaneidad en el conocimiento de las noticias; esa contemporaneidad han venido á producirla los

ferrocarriles y el telégrafo, con los cuales conquistó la imprenta alas, y adquirió el público el sentido de la *actualidad* que hasta entonces no conocía.

La *multitud* era un agregado con límites de espacio y de tiempo infranqueables; el auditorio de Pedro el Ermitaño, por enorme que fuera, tenía forzada limitación; el *público* actual no conoce límites, y un soberano ó un genio, por medio de la imprenta, el telégrafo y el ferrocarril, hablan hoy al mismo tiempo á millones de individuos, á todo el mundo que lee ú oye leer. El público es una transformación de la multitud, realizada por la civilización. La *multitud* es una reunión de contactos psíquicos esencialmente producidos por contactos físicos; el *público* no tiene necesidad ninguna de la vecindad de los cuerpos para ser intrincada complejidad de comunicaciones de alma á alma. Como lo prueban con el lenguaje irrefutable de las cifras Fournial y Lombroso, las multitudes son más ó menos frecuentes y numerosas según las estaciones y el estado atmosférico; para el público, el frío y el calor, la lluvia ó el buen tiempo, son indiferentes.

La raza, por otra parte, ejerce en la multitud muy distinta influencia que en el público. ¿Quién no sabe distinguir una multitud italiana de otra alemana? ¿Quién podrá confundir un *meeting* de ingleses con un *meeting* de napolitanos? La multitud está siempre bajo el imperio absoluto de la raza á que pertenece: tranquila ó entusiasta, fría ó hirviente, según que sea germánica ó latina. Los públicos de las diversas nacionalidades no ofrecen diferencias tan decisivas, siendo también la multitud más impulsiva y violenta que el público.

Le Bon, y con él Sighele, han proclamado que nuestra época es «la era de las multitudes», mientras Tarde sostiene que es «la era de los públicos». Todos se equivocan en parte: nuestra época es la era de los públicos y de las multitudes; el progreso modifica y mejora, pero no suprime los hábitos atávicos, y ya Carlyle ha dicho que la civilización no es más que una corteza dentro de la cual puede arder viva, con su fuego infer-

nal, la pasión salvaje del hombre. La civilización ha cambiado la multitud en público; pero el público, á su vez, vuelve á ser multitud cuando el sentimiento que lo domina es tan fuerte que no sabe contenerse, y necesita para manifestarse la forma atávica en que se había expresado.

De lo dicho resulta que la opinión pública es alguna vez, no la opinión del público propiamente dicho, sino de la multitud. El sentir de la colectividad se expresa hoy normalmente por medio de la prensa, pero también anormalmente por medio de las multitudes, que saben imponer de un modo estáticamente violento lo que el público piensa de un modo dinámicamente pacífico. Los discursos, las reuniones, los *meetings*, son otras tantas formas de la multitud que todavía hoy influyen en la formación de la opinión pública.

Atendiendo al grupo de cultura y de intereses á que pertenece, el público se llama *judicial, industrial, agrícola, literario, científico, religioso, político*, etc. Antes estas divisiones originaban castas, clases, gremios y corporaciones. Hoy estos grupos son menos estables y definidos: el público de hoy, organismo fluctuante, es una especie de nebulosa cuyo núcleo central es fácil distinguir, pero cuyos confines no pueden precisarse, entrando y saliendo en cada grupo el que quiere.

Comparad los partidos políticos de hace cincuenta años con los actuales: *derecha é izquierda* eran nombres que respondían á dos corrientes de ideas perfectamente distintas, pareciendo imposible ninguna confusión entre los dos partidos; hoy todos sabemos la escasa fuerza de cohesión y la poca impermeabilidad de los partidos actuales, meras etiquetas que los políticos ostentan mientras les conviene, arrojándolas ó cambiándolas por otras en cuanto les importa, y produciendo constantemente ese fenómeno de ósmosis y endósmosis cuya movilidad, según Tarde, es precisamente la característica del público actual.

Entre las formas que reviste la sugestión á que principalmente obedece la movilidad del público, ninguna tan decisiva

como la prensa periódica. Pero ¿es el periodista el que forma el público, ó viceversa? ¿Es el ambiente el que influye en el individuo, ó es el individuo quien influye en el ambiente? Según Spencer, es un error atribuir socialmente gran influjo al hombre de genio, que no es más que el producto necesario del ambiente en que surge, un actor y no un autor del drama histórico; según Carlyle y Stuart Mill, cuanto hay en el mundo de bueno y de bello es debido á los héroes, á los grandes hombres, siendo su alma el alma de la historia entera. ¿Quién tiene razón? Unos y otros. Napoleón y Shakespeare surgieron cuando debieron surgir, y en este sentido fueron hijos de su tiempo; pero ¿quién puede negar que, aun siendo productos necesarios de la historia, la imprimieron nueva dirección, ejerciendo en el mundo grande imperio, material ó moral?

Todo público produce periodistas que tienen sus instintos y tendencias, cualidades y defectos, siendo criaturas suyas; pero una vez criado un periodista por su público, el periodista es el que reobra á su vez y el que dirige y modifica la opinión del público. En una multitud reunida y excitada por cualquier motivo, oís de pronto una voz ó un grito, tras el cual corre ciega y unánime la multitud para desfogar su amor ó su odio; de aquella voz ó de aquel grito no es responsable el hombre que lo ha lanzado, sino el alma misteriosa de la multitud; así, el *agitador* es producto de la colectividad; pero apenas creado, conquista un poder despótico sobre los que le rodean y los conduce donde quiere, á la gloria ó al crimen. Eso es el periodista, y eso son los periódicos.

¿Qué parte tiene en la formación de la opinión pública la obra personal del periodista y la obra anónima, colectiva é instructiva del pueblo? Dice Tarde que la estadística de las suscripciones es excelente termómetro que advierte á los redactores de un periódico de la línea de conducta que deben seguir, y pueden citarse como ejemplo las recientes campañas del *Figaro*, que empezó á publicar los primeros artículos de Zola en favor de Dreyfus, y que luego cambió de dirección

para no disgustar á sus lectores. En este caso el público es el que influye en el periodista.

A pesar de este ejemplo, la influencia del periodista en el público es mucho más frecuente é intensa, y puede ser moralmente más dañosa, porque la presión del público en el periódico es una forma de corrupción que no hace más víctimas que las fáciles conciencias de los convertidos, mientras que la presión del periódico en el público hace víctimas al público mismo y al Estado de un error, de un engaño, y hasta de una mentira, abusando de la credulidad y buena fe de los lectores. ¡Dinero, mucho dinero, muchísimo dinero, y se crea la opinión pública que se quiera!

Los individuos que componen una multitud ó un público son en general buenas y honradas personas; reunidas en conjunto se despiertan en ellas los instintos más bajos, y de las estratificaciones del carácter salen á flote las más animales y salvajes. Los impulsos nobles, generosos y heroicos existen también en las colectividades, pero son raros y excepcionales. Tomad, por ejemplo, la forma más corriente de público: un salón, un club, una tertulia, y hablad bien de una persona; alguno hará eco, pero los demás contradecirán ó se callarán, y la conversación morirá enseguida; hablad mal, y entonces será un coro; cada cual añadirá su salsa, y la conversación se prolongará indefinidamente: la fruta del árbol del mal es más sabrosa que la del árbol del bien.

Lo mismo pasa en el periodismo: si se quiere despertar la curiosidad y el interés del público hay que servirle asuntos de odio y no de amor. En ningún país ni en ninguna época, como dice Tarde, ha tenido tanto éxito la apología como la difamación. El público es en esto no poco delincuente, llegando en los períodos históricos anormales al crimen y siendo en los normales cómplice de los delitos políticos de su partido. A veces el público es presa de un acceso de locura, como Grecia al imponer al Gobierno la última guerra con Turquía, y este fenómeno de locura es relativamente frecuente en los públicos li-

terarios que se declaran de pronto por un autor, del que hacen su favorito y su ídolo, siempre empujados por publicistas que le caldean y hacen hervir su entusiasmo, consciente ó inconscientemente. De todo esto se desprende el hecho positivo de que muchas veces el periodista es el que forma la opinión pública.

Se dirá que el Estado deja en poder de los incompetentes las funciones más altas y difíciles: deja á los jurados, que no tienen obligación de ser juristas ni psicólogos, el juzgar de la vida y el honor de sus conciudadanos; deja á los diputados, que no tienen obligación de haber hecho estudios de sociología, el juzgar de los intereses colectivos de la nación; deja á los periodistas, que no tienen obligación de sufrir ningún examen ni acreditar su limpieza de conciencia, el terrible poder de formar la opinión pública.

Inútil y ridículo sería exigir un diploma al periodista; pero la obligación de firmar los artículos sería una garantía de gran eficacia práctica. Un artículo sin firma es como una carta anónima. Se dice que produce así más efecto en el público; pero ¿qué clase de efecto? El artículo firmado es la voz de un orador, y el anónimo es el grito que sale de la multitud. Es verdad que ese grito puede sugestionar á la multitud más que la palabra de un gran orador; pero ¿cuál es la sugestión más honrada y común? Los artículos firmados evitarían la vergonzosa corrupción de conciencia de ciertos periodistas que trabajan á la vez en periódicos enemigos. La superioridad moral é intelectual que las Revistas tienen sobre los periódicos es debida á que en las Revistas todos los artículos van firmados.

Si la opinión pública se forma principalmente por la acción de la prensa periódica, importa dignificar, ennoblecer y moralizar el periodismo, y el medio más sencillo de llegar á este resultado es el de que cada cual arrostre la responsabilidad de sus escritos, firmándolos con su nombre y teniendo el valor de sus convicciones.

*
* *

LA TRISTEZA CONTEMPORÁNEA. —Sólido, concienzudo y de admirable sinceridad—dice Emilio Faguet en la *Revue Bleue*—es el trabajo de Fiérens-Gevaert sobre *La tristeza contemporánea*. Si es erróneo decir que la ciencia ha hecho promesas que no ha cumplido, es exactísimo que ha hecho concebir esperanzas que no ha realizado. Los hombres han presenciado el admirable desarrollo de la ciencia, y se han prometido un aumento de felicidad que no ha venido. No es esto la bancarrota de la ciencia; es la bancarrota de los que han tomado acciones de la ciencia, contando con dividendos de felicidad.

Fiérens-Gevaert estudia «el mal del siglo» en sus diferentes formas: romanticismo, pesimismo de Leopardi y de Schopenhauer, positivismo de Augusto Comte, nihilismo y anarquismo, y lo estudia con lucidez y con una especie de angustia, que da á su libro cierto interés dramático, y que recuerda, por el contraste, otro libro, *La dicha de vivir*, de Juan Lubbock. «¿Cómo puede uno quejarse de no ser propietario?—decía Lubbock.—Todo lo que vemos es nuestro: el paisaje pertenece á quien tiene ojos, y sólo los ciegos son los que no poseen.» Eso es optimismo puro, y el éxito de un libro compuesto de aforismos semejantes ha sido inmenso en Inglaterra, donde ha tenido 77 ediciones, lo que prueba que la raza inglesa es profundamente optimista.

«Entre las penas de la vida, yo no cuento, naturalmente—dice Lubbock—la necesidad de trabajar.» Del otro lado del Báltico, Tolstoi dice, en cambio: «El trabajo no es un elemento de dicha; porque yo no cuento como elemento de dicha, sino al contrario, lo que nos hace malos.» La concepción de la vida no puede ser más diferente.

La verdadera fuente de la tristeza es el odio de la vida, y el remedio es el amor de la vida, de la vida entera, y no sólo de la vida activa. El hombre feliz es el que ama la vida en el trabajo y en el reposo, en las batallas y en las treguas, en la lucha y en la victoria, en las dificultades por vencer y en las

vencidas. El verdadero pesimista no ama nada de eso, ni la acción ni la inacción, y se aburre trabajando lo mismo que holgazaneando, en sus placeres y en sus dolores.

Se cree comunmente que la esperanza es un gran bien, llamándose *desesperación* al estado más desgraciado en que uno puede hallarse. Es un error. Si no esperar ya es una desgracia, la verdadera dicha es no esperar; habría que crear una palabra y decir, que si la *desesperación* es una desgracia, la *inesperanza* es un bien inestimable. La esperanza es siempre un sufrimiento, puesto que es signo de una falta; la verdadera dicha consiste, precisamente, en no sentir la necesidad de nada. El optimismo de Lubbock y el pantagruelismo de Rabelais es un sistema de inesperanza, aplicado á todo lo que suele aplicarse la esperanza.

Obsérvese que la esperanza se aplica á todo lo que no depende de nosotros: no se dice «espero que seré trabajador», sino «espero ser rico.» Lo fortuito, lo que depende del azar, en buen pantagruelismo, debe considerarse como no existente. Fortuita es la salud, fortuita la riqueza, fortuitos los éxitos y los honores. Todo eso es lotería; y el buen pantagruelista nunca toma billetes de esa clase; el pantagruelismo es esencialmente «el desprecio de lo fortuito.»

Nuestro siglo no tiene ni un óbolo de pantagruelismo, y ese es el mal de que padece. Este siglo que acaba, falto de fe y de religión, ha dado muchos ejemplos de tristeza y de inhabilidad para la vida, y de ello no tienen culpa los sistemas filosóficos, que han sido, al contrario, producidos por esa misma tristeza. La tristeza es cierta hostilidad á la vida, y no es más que hastío y cansancio de vivir.

No nos dejemos llevar, sin embargo, de la tristeza que da el espectáculo de la tristeza. Después de todo, esa «tristeza contemporánea» no es más que el estado de ánimo de un número infinitesimal de personas, con relación al conjunto de una nación. «Miserias de grandes señores», ya por sus riquezas, ya por su talento. La masa de la humanidad no está tan

desesperada, ama la vida, la encuentra aceptable y espera un poco sin enfermar de exceso de esperanza.

En el fondo, si bien se piensa, las clases superiores son una escoria de la humanidad. Tienen enfermedades intelectuales y morales que son el rescate de su superioridad misma, y de ellas sufren y mueren. Mientras la tristeza no llegue al fondo de la raza, no hay gran peligro en todo esto. Entretanto, enfermemos de ese mal—como de todos—lo menos posible. Existe una higiene; y en este respecto, el libro de Fierens, á pesar de su melancolía, constituye una excelente consulta.

IMPRESIONES Y NOTAS

DURACIÓN DE LA VIDA HUMANA.—Siempre que se trate de una persona cuya edad se halle comprendida entre los doce y los ochenta años, es muy fácil calcular lo que todavía puede vivir, pues según afirma Holl Schooling en la *Revue Scientifique*, existe al efecto una regla fundada en el estudio más serio de las estadísticas demográficas, la regla de Moivre, según la cual, conocida la edad de una persona, entre los límites citados, basta dividir por 2 el número de años que le falten para cumplir ochenta y seis, y se tendrá su longevidad probable.

Un joven de veinte años, por ejemplo, tiene treinta y tres años más de vida probable, como un anciano de setenta puede contar con vivir ocho años más, y uno de ochenta puede llegar á la edad de ochenta y tres.

Según los diagramas de Schooling, las probabilidades de vivir que tiene un niño al nacer, son de 5 contra 1; á los cinco años, de 119; á los veinte, de 207; á los veinticinco, de 156; á los treinta, de 120; á los treinta y cinco, de 97; á los cuarenta, de 78, etc. De cada mil individuos de sesenta años, 599 llegarán á los setenta, 120 á los ochenta, 117 á los noventa, y sólo 4 á los ciento.

LA LITERATURA ESPAÑOLA EN DINAMARCA.—Merced especialmente á la sabia y entusiasta cooperación del eminente romanista el profesor de Copenhague, Kristoffer Nyrop, nuestra literatura está siendo objeto en Dinamarca de la predilecta atención del público ilustrado, habiendo dado á conocer los trozos más selectos de los escritores contemporáneos el señor Nyrop en su *España moderna*, y despertando así el gusto de sus compatriotas por nuestros literatos.

Un discípulo de Nyrop ha traducido *Pedro Sánchez*, del insigne Pereda; otros están trabajando en la traducción de varias obras de Galdós, y no tardará en aparecer la traducción danesa de *Pequeñeces*, del P. Coloma, según carta de Copenhague que tenemos á la vista.

*
* *

UNA MUJER VALIENTE.—En la *Nouvelle Revue* traza Eugenio Muntz la biografía de algunas damas italianas de los siglos XV y XVI, apoyándose en documentos inéditos ó poco conocidos, comenzando por la de Catalina Sforza, una verdadera heroína, tan cruel como animosa y tan inteligente como enérgica, que se casó con el Conde de Forli, y cuyo carácter se retrata en las dos anécdotas siguientes:

Estando enfermo su marido en 1487 en Imola, Catalina, en vísperas de dar á luz, sabe que acaba de estallar un motín en la ciudadela de Forli. Inmediatamente monta á caballo, corre de un tirón á Forli, penetra en la plaza y no sale de ella sino seguida de los culpables, desarmados. Al día siguiente dió á luz.

Otra vez, el pueblo sublevado se apoderó de ella; pero Catalina consiguió de los conjurados que la concedieran permiso para penetrar un instante en el castillo para conferenciar con el Gobernador, dejando en prenda á los sublevados sus seis hijos. Obtenido el permiso, Catalina entra en la ciudadela, hace levantar inmediatamente el puente levadizo, y vuelve á

ser Señora de Forli, amenazando al pueblo con los cañones de la fortaleza. Y como los jefes del complot intimasen á Catalina que se rindiese si no quería ver morir á sus propios hijos, la Condesa gritó á los amotinados, acompañando sus palabras con el gesto más expresivo:

—¡Majaderos! ¿No véis que esta aquí la fábrica para hacer otros?

*
* *

NOTAS SOBRE LA VIDA DE ALFONSO DAUDET.—Con este título publica un cuaderno de exquisitas impresiones la *Revue de Paris*, y de ellas entresacamos las siguientes:

«Cuando se quiere que los ruseños canten bien, se les sacan los ojos. Cuando Dios quiere tener grandes poetas, elige dos ó tres, á los que envía grandes dolores.»

»¡Qué divina madre es la tierra! La desuellan, la perforan, la hienden, la maltratan, la trastornan; y cuanto más la atormentan con el arado, los azadones, los barrenos y las minas, más generosa es, y por todas esas heridas abiertas nos da á borbotones la vida, el calor y la riqueza.»

«La autoridad: un santo sacramento que hay que dejar en el fondo del tabernáculo y exponerlo al público muy pocas veces.»

«Anotar la tristeza y el susto de mi hijo mayor, que acaba de entrar en filosofía y de leer libros de Schopenhauer, Hartmann, Stuart Mill y Spencer. Terror y asco de vivir: la doctrina es triste; el profesor desesperado; las conversaciones en el patio, desconsoladoras. La inutilidad de todo aparece á estos chicos y los devora. He pasado la noche en reanimar y dar fricciones al mío; y sin quererlo, yo mismo me he calentado. En cuanto al más pequeño, de seis años, se ha pasado el almuerzo preguntando á su madre — pues ése sólo cree en su madre y á ella se vuelve siempre—qué era la muerte, y el alma y el cielo, y cómo se podía estar á la vez debajo de la tierra y

en el azul. De las eternas delicias prometidas, sólo una cosa le impresionó: la idea de revivir para no morir más. «¡Eso sí que es bueno!» y se comió su *côtelette* con excelente apetito.»

*
* *

THIERS Y GAMBETTA.—De un artículo de Emilio Faguet en la *Revue Bleue* sacamos la siguiente anécdota relativa á Gambetta, de quien dice Faguet que era «de una ignorancia enciclopédica, no alcanzando sus conocimientos históricos más allá de 1865, siendo muy flojo en geografía, y siendo su filosofía tan improvisada como sus brindis», no obstante lo cual era un político maravilloso por su admirable dominio de los hombres, gracias á su cordialidad, á la bondad de su corazón, á la simpatía de su carácter y á la facilidad de asimilación de que estaba dotado.

El ilustre Thiers, anciano ya, se hacía todavía la ilusión, después del 24 de Mayo, de que volvería otra vez al poder, y hablando con sus amigos se ocupaba en la composición de su futuro Ministerio, y decía: «¿Gambetta?.... Pues bien, sí, Gambetta..... Creo yo que le llevaré á Negocios extranjeros. Es preciso hacerle conocer Europa..... Sí..... hay que hacer que conozca Europa..... No sabe dónde está.»

*
* *

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DE LA BIBLIOTECA

RUDYARD KIPLING.—Es el nombre del autor extranjero que hoy comparte con d'Annunzio el favor del público parisién; es el novelista de moda en París. Rudyard Kipling ha nacido en la India hace treinta y tres años, se ha educado en Inglaterra, ha vuelto á la India y se halla hoy en Nueva York.

Sus obras, que figuran en primer término en las Revistas y periódicos más importantes del mundo, son verdaderamente

originales, y se reducen á historias de animales, cuentos de lobos y serpientes, elefantes y tigres, focas y monos, y han tenido un éxito colosal por la sencillez de la trama, lo vivido de las narraciones, la exactitud de las descripciones y lo extraño de la fábula. Las más notables de estas historietas acaban de publicarse en francés, reunidas en volumen con el título de *Le livre de la Jungle*, que forma parte de la colección de libros extranjeros editada por el *Mercure de France*.

*
* *

UN CATÁLOGO MONSTRUO.—El gran catálogo de libros del *Museo británico*, según anuncia la *Quarterly Review*, quedará terminado dentro de un año.

Ese catálogo comenzó á imprimirse en Enero de 1881, habiéndose publicado en los dos primeros años 30 volúmenes, y apareciendo con toda regularidad desde 1882 treinta volúmenes cada año. La edición completa comprenderá unos 600 volúmenes en 4.º

A pesar de lo colosal de semejante catálogo, esta obra será sumamente incompleta, pues como la impresión dura desde hace cerca de veinte años, y en este tiempo la Biblioteca se ha enriquecido con 40.000 volúmenes cada año por término medio, resulta que las primeras letras del catálogo se hallan ya muy distantes de reproducir el estado real de la Bibliografía, y sólo las letras últimas serán las que señalen con fidelidad todos los libros existentes actualmente, siendo preciso comenzar en seguida la publicación de apéndices para que el catálogo, mantenido al día, resulte de aplicación práctica.

*
* *

LAMENNAIS Y LA GOLONDRINA.—El famoso Lamennais, perseguido por un folleto, fue conducido á la cárcel de Santa Pelagia, de París, según cuenta en la *Nouvelle Revue Internationale* Octavio Lacroix.

Era en el mes de Noviembre, nevaba, y el frío era más que regular, en el aislamiento de una celda carcelaria sobre todo. Lamennais, enfermizo y flaco, era muy friolero, y apenas instalado en su prisión, preparó dos ó tres leños en la chimenea, y golpeándose las manos para entrar en calor, prendió fuego y aguardó á que ardiese la leña.

De pronto, un pájaro, asustado, salió revoloteando por medio del humo, y, buscando salida, fue á golpear con sus alas y su pico en los cristales de la ventana, lanzando gritos lastimeros.

Era una pobre golondrina que, por causas desconocidas, no había podido emigrar con sus compañeras en la época oportuna, y que se había resignado á pasar el invierno en París, eligiendo por residencia una chimenea de Santa Pelagia.

Lamennais se quedó sorprendido con tan inesperada aparición. ¿Qué hacer? ¿Abrir la ventana? Era exponer á la golondrina á los rigores de la temperatura exterior. ¿Dejarla en el cuarto? Era matarla de susto cada vez que se moviera.

Lamennais tomó su partido. Apagó con agua el fuego que empezaba á arder en la chimenea, quitó los ennegrecidos leños, se retiró á un rincón, y aguardó inmóvil, para tranquilizar á la tímida avecilla. La golondrina, en efecto, volvió á tomar el camino por donde había venido, y se refugió en la chimenea.

Lamennais, durante todo aquel invierno, que fue de los más crudos, se pasó sin encender la chimenea, envueltas las piernas en una manta, sin atreverse á asustar otra vez á su vecina la golondrina, que espiaba, como él, la vuelta de mejores tiempos y el instante de la libertad.

FERNANDO ARAUJO.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO.—ESPAÑA EN AMÉRICA: Corrientes de simpatía hacia España.—Influencia y presión de los Estados Unidos en las revoluciones actuales de los Estados iberoamericanos.—EL SALVADOR: Revolución del General Regalado.—NICARAGUA: Revolución del General Reyes contra Zelaya.—Segunda revolución anexionista á los Estados Unidos.—GUATEMALA: Expedición revolucionaria preparada en Kansas-City contra Guatemala.—HONDURAS: Tentativa de revolución contra el nuevo Presidente Sierra.—Norteamericanos sentenciados á muerte.—Protesta de los Cónsules *yankees*.—COSTA RICA: Asalto de un cuartel de artillería.—COLOMBIA: Reproducción de la cuestión Cerruti.—Reclamación de los Estados Unidos en favor de la empresa del periódico *The Star and Herald*.—La ausencia de España en América.—Reacción de interés y simpatía.—Nueva corriente de las ideas hacia la unión y confederación iberoamericana.—Sus antecedentes desde Bolívar.—Sentido de la entrevista de Punta Arenas.—Los marinos chilenos y argentinos.—Sus brindis.—«La Iberoamérica para los americanos del Sur.»—El intercambio comercial, base del intercambio político y moral.—España y los Estados Unidos.—Restablecimiento de relaciones.—Nuestro honor y nuestra cautela.—Voz de aviso á nuestros Gobiernos.

Imperan á la vez dos corrientes de fructuosa simpatía hacia España en toda la América que ha civilizado nuestra sangre, y á cuyos pueblos imprimen su carácter propio los distintivos de nuestra raza. Hasta que el pabellón español no ha desaparecido enteramente de toda soberanía territorial en aquel hemisferio, no ha entrado poderosamente en la conciencia de aquellas nuevas existencias políticas el papel que España representaba desde la avanzada de las Antillas á la vanguardia de los intereses iberoamericanos, enfrente de la invasora y ab-

sorbente influencia de los intereses anglosajones. Grandes y pequeños empiezan á sentir el influjo de una común amenaza, pues cada día los Estados Unidos descubren más la extensión indefinida de sus ambiciones. Son demasiado frecuentes los actos de mayor ó menor transparencia en cuyo fondo estas ambiciones se velan, y una experiencia cada vez más persuasiva viene en apoyo de esa inquietud latente que obliga á una constante y cauta vigilancia.

Un día se advierte cómo se incubaba una revolución obscura, que en un momento acaba con el pacto de unión de tres pueblos que aspiran á robustecerse recíprocamente en virtud de una Constitución federativa por sus tres Gobiernos supremos y por la masa ilustrada de la opinión consentida. Así acaba de un soplo la casi nonnata República Mayor de Centro América. Pero no basta la revolución promovida en el Salvador por el General Regalado para poner término instantáneo al estado de cosas que había creado el pacto de Amapala. Apenas en la capital del Salvador quedó constituída una situación de aparente legalidad con la elección presidencial del 15 de Enero, por la que, en la forma irregular que estas elecciones han tenido, fue confirmado en la Presidencia usurpada el General D. Tomás Regalado, y se eligió Vicepresidente al Licenciado D. Francisco V. Reyes, nombrando un Ministerio compuesto del General D. Mariano Guzmán para las carteras de Gobernación y Justicia; el Licenciado D. Francisco Reyes, para la de Instrucción Pública; el General D. Juan J. Cañas, para la de Relaciones Exteriores, y para la de Hacienda, con el cargo de Ministro General, D. Eugenio Araujo; saltó la chispa de la revolución á Nicaragua, donde otro General aventurero, Juan Pablo Reyes, fue impulsado contra el Presidente constitucional Zelaya, renunciando, por una parte, la Comandancia de la Costa Atlántica, que le estaba confiada, y por otra, presentándose, en compañía de sus sobrinos los coroneles Espinosa, con más de mil hombres armados con rifles, obteniendo el apoyo y las simpatías *de todos los extranjeros* residentes en el terri-

torio en que había ejercido aquel mando, todos *norteamericanos*, en un cerro á seis millas de Bluefields, y estableciendo relaciones activas con los que desde Nueva Orleans y Mobile, auxiliares de su rebelión, le suministraron desde luego nutridos cargamentos de armas y de municiones. La revolución de Nicaragua no tenía más causa determinante que la misma que en el Salvador había hecho triunfar al General Regalado: es decir, aniquilar, si esto es posible, hasta la última raíz del pensamiento de unión que había llegado á una Constitución definitiva en la disuelta Asamblea de Managua. Esta capital, asiento del Gobierno supremo, se encuentra al Occidente de la República, y el movimiento de la Costa Oriental había de levantar serias dificultades al Presidente Zelaya para sofocarlo, careciendo el Gobierno legal de fáciles medios de comunicación marítima ni terrestre para acudir aceleradamente con los elementos de la resistencia. En Matagalpa y otras poblaciones la revolución se extendía, mientras Reyes, publicando manifiestos, ofreciendo á los nicaragüenses, como es de rito en estas empresas, todo género de bienandanzas, organizaba la lucha á que se disponía, tomando el nombre de General en Jefe del ejército *libertador* y dando el título de usurpador al Presidente constitucional D. Santos Zelaya. Pero cuando más aires se daba en Nueva Orleans á la insurrección de Nicaragua, y en Nueva York la prensa sensacional se felicitaba de un suceso, que, provocando probablemente la intervención del Gobierno de los Estados Unidos, *facilitaría la cuestión del canal*, y el departamento de Marina de Washington mandaba al comandante Symond que con el vapor *Marietta*, de que es jefe, se situara en Bluefields, á donde desde Nueva Orleans se le mandaría el crucero *Detroit*, al mando del oficial Dayton, que después de tomar informes se dirigiría á Greytown, la intervención del comandante del buque de guerra inglés *Intrepid*, Burr, obligó á Symond á unirse á él en una acción común, no para continuar á los insurrectos de Reyes los auxilios que se les prestaban desde las poblaciones de la costa frontera de los

Estados Unidos, sino para prestar su ayuda al poder legal de Zelaya y evitar el derramamiento de sangre, mediante la promesa de que el Gobierno legítimo respetaría la vida y hacienda de los revolucionarios, y librando así de las contingencias que el éxito de la lucha hubiera producido, no ya en el pequeño punto del territorio de Mosquitos en el Mar Caribe, donde la insurrección había estallado, sino en toda la República. ¿Han terminado por esto los conflictos que han encontrado tanto calor en Nueva Orleans, en Mobile y en Nueva York? El telégrafo de las Agencias interoceánicas nos acaba de anunciar que en Nicaragua ha estallado una nueva revolución, cuyos fautores piden *la anexión de la República á los Estados Unidos*; y aunque ignoramos aún los detalles de este nuevo movimiento, no puede menos de hacernos reflexionar sobre el destino que pesa sobre estos pequeños Estados del Centro América desde el momento que los Estados Unidos se han quitado la máscara de la ambición.

Contra Guatemala se habían urdido otros sucesos semejantes para derrocar el Gobierno del Sr. Estrada Cabrera. En Kansas y los departamentos del Este se había formado un regimiento de mil hombres, los cuales, siguiendo la vía por el ferrocarril de Saint-Louis y Nueva Orleans, se disponían á realizar la invasión proyectada en la pequeña República. Dos de estas compañías, formadas en Kansas City, reclutadas de voluntarios, procedían de los dados de baja y que pertenecieron á los regimientos 3.º y 5.º de Missouri, con oficiales del ejército de Cuba, y un agente guatemalteco, de apellido Sandoval, era el organizador de la expedición, que la vigilancia de los agentes de Estrada Cabrera lograron contener en su primer movimiento; pero habiendo caído en poder de las autoridades, así en Guatemala como en Honduras, á donde también se trataba de propagar la tea revolucionaria con motivo de la sustitución constitucional del presidente Policarpo Bonilla, que ha terminado su mandato, por el general Terencio Sierra, seis súbditos *norteamericanos*, á los que se entregó á los

tribunales y éstos condenaron á la última pena, el secretario de Relaciones extranjeras de Washington, Mr. John Hay, telegrafió con urgencia á los cónsules de Guatemala y de Tegucigalpa, ordenándoles que, si era tiempo, impidieran los efectos de la sentencia, y si se había consumado, protestasen *enérgicamente* contra la ejecución. Al Gobierno de Honduras este nuevo conflicto internacional con los Estados Unidos, que sin cesar conspira contra los demás países iberoamericanos, los oprime con sus reclamaciones y los veja con sus exacciones, venía á llover sobre mojado; porque ya para reclamar también sobre el asesinato de Francis Pears, súbdito de la Unión, en San Pedro Sula, Mr. Hunter, Ministro de los Estados Unidos, había formulado otra reclamación formidable, y para apoyarla, el 2 de Marzo último se mandó al cañonero *Machias* se estacionara en Puerto-Cortés á las órdenes del Ministro. De modo que el Gobierno de Washington, repitiendo en Centro-América el sistema empleado contra España en la insurrección de la isla de Cuba, no tiene medios para impedir ni aun las invasiones armadas de los súbditos de la Unión en los territorios extranjeros; pero si los que atentan contra la independencia, la paz y la soberanía de los demás Estados caen en poder de sus Gobiernos legítimos, los Estados Unidos salen á la defensa de estos criminales, á quienes, á título de ciudadanos norteamericanos, trata de dotarlos de una inmunidad inconcebible, la inmunidad del delito.

No se ha salvado de estas agresiones revolucionarias Costa Rica. En la ciudad de San José, el cuartel de artillería fue asaltado por un centenar de hombres armados, dirigidos por el general Federico Velarde. Aunque en el momento del asalto el general revolucionario contaba con la complicidad de su hijo, del mismo nombre y apellido, que era el oficial de guardia que se hallaba en el cuartel, el ataque fue rudo y sangriento, y la primera víctima fue el oficial traidor, á quien uno de los soldados del arma, en presencia de su propio padre, desjarretó un tiro que le dejó muerto en el acto. El coronel

Sotero Antillón, segundo jefe del cuartel, que tomó la defensa contra los insurgentes, murió de otro tiro disparado por el mismo general Velarde. El coronel Juan Arroyo, que se hallaba fuera, acudió en el primer momento, cayendo mortalmente herido del mismo modo al intentar penetrar en el edificio, donde la contienda se sostenía cuerpo á cuerpo entre los defensores y los asaltantes. El general rebelde perdió en ella sus dos hijos, Federico y Víctor, y murieron además, entre otros, otros tres oficiales, víctimas de su deber: Francisco Arias, José Hidalgo y Gregorio Vega. Al cabo el principio de la legalidad triunfó, en medio de la general admiración, pues la opinión pública no estaba preparada para un movimiento revolucionario que, estallando de súbito, sorprendía á todos. No obstante, nadie ha dejado de ver la mano oculta que lo sugería, en los momentos en que los periódicos de Costa Rica sostenían con empeño una viva polémica sobre la cuestión de la venta á los Estados Unidos de la zona por donde está trazado el canal de Nicaragua, y en la que el periódico más popular de la República, *La Prensa libre*, combatía enérgicamente el proyecto contra *El Pacífico*, que se dice recibe subvención del extranjero.

*
* *

De esta influencia y de esta presión de los Estados Unidos, que en la América del Centro obstruye el movimiento de regeneración y progreso que, á pesar de las dificultades económicas casi comunes á las cinco pequeñas Repúblicas, se nota en todas ellas en el fomento de la instrucción pública y en la actividad de las empresas de interés general, que tan sólidas bases echa para una situación pacífica y próspera, no se eximen los Estados del continente del Sur, y la primera víctima es Colombia. La actitud de los Estados Unidos con esta República pone de manifiesto dos hechos que son de la mayor importancia: el primero, que á los recientes pactos de inteli-

gencia política entre Inglaterra y los Estados Unidos, no es ajena Italia, la aliada de la Gran Bretaña en el Mediterráneo; la segunda, la violencia con que los Estados Unidos procuran estrechar á Colombia, hasta ver si pueden, como desean, arrebatársela la entrada y salida y la zona entera por donde ha de atravesar el canal de Panamá. Desde la redacción del artículo 5.º del laudo de Cleveland sobre la cuestión Cerruti, esta parcialidad de los Estados Unidos en favor de Italia, conculcando los principios sobre el interés privilegiado, exclusivo de América, que en Washington se decantaba como vínculo para el protectorado que los Estados Unidos se han querido arrogar sobre todo el Nuevo Mundo, esta base de inteligencia ha debido traslucirse de las relaciones de Italia, la aliada de Inglaterra en el Mediterráneo, con los Estados Unidos, aliados de la Gran Bretaña en el Atlántico y en el extremo Oriente.

El pensamiento sobre la expansión colonial de los Estados Unidos, que es inevitable consecuencia de su política comercial desde el momento que el exceso de producción y las necesidades de la industria creciente han obligado á los Gobiernos de Washington á calcular la dilatación de su influencia sobre la geografía entera del planeta, no debe atribuirse al actual Presidente Mac-Kinley, á quien sólo ha tocado la fortuna de ponerlo en práctica ejecución, cuando ya todos sus problemas estaban bien estudiados y entendidos. Dado el primer golpe con éxito sobre España, á quien ha excluído á la vez de América y del Asia, el pensamiento de expansión dilata el círculo de sus ambiciones, sin exceptuar ninguna división geográfica de la Tierra. No pueden los Estados Unidos conceptuar cerrado para ellos un mar como el Mediterráneo, en cuyo último extremo se abre el canal de Suez. Necesitan, por lo tanto, en el Mediterráneo, primero amigos y aliados, tal vez después puntos propios de escala para su navegación y de depósito para sus carbones, cuya necesidad deben tener siempre presentes los hombres de Estado, que, como los de

España, gobiernan países con islas, puertos y posesiones á la entrada y á la salida de ese mar, hasta ahora el más importante para el comercio y la civilización del mundo. La inteligencia maduramente pactada entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña incorpora á la esfera de sus relaciones políticas internacionales los países que giran en las de las alianzas con Inglaterra, y los Estados Unidos que bajo este respecto, cuentan virtualmente en nuestra propia Península con un aliado tácito en Portugal; cuentan también en el centro del Mediterráneo con otro aliado más descubierta, aunque no del todo todavía, en Italia. Al interés ulterior en estas alianzas, que podrán ser más ó menos pronto, más efectivas de lo que ahora lo son, es al que desde la Presidencia de Mr. Cleveland, y con motivo del laudo sobre la cuestión Cerruti, se ha sacrificado en Washington algo del principio exclusivo americano que los Estados Unidos sostienen y mucho de lo que vienen perjudicando desde hace tiempo los intereses más sagrados de Colombia, país que lucha sin tregua por levantarse á la noble jerarquía de los progresos contemporáneos y al que contienen en tan alta aspiración las dificultades interiores de su economía y de su política.

No se habían aún dado al olvido los sucesos á que dió lugar la presencia de los buques del almirante Candiani en las aguas de Cartagena, apenas hace un año, las expansiones tumultuosas de la contrariedad á que dieron margen y las actitudes de protesta de que fue inaudito resultado la suspensión de relaciones entre Colombia é Italia; mas parecían terminados estos conflictos por los últimos temperamentos de avenencia á que el Gobierno de Bogotá se rindió al cabo ante la mediación amistosa de los representantes extranjeros acreditados cerca de aquel Gobierno, cuando vemos de nuevo y con dolor los augurios de nuevos conflictos, desde el momento en que por el Gobierno de Roma se han vuelto á transmitir órdenes al Almirante Candiani, que ha ido entreteniendo cautelosamente el tiempo en demandar y provocar actos expansivos de amis-

tad, irritantes para Colombia, en los puertos de Venezuela, del Brasil, de las dos capitales del Plata, y de las dos oficiales de Chile y del Perú, en el Pacífico, hasta recibir las órdenes recientes, que cualesquiera que sean los paliativos con que se aminore su gravedad, en substancia no equivalen sino á nuevas conminaciones.

El último arreglo de esta cuestión se había confiado á una comisión encargada de fijar las deudas de la casa E. Cerruti y compañía, compuesta de los Ministros de Alemania, Inglaterra y Francia, acreditados en Bogotá; pero en Febrero pasado, habiéndose separado de esta comisión el señor Leo S. Kopp, y no siendo posible reemplazar dicha vacante, el Ministro de Relaciones Exteriores, Cuervo Marqués, de acuerdo con los representantes de la Gran Bretaña y Francia, determinó avocar directamente el conocimiento del asunto, á fin de ponerle término definitivo. La liquidación de algunos de los créditos contra la casa referida se había ya presentado, como la de Kirsing et Möllmann, casa alemana, por valor original de 24.956 pesos fuertes, los de las casas inglesas de Midgley é hijos, Bohwem y compañía, Hehn y compañía, por 5.514, y la italiana de Giuseppe Quilici, por 40.225; pero aún no se tenía contestación de las demás, y el Gobierno colombiano entendía salvada su responsabilidad por tener en diversos Bancos de Europa fondos suficientes para cubrir todos estos créditos, y por haber expedido letras en favor de varios acreedores que han aceptado el pago del saldo líquido á su favor en 1885 con un 20 por 100 más sobre los saldos referidos. Finalmente, en Bogotá se habían recibido seguridades de que el Gobierno del Quirinal, por su parte, había reconocido la justicia y lealtad del colombiano, y desistido, por lo tanto, de adoptar más procedimientos hostiles. Tal era la situación de las cosas, cuando ha venido á sorprendernos el nuevo telegrama de las *Agencias*, del 14 de Abril.

De cualquier modo, en Bogotá se sostenía que en estas actitudes Italia no procede sino en inteligencia con sus aliados

de una y otra margen del Atlántico, y en la de los Estados Unidos se observa la mano con que se ejerce sobre Colombia una presión, cuyo objetivo va de rechazo á los propósitos que aún en Washington se abrigan acerca del canal, si, como se espera, se llega á una inteligencia entre el Gobierno y la comisión del Senado americano á quien Mac Kinley ha conferido el 3 de Abril el estudio definitivo de los canales interoceánicos y la nueva Compañía del de Panamá, que aunque domiciliada en París, tenía sus representantes y negociadores cerca de la Casa Blanca desde que en Diciembre pasado se puso sobre el tapete la cuestión del de Nicaragua.

En realidad, los apremios de Italia ponen en situación difícil al Gobierno colombiano, por dos razones evidentes: la una porque el estado económico por que la República atraviesa es tan crítico, que se hallan por cubrir necesidades de las más perentorias en los servicios públicos, y el Ministro del Tesoro, hace poco más de un mes, recibió un telegrama de Bucaramanga, en el que los empleados judiciales *«hambrientos, asediados de acredores, arrojados de las casas en que habitan, reclamaban el pago de sus sueldos, atrasados en doce y más meses, anunciando se verían en la necesidad de abandonar sus oficinas, teniendo la seguridad de que no habría quienes se encargasen de ellas.»* Aun conocida esta situación, en realidad penosa, las reclamaciones pecuniarias por parte del Gobierno yankee no cesan, y ya está creando nuevos conflictos la de la empresa del periódico *The Star and Herald*, de Panamá, que en 1885 fue suspendido por el gobernador de aquel Estado, á consecuencia de la campaña que había emprendido *en favor de la desmembración del territorio nacional.*

*
*
*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENCION

No es menester recargar el cuadro de tales pinceladas, aunque bien se pudiera. Realmente, en política, no se respeta sino lo que se teme, y España con sus hijas de América nunca

siguió tales procedimientos. Pero esta misma disposición generosa es la que hoy, aunque vencida, la presenta ante el teatro de aquellos Estados desmembrados de su tronco, como nudo del vínculo moral que debe unirlos, y del que, sin notarlo ellos, ha sido hasta aquí escudo que ha defendido la fuerza de unidad de donde únicamente debe emanar la seguridad de su independencia y la integridad de su soberanía. En la balanza de los intereses americanos, la presencia de España en aquel hemisferio comienza á echarse de menos; pero si de allí faltó y faltará, ya para siempre, en la presencia corporal y material de su poder político, no debe faltar de allí un momento la presencia de su espíritu, que opone un robusto valladar de raza á la invasión todavía sagaz, mas que se dispone á convertirse en irrupción violenta, de la raza émula y aventajada que se asienta en la parte septentrional de aquel continente.

Dígase lo que se quiera, á este movimiento de unión y de confederación hispanoamericanas es á lo que se inclinan todas las tendencias, y aun más que las tendencias puramente ideológicas, la sustancialidad de los actos. Pero al confluir los espíritus ilustrados, los espíritus inteligentes, los espíritus directivos y los espíritus de acción á este enunciado, ¿se formula ningún hecho nuevo? Los tratados de unión y de federación hispanoamericanas son tan antiguos como la propia independencia y gestación de aquellas jóvenes Repúblicas. Los tratados de unión y de confederación hispanoamericanas encarnan desde su origen en el pensamiento y en la aspiración de Bolívar. Este pensamiento y esta aspiración engendró la idea del Congreso de Panamá de 1822 á 1826, y para promover esta unión y esta confederación se celebraron el tratado del Perú, representado por el argentino Monteagudo, Ministro del protector San Martín, el 6 de Julio de 1822, el tratado de Chile de 21 de Octubre del mismo año, el tratado de Méjico de 3 de Octubre de 1823, y el tratado de Centro América de 15 de Marzo de 1825. Todos estos tratados establecían la unión, la liga y la confederación de las partes contratantes: unión,

liga y confederación, que tenían por fin supremo robustecer las fuerzas de todos estos Estados recíprocamente entre sí contra la resistencia de España, que con los títulos de su secular soberanía oponíase á la disgregación de sus inmensas provincias coloniales del Nuevo Mundo. Aquellos tratados que Bolívar hizo suscribir con Venezuela, Nueva Granada y el Ecuador, que constituían entonces la federación de Colombia, al Perú y á Chile, á Méjico y á Centro América, en donde Guatemala, Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica tampoco constituían entonces más que un solo Estado federativo, tuvo un nombre que le erigía, no en pacto de un interés ocasional y pasajero, sino en pacto de interés permanente, y por eso se llamó *unión, liga y confederación perpetua*. Estos tratados se renovaron con el propio carácter político é internacional para el Congreso de Lima de 1847 y 1848, entrando en él el Perú, Bolivia, Chile, Nueva Granada y el Ecuador; tercera vez tomó cuerpo en 1856, bajo el título de *tratado de unión continental*, cuando, después de la ocupación de Texas y de Nuevo Méjico y la California por los Estados Unidos, las invasiones filibusteras de Walker en Centro América, organizadas en la gran República anglosajona del Norte, renovaron las alarmas de las Repúblicas hispanoamericanas, y finalmente, á invitación del Perú y con el nombre de *tratado de unión y alianza* y el de *tratado de la conservación de la paz*, fue renovado en 1864 y 1865, después de la reincorporación de la República de Santo Domingo á España en 1861, de los proyectos de anexión que en el Ecuador se alimentaron por algunos de unirse otra vez á la metrópoli colonizadora, de la descabellada expedición y guerra de Méjico, y de la ocupación de las islas Chinchas por nuestras naves. Es decir, en esta unión, en esta liga, en esta confederación se ha pensado siempre en la América que fue española; hacia ella se ha tendido y en ella se han fundado repetidos pactos internacionales de derecho y acción, siempre que un motivo cualquiera ha puesto en litigio la independencia, la integridad y la soberanía de cualquiera de los Estados

que se formaron de las desmembraciones coloniales de España. Si estos son los antecedentes de la historia, ¿qué mucho que vuelva á tenderse la mirada hacia estos pactos en momentos como los actuales, en que, ya moralmente, pronto materialmente, pues las amenazas se ciernen sobre la cabeza de todos los pueblos iberoamericanos, todas esas personalidades políticas y jurídicas independientes que se extienden desde las fronteras de Méjico hasta la Tierra del Fuego se sienten atropelladas y temen por su seguridad? ¿Qué mucho que se haya dado el sentido de estas tendencias á las recientes conferencias presidenciales de Punta Arenas? ¿Qué mucho que se restaure un pronunciado movimiento de simpatía hacia la madre España, que mientras ha mantenido enhiesto en el Morro de la Habana su pabellón de oro y púrpura, ha sido el guardián generoso de la vida, de la independencia y de la seguridad de de todos esos pueblos, formados de su genio y de su sangre?

Con el título de *La unión hace la fuerza*, ha escrito *El Chileno* un hermoso artículo sobre las nuevas corrientes de Sud-América, en que con caluroso entusiasmo ha comentado y se ha adherido á otro artículo no menos expresivo de *La Voz de España*, de Montevideo, sobre el mismo generoso tema. En Colombia ha recogido uno y otro artículo *El Correo Nacional*, y sobre el mismo tema discurren conformes *La Nación*, *El Tiempo* y *La Prensa*, de Buenos Aires, *El Mercurio*, de Valparaíso y *El Tiempo*, de Lima. Los discursos presidenciales á bordo del *O'Higgins*, en Punta Arenas, se han traducido en la corriente salvadora de esta aspiración, y como nueva confirmación de su sentido, han sido comentados los brindis pronunciados en la Argentina en los agasajos hechos por sus marinos á los marinos chilenos del *Zenteno*, y los pronunciados en Chile, en los agasajos hechos para los marinos chilenos á sus compañeros argentinos del *Sarmiento*. En uno de estos brindis se ha dicho textualmente: «*Los americanos del Norte tienen una divisa: LA AMÉRICA PARA LOS AMERICANOS. Yo propongo que entre la República Argentina y Chile se formalice un*

convenio para dar vida práctica á este otro lema, que será el de toda vuestra raza: LA AMÉRICA PARA LOS SUD-AMERICANOS.» Los festejos en que estos votos se emitían entre protestas ardientes *de unión, de liga y de confederación*, eran actos casi oficiales, y de cualquier modo los conceptos que en ellos se vertían encarnaban el espíritu de toda la América española en estos instantes, en que los Estados Unidos atropellan con medios vituperables la paz de todos los pequeños Estados de Centro-América, afligen á Colombia, intentan desorganizar al Ecuador y á Venezuela, se valen de todos los medios para provocar revoluciones anexionistas en Nicaragua, y después de la conferencia presidencial de Punta Arenas, dan á la Argentina el dulce panal del arbitraje de la Puna de Atacama y lo traen á la incorporación de la Oficina de negocios de las Repúblicas americanas establecida desde 1890 en el Ministerio de Relaciones Extranjeras en la Casa Blanca, con cautelas y astucias que no tardarán en poner á prueba la habilidad hasta ahora reconocida al ilustre general Roca, que por este acto ha anulado la gallarda actitud de los delegados argentinos, bajo la inspiración del Ministro Dr. Zevallos, en la Conferencia panamericana de Washington de 1889.

*
* *

A la vez que la opinión estalla por todas partes, por todos sus órganos y por todos los actos en que toma parte en el sentido que dejamos bosquejado, otro movimiento instintivo de reacción favorable para España se pronuncia por todo el ámbito de la América que fue española, y que penetra hasta Cuba, que acaba de separarse de nuestra subordinación para templarse al yugo que de Washington se le impone. La expresión de este movimiento se simboliza por el afán de crear el vínculo de la aproximación comercial entre aquellos países y la Península, estimulando al establecimiento de líneas propias de navegación, á la formación de Museos y Exposiciones

permanentes de los productos naturales de nuestro suelo ó elaborados por nuestra industria, allá, y la de otros institutos análogos acá, el concierto de nuevos tratados internacionales entre aquellos Gobiernos y el de España, la inteligencia directa con comerciantes y hombres de negocios robusteciendo la inteligencia directa entre los Gobiernos para ir por recíprocas concesiones destruyendo trabas y allanando dificultades, entrar valientemente en la lucha de la competencia que, solapadamente, nos hacen en aquellos mercados Italia, Francia y aun Alemania; fundar, aceptando las ideas emitidas recientemente en el folleto del Coronel Madueño, Ministro de la Guerra que ha sido en el Perú, un gran diario hispanoamericano intercontinental, ya se titule, como él quiere, *El Universo Español*, ya, como él también propone, *El Mundo Hispanoamericano*, exclusivamente consagrado á hacer conocer recíprocamente las fuerzas productivas, económicas, industriales y comerciales de España y de aquellos países con quienes se han de estrechar las relaciones; fundar líneas de navegación que, dilatándose hasta San Francisco de California, hagan escalas mensuales en Mazatlan y en Acapulco, en Méjico, en Guayaquil, en el Ecuador, en el Callao, en el Perú, en Valparaíso y en Punta Arenas, en Chile, en Montevideo, en el Uruguay, en Santos, en el Brasil; buscar otras líneas todavía no explotadas como la hispanoperuana, que podría establecerse para la navegación y negocios del Amazonas, donde á cambio de los productos de nuestro suelo, que allí no se cultivan, de los productos de nuestras fábricas de Barcelona, Sabadell, Tarrasa, Palma de Mallorca, Valencia, Requena, Toledo, Eibar, Vitoria, Bilbao, Langreo, Logroño, León, Béjar, Sevilla y Málaga, en que se contienen tantos elementos de riqueza fabril, podríamos ser exportadores á todos los mercados de Europa de los cafés de Loreto, que compiten con el del Brasil y Puerto Rico; de los tabacos de Jeberos y Tarapoto, los que más se acercan á los de las vegas de Cuba, que hemos perdido; de la coca y la quina, del cacao, la vainilla, el marfil

vegetal, las drogas, los lanajes y los demás elementos primarios de la industria, que enriquecerían á la vez aquellas comarcas todavía poco conocidas, y los depósitos de que sería el intermedio nuestra Península. Solamente en esa región inexplorada para la explotación del comercio, el Sr. Madueño ofrece á la industria naviera de España y á sus compañías de navegación á vapor un mercado *redondo* de 1.600 leguas á dos márgenes, invitándola á desenvolverse en campo libre y en condiciones muy superiores su adormecido y acurrucado espíritu comercial.

Aunque el país que, habiendo sido poseedor durante cuatro siglos del inmenso archipiélago de las Filipinas, el más espléndido jardín de Oriente, no ha sabido explotar para sí los opulentos gérmenes de riquezas que contiene, dejándolas abandonadas á la explotación de los extranjeros, que al cabo se han alzado con su soberanía, es difícil que de repente despierte á las tentativas audaces de estos negocios viriles, en toda América se cree que la presencia de la navegación española en todos los puertos de sus vastos litorales, con el acreditado servicio que da universal prestigio á empresas como la de nuestra Trasatlántica y á otras casas navieras de Barcelona, de Sevilla, de Santander, aun en igualdad de tarifas y precios de transportes, fletes y pasajes, sin más que prolongar en Europa sus líneas que no acaben en Cádiz, la Coruña, Santander y Barcelona, sino que se dilaten á los primeros puertos de Francia por uno y otro mar, y por las del Atlántico hasta los de Bélgica é Inglaterra, sería en breve decididamente preferida á la de los demás países en toda la América de nuestra lengua, que estimula y aplaude la avasalladora y pujante reaparición de España en el inmenso mundo iberoamericano como potencia industrial, naval y mercantil, por cuyo vínculo su preponderancia moral sobre aquellos países volvería á restablecerse, constituyendo muy en breve el nudo de unidad que sea escudo á la integridad é independencia de la raza en aquel hemisferio, palanca que impulse á grandes progresos y pros-

peridades el espacio de 25 millones de kilómetros cuadrados que ya ocupa sobre la superficie del planeta, y cuyo ambiente vital pueden respirar cómodamente en las evoluciones del tiempo 300 millones de hombres en vez de los 70 millones que hoy se hallan en él distribuídos, unos en la sangre, unos en la religión, unos en el genio y unos en la historia.

*
* *

Ningún otro país presiente el engrandecimiento de que es capaz esta raza, como el de los anglosajones que pueblan el continente del Norte, y que tratan de ahogar estas nuevas iniciativas, ya disponiéndose á hacer desde luego, con los poderosos medios de que disponen, la más acérrima competencia, ya aguzando la manera cómo incorporar, ya que no inmediatamente á su soberanía, á la esfera ominosa de su influjo, todos los pueblos constituídos de la raza rival, ya tratando de adormecer á España apresurando el restablecimiento de sus relaciones diplomáticas con el país á quien acaba de sustraer criminalmente el patrimonio entero de su fortuna colonial, formada con los sacrificios, el trabajo, la perseverancia y el alto espíritu civilizador de cuatro siglos.

Del mismo modo que el Congreso Panamericano de mister Blaine, en 1889, no tuvo más objeto que el de hacer reconocer á toda la América de origen ibérico la imperiosa hegemonía, casi soberana, de los Estados Unidos sobre todo aquel continente, y no habiéndolo conseguido porque al cabo en él se frustró el proyecto del *zollverein*, que encarnaba la idea madre de aquel acto, quedó por secuela de él la *Oficina de Negocios de las Repúblicas Americanas*, especie de *pacto de familia* que equivale al reconocimiento del yugo imperioso de esa hegemonía, casi soberana; la *Exposición ó Museo comercial y económico de Filadelfia*, que va á establecerse en el mes próximo de Octubre en la capital del Estado de Pensilvania, equivale á la absorción por los Estados Unidos de toda la vida

comercial y económica de esas pobres Repúblicas, de sangre española, que se dejan conducir como una manada de corderos por el lobo del Norte, que se viste la pellica del pastor. Esta Exposición Comercial de Filadelfia no es sino un paso más en la realización del pensamiento absorbente que presidió el Congreso de 1889. Esta Exposición no es sino el sentido íntimo del lema imperial de: *La América para los americanos*, al que los marinos chilenos y argentinos, del *Zenteno* y del *Sarmiento*, han opuesto en las aguas de Buenos Aires y de Valparaíso el lema de independencia viril de: *La América latina, para los americanos del Sur*.

El Museo comercial y económico de Filadelfia no es una institución creada por la originalidad del pensamiento *yankee*; no es más que una simple imitación, un mero plagio de los Museos comerciales ya estatuidos de más antiguo en Europa, un Museo como el de los que ha sido hasta aquí modelo el de Bruselas, un Museo, en fin, que no tiene más distintivo propio que el carácter fatuo de grandiosidad que aspira á tener toda empresa americana, el teatro de relumbrón, y el pensamiento sagaz y escondido que lo convierte en una emboscada para el resto de la América, que aspira á incorporarse, cerrándola absolutamente para toda otra relación exterior de progreso y de cultura. Tuvo por base las colecciones de productos que figuraron en la Exposición Universal de 1876, pedidas con la indelicadeza yankee á los países expositores. Se aumentó por los mismos procedimientos con las de la Exposición de Atlanta y los objetos pedidos graciosamente en Berlín, en Bruselas, en Madrid y en otras capitales de Europa, y con la cooperación dadivosa de los Gobiernos extranjeros, á quienes la cortesía internacional impone la condescendencia para estos mendicantes postulados; llegó á adquirir un desarrollo tan extraordinario, que en 1894 poseía ya 17.000 muestras de sus colecciones monográficas, que en la actualidad ascienden á 25.000. España, siempre incauta y siempre pródiga, contribuyó al conjunto de esas colecciones con 390 muestras,

originarias de la Península, 20 de Canarias, 33 de las Filipinas, 10 del Golfo de Guinea y 30 de las Antillas, aventajándonos sólo en prodigalidad la República Argentina, el Brasil, Venezuela, el Paraguay y el Japón. ¿Cuál ha sido la utilidad de esos generosos desprendimientos? Obtener la industria americana una noticia recabada de las procedencias y de las condiciones económicas de cada uno de los productos primarios que ella necesita para su desenvolvimiento, y conocer la de los productos y manufacturas que Europa exportaba á los mercados de América para ofrecérselos más baratos y hacer á Europa tributaria á los Estados Unidos de las mismas armas que éstos habían de emplear para hacerles la competencia hasta cerrarle aquellos mercados; extender el espíritu de sus asfixiantes monopolios por todo el ámbito de la América latina, envolverla en la red de sus proyectados Bancos y ahogarla bajo el peso de una exclusiva producción. Como del Congreso panamericano de 1889 emanó en 1890 la *Oficina de Negocios de las Repúblicas americanas* del ministerio de Relaciones Exteriores de Washington, cuyas operaciones tienden á la anulación absoluta de la libre vida política internacional de los Estados iberoamericanos, el Museo Comercial y Económico de Filadelfia, cuya Exposición va á celebrarse en el próximo Octubre, tiene también, como complemento, su *Oficina de información*, cuyas operaciones, que conducen á la absorción de toda la vida económica y comercial de las Repúblicas americanas, será en substancia la anulación absoluta de la libre vida económica y mercantil de los Estados iberoamericanos, absorbidos más y más cada día por la atracción magnética de la inmensa boa del Norte, que se obstina en cubrirle todos los caminos de la existencia nacional é independiente.

Tal es la obra con que se teje el laberinto cerrado de esta acérrima competencia.

*
* *

Sobre la esfera de influencia política que tiende á la incorporación integral en todo el doble continente á la hegemonía casi soberana del del Norte y al predominio de raza, nos basta por hoy con las reflexiones expuestas. Pero algo hemos de decir acerca del adormecimiento imaginado respecto á España.

No tenemos que formular la menor censura sobre el acto de severa circunspección que en España ha realizado el Gobierno del Sr. Silvela en el restablecimiento de las relaciones diplomáticas y consulares con los Estados Unidos. Tenemos demasiados intereses de relación moral y mercantil en los territorios de que en América y Asia los Estados Unidos acaban de despojarnos, para que no deje de considerarse el decreto de 15 de Abril como una necesidad imperiosa de Gobierno, impuesta por la alta vigilancia de nuestros intereses morales y materiales en Cuba, Puerto Rico y las islas Filipinas, que al Gobierno español corresponde. Pero estas relaciones, que serán tan corteses y tan cordiales como el deber internacional reclama entre los dos Gobiernos, no pueden estar dotadas de la amigable intimidad de pueblos que se consideran con igual respeto y simpatía. Los que hayan creído que los Estados Unidos impunemente han podido arrebatarnos Cuba, Puerto Rico y todo el imperio de las Filipinas por artes de una doblez, de una deslealtad criminal que no lava la suerte de las armas, y que después de esto aquí no ha pasado nada y que podemos ser tan amigos como antes, se engañan. Pero se engañarían aún más los que, so capa de amistad, volvieran al suelo hidalgo, que los admite en su seno, á ensayar nuevas tentativas de dolo y de doblez. Una confianza, que no hay para qué calificar, en la lealtad y honradez de nuestros procedimientos políticos internacionales, ha sido la causa principal de la suerte última de los negocios planteados desde el primer momento de las insurrecciones coloniales que han terminado con la guerra desastrosa con los Estados Unidos. Sin esta confianza, que deliberadamente no queremos calificar, los gobernantes de España, de haber dado oportunamente oídos á los avisos anticipados

que los publicistas americanos y los órganos de combate de la opinión de aquel país han estado dando sin cesar desde que se suscribió en 1878 el tratado de Zanjón, hubieran dispuesto de otra manera las cosas, á fin de que las astucias púnicas de los americanos del Norte no hubieran ejercido en la gran Antilla el influjo que fue el germen de aquellas insurrecciones, ni su disposición á provocar una guerra inesperada, espiando desde la esquina de la emboscada el momento de la mayor declinación de nuestras fuerzas defensivas y del mayor agotamiento de nuestros recursos, no le hubiera valido la fácil victoria conseguida y los imponderables beneficios arrancados por la fuerza á un triunfo que la historia calificará, respecto á los Estados Unidos, de deshonor y de vergüenza.

Mas si esa confianza que nos ha mantenido desarmados enfrente de las ambiciones del coloso del Norte en América, que teníamos el deber de creer, contenida por una gran copia de honestas consideraciones, ha sido la causa de la ruina de casi todo el imperio de nuestro poder colonial; esa confianza no puede volver á ser atributo de nuestros Gobiernos respecto á los de los Estados Unidos y á sus agentes diplomáticos en lo sucesivo, puesto que ella ha tenido por base el dolo y la doblez.

Del restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre los Gabinetes de Madrid y Washington apenas se verificasen los canjes del llamado tratado de paz, habían hablado demasiado temprano y demasiado imprudentemente, como acostumbra, los periódicos norteamericanos y las agencias telegráficas que comunican sus noticias por el resto de aquel doble continente. Por estos conductos sabíamos, hace más de dos meses, quién había de ser el honorable diplomático que mister Mac Kinley se proponía enviarnos, y quién el que por parte de España habría de ir cerca de la Casa Blanca. No ha habido el menor error en las designaciones que los telegramas partidos de Washington y de Nueva York han andado peregrinas durante los dos últimos meses por las columnas de los periód-

dicos de Méjico, del Centro y del Sur. Pero en esos mismos telegramas y en esos mismos periódicos hemos visto asociada, y aun comentada, una noticia á la de la designación de diplomáticos, sobre la que el patriotismo nos impone dar la voz de alarma al Gobierno del Sr. Silvela y á todos los gobernantes y hombres de Estado españoles que al Sr. Silvela sucedan en la dirección general de la política española, y sobre todo en la dirección ulterior de la política internacional de España con relación á los Estados Unidos. Los periódicos que se escriben en castellano en todas las tres Américas, del Norte, Central y Meridional, han publicado telegramas de Washington en que, sin disimulo alguno, se dice que el nuevo diplomático que se acredita en la corte de Madrid, Mr. Bellamy Storer, trae la misión determinada de proponer y negociar con España la cesión de las islas Canarias á los Estados Unidos, y un periódico de Colombia, *El Correo Nacional*, que se publica en Bogotá, en su artículo de fondo del número correspondiente al 9 de Marzo último, titulado *El Centro del Comercio*, admitiendo ya esta idea en calidad de cosa juzgada, al tratar de las nuevas expansiones coloniales de los Estados Unidos y del carácter que los últimos sucesos de la guerra con España imprime á las auroras del siglo que se acerca, escribe estos párrafos:

«También la paz firmada en París el 10 de Diciembre último dará razón aparente á quienes creen que todo final de siglo es marcado por algún acontecimiento de esos que sacuden el mundo hasta sus cimientos y abren nuevos horizontes á la marcha de la humanidad, ya para levantarla en su carrera, ya para sumirla en una época de dolores y miserias, según sea Minerva ó Marte á quien toque presidir la nueva jornada de los tiempos. ¿Más no caemos víctimas de pueril alucinación? ¿Acaso la victoria casi incruenta de un grande Estado sobre otro menor y lejano, reviste consecuencias tan graves?....

»No; no se trata de simples sumas, que si á eso se redujera el punto, el mundo no tendría que preocuparse de lo sucedido, y durante muchos años todavía el cetro del comercio lo veríamos en manos de la Gran Bretaña. Se trata de verdaderas multiplicaciones, y aun de algo más, lo cual modifica sustancialmente el resultado de la guerra. En efecto, de la no-

che á la mañana los Estados Unidos, potencia *apenas* de primer orden, se convierte en pleno siglo XIX en gran potencia colonial, con el anhelo repentinamente desarrollado *de vencer en este campo con la vertiginosa rapidez con que lo han logrado en otros*. Se trata del planteamiento de un problema, cuya solución parecía un imposible: convertir una República democrática en colonizadora á un tiempo en lugares opuestos del globo, y enamorada de las glorias militares. El centro del equilibrio del planeta, que ayer parecía encontrarse en una tierra oriental, por decirlo así, en Rusia, transportarlo de un golpe al Occidente, rumbo que sin cesar ha seguido la fortuna al otorgar á un pueblo por más ó menos tiempo el primer lugar en el globo, Persia, Grecia, Roma, los Imperios carolingio, napoleónico, británico. Hoy Cuba con Puerto Rico y Filipinas; *mañana las Canarias, que ya se vienen y se negocian*, y las islas de la Sonda, de las que no se apartan las miradas, son los pilares del puente con que la gran República quiere ceñir la tierra por el Ecuador».

Estas mismas ideas se vierten en publicaciones oficiales, y ya en el *Sumario mensual de Comercio y Hacienda de los Estados Unidos*, que publica el departamento del Tesoro público de Washington, al hacer un estudio sobre los sistemas coloniales del mundo, atestado de los datos estadísticos en que los americanos suelen ser tan prolijos y al notar que los Estados Unidos, con sus recientes conquistas hechas contra España, sólo cuenta cuatro colonias con 108.257 millas cuadradas de área y 10.177.000 habitantes, cuando Inglaterra posee cuarenta colonias, 11.250.412 millas de superficie y 344.059.122 habitantes; Francia trece colonias, 3.617.327 millas y 52.642.930 habitantes; Alemania ocho colonias, 1.620.070 millas y 10.600.000 habitantes, etc., y que las rentas coloniales de Inglaterra ascienden á 151.000.000 de libras esterlinas, añade interesantes anotaciones sobre las esferas de ampliación susceptibles de alcanzar en poco tiempo por los Estados Unidos, en cuyos proyectos ni quedan excluidas las islas Canarias en el Atlántico, ni aun las Baleares y otras posesiones litorales de España en el Mediterráneo, mar que se impone á las expansiones comerciales de los Estados Unidos y á la libertad de cruzar por el canal de Suez, y cuyas necesidades no se garantizan ni con la alianza tácita de Italia, ni con la amistad

romántica de Francia, ni con la aproximación diplomática con Turquía y Rusia, pues la navegación yankee necesita en él depósitos de carbón, puertos de escala y baluartes de defensa.

Indudablemente á los políticos de Europa, que tan pigmeos quedaron en la previsión de los sucesos ante el conflicto yankee-hispano, sólo se les ocurrirá al conocer estas ideas: —*¡Estaría bien que América viniese á colonizar á Europa!*— Pero nosotros nos reservamos nuestros juicios sobre estas previsiones, que parecen tan hiperbólicas, y nos reducimos á consignar aquí solemnemente nuestra voz de alerta á los Gobiernos de España, por si el porvenir exige de nosotros demostraciones públicas de nuestro triste acierto, ya que desventuradamente, y por no haberlas dado á la notoriedad de la imprenta, hoy no podemos certificar con documentos otros gritos de previsión dados en 1878 á la raíz del pacto de Zanjón, y que de haber sido escuchados tal vez no sufriéramos el sonrojo de nuestras recientes derrotas.

*
* *

La extensión que hemos dado á estos asuntos, nos obligan á dejar en cartera la relación de los últimos hechos políticos realizados en los demás países americanos, objeto de nuestra atención. Pero estos hechos, que sólo son una parte de la historia viva, de que somos agentes y testigos, no envejecen porque se reserven para otra revista.

IOB.

CRÓNICA LITERARIA

Novelas: DE OÑATE Á LA GRANJA.—LUCHANA. (Episodios Nacionales), por B. Pérez Galdós.—MISIA JEROMITA, por Carlos M. Ocantos.—Sobre el «idioma» argentino.

Desde que en estas crónicas se habló del *Mendizábal* del señor Galdós, hanse publicado dos nuevos *Episodios nacionales* del celebrado novelista, cuya metódica laboriosidad es un asombro, aquí donde todo se deja para mañana y donde el *nulla dies sine linea* parecería á la mayor parte de los escritores servidumbre comparable á la de la gleba.

Son, á mi juicio, esos dos volúmenes—*De Oñate á la Granja* y *Luchana*—superiores á los dos que les precedieron y comparables á los de las primeras series. Celebro, en verdad, que esto me proporcione ocasión de aplaudir sin reservas al autor de *Fortunata y Jacinta*, y lo celebro, no sólo por ser yo gran admirador de su talento de novelista, no superado en este siglo en España é igualado por muy pocos en Europa, sino porque los fanáticos de Galdós (todo gran escritor los tiene) llevan á mal que se saquen defectos á sus obras, y aun suelen atribuirlo á ligereza ó pedantería de los críticos.

Esto, con ser injusto, algo tiene de disculpable, ó á mí me lo parece. Diré por qué. Aquí donde tan poco se lee, no me-

diando los estímulos del escándalo ó el ruido, ha solido á veces buscarse la notoriedad literaria *metiéndose* con los grandes escritores, arremetiendo con furor iconoclasta contra los que están en lo alto, como si al subir el dardo á la altura hubiese de elevar también al arquero que lo dispara. Tan mal camino es ese como el de la servil adulación, que si no empina de un golpe, va aupando poco á poco á los que con perseverancia y tacto la cultivan. Ni uno ni otro me atraen. La verdad se debe á todos, grandes y pequeños; pero más grato es decirla cuando es halagüeña que cuando agria y desabrida.

No es necesario advertir que, al hablar de verdad, lo hago en sentido relativo. La verdad *verdadera*, ¿quién puede vanagloriarse de poseerla? Lo que á cada cual puede exigirse es su *verdad subjetiva*, lo que él entiende y siente ser verdadero. Y no es poco pedir fruta tan rara. Vivimos con la mentira al cuello en lo político, en lo económico, en lo literario, en lo moral, en todo. A duras penas se concede que pueda ser siquiera la verdad uno de tantos móviles de los hechos ó los dichos. El aplauso ó la censura, el *bombo* ó el *palo*, en los términos muy expresivos, aunque un poco pedestres, de la jerga periodística (una de tantas jergas profesionales), se atribuyen casi siempre á motivos independientes de la convicción.

Mi verdad respecto de los dos libros citados es que valen bastante más que *Zumalacárregui* y *Mendizábal*, y que en aquéllos volvemos á hallar al Galdós de los primeros *Episodios*. Muy cierto es, como ha dicho un crítico ilustre, que obras de esta clase, que forman parte de una serie, no pueden ser bien juzgadas aisladamente. Pero mientras no acaba de publicarse la colección completa, sólo puede formarse juicio particular de cada volumen ó general de los ya conocidos. Es obvio, además, que aunque guarden entre sí estas novelas cierta trabazón y dependencia, no deben ser comparadas á los capítulos de un libro ni á los tomos de una obra en varios volúmenes. Cada una de ellas es, si no una obra del todo independiente, una obra particular con su asunto y desarrollo propios. Así

son los primeros *Episodios*, y así es, entre los últimos, *Luchana*.

De los dos que son asunto de estos renglones, acaso lleva ventaja *De Oñate á la Granja* en el interés novelesco y en la magistral pintura de algunos episodios. La incertidumbre sobre si la incógnita protectora de Calpena será ó no será..... lo que dice el maldiciente capellán Ibrain, graciosa figura á lo Goya, la disputa entre él y el buen D. Pedro Hillo, el cuadro de la corte de D. Carlos en Oñate, del cual se destaca, por lo bien dibujada, la figura del Infante D. Sebastián, y sobre todo aquel trágico viaje de D. Alonso Castro Amezaga y sus hijas, fugitivos, con Calpena, y la página de la convalecencia de éste en La Guardia, página admirable de poesía campestre, horaciana, impregnada de la satisfacción del vivir entre los dones de la naturaleza y el suave bienestar de una riqueza sin cuidados (la verdadera *aurea mediocritas*), son de lo mejor de Galdós.

En cambio, *Luchana* vence en la acertada proporción de sus partes, en el perfecto equilibrio entre lo novelesco y lo histórico. Es, apelando á una metáfora, modelo de arquitectura novelesca. También, entre sus diferentes escenas, consideradas en particular, hay algunas de primer orden. Muy bien evocada está la de los sargentos en la Granja; las del sitio de Bilbao tienen vigorosa entonación y verdadera vida, pero, sobre todas, el épico episodio de Luchana es una verdadera reconstrucción artística de un hecho histórico. Galdós ha conseguido allí resucitar la figura del Espartero de los buenos tiempos, de aquel que fue popularísimo, ídolo de la nación, árbitro de la España liberal. También ha estado muy feliz el novelista en la pintura de algunos personajes nuevos, como Zoilo, varonil encarnación del viejo «querer es poder», que ahora nos resulta ser un descubrimiento del final del siglo, en las novísimas filosofías sobre el primado de la voluntad, que suelen encubrir una apologética, ya solapada ó ya franca, del egoísmo. La figura del noble D. Beltrán, menos saliente y menos aparatosa que la de Zoilo, es tan acabada, tan artística,

de tan fino y aristocrático dibujo, que, siendo secundario el personaje, la atención del lector se siente desde luego atraída hacia ella por lo perfecto de su ejecución.

He citado antes, al hablar de las escenas principales que hallamos en *De Oñate á la Granja*, la dramática aventura de las señoritas de Castro Amezaga, que huyen de la que fue corte carlista, con su padre moribundo, amparadas por Calpena, y pasan por tan diversas y dolorosas peripecias, y aquel otro cuadro, tan distinto, tan lleno de placidez y de vida, de la hospitalidad que dan Demetria y Gracia en La Guardia á su protector mientras convalece de la herida que recibiera defendiéndolas. La transición de uno á otro episodio, aunque no haya sido buscada de propósito y surgiese, por ventura, natural y espontáneamente en el desenvolvimiento de la acción, es, para mi gusto, de un admirable efecto. Tras las emociones que despierta la descripción magistral del viaje de los fugitivos, el ánimo descansa y se deleita en aquella suave tranquilidad de la vida campestre, en la casa opulenta é hidalga de las huérfanas. En cuanto puede un libro imitar la emoción directa de la realidad, paréceme que esa transición semeja á la que experimentamos cuando, desasiéndonos por un momento de los cuidados y amarguras que afligen á los hombres, casi siempre por obra suya, nos entregamos á la inconsciente satisfacción del vivir en un día hermoso de sol, y á medida que nos vamos empapando en el aire tibio y en la luz esplendorosa, parece que se van también disipando, como ráfagas de humo, nuestras preocupaciones, y que nos penetra hasta lo más hondo la serena alegría del mundo, la sonrisa eterna de la Naturaleza. Así, en la novela, las impresiones trágicas del viaje se van fundiendo y disipando en el ambiente de égloga de las escenas de La Guardia.

En esta obra empieza á precisarse el argumento novelesco de la nueva serie de *Episodios nacionales*, vago é indeciso en los primeros volúmenes. No sabemos, hasta ahora, cómo se descifrará el misterio que rodea á la desconocida protectora

de Fernando Calpena. Pero, desde la aparición de Demetria se adivina que los amores de Calpena y Aura han de quedar reducidos á un chispazo romántico, y que la heredera de Castro Amezaga está llamada á ser la señora de los pensamientos de Fernando. Esta sucesión de amores recuerda, aunque lejanamente, la de aquellos otros del Salvador Monsalud, de la segunda serie, con Genara y Sola. Las situaciones son distintas; sólo parece reproducirse la trama del cañamazo de la acción novelesca, fenómeno frecuente en los autores de muchas obras, y sobre todo de obras largas, cuya trabazón exige un hilo de Ariadna que conduzca de unas á otras partes. Parece como que los antiguos argumentos dejan surco en la fantasía, é inconscientemente modelan los nuevos á su estilo.

El asunto *histórico* de *Luchana* es el sitio de Bilbao, para terminar con la batalla de aquel nombre. Como novela histórica (y eso son los *Episodios*) sobrepuja á los tres volúmenes anteriores. Es verdaderamente la representación de la historia en forma novelesca.

No se puede dar, claro está, una fórmula matemática de la proporción y manera en que han de combinarse en las producciones de este género lo real y lo imaginativo, lo que á la historia pertenece y lo que es de la jurisdicción de la novela. Mas no basta en la novela histórica (que es un género mixto) el colocar como figuras decorativas algunos personajes de aquellos cuyos nombres y acciones nos ha conservado la historia, ni poner por fondo á la fábula un cuadro de época. El ideal que debe perseguirse es la compenetración de los dos elementos que denominan el género. Ha de aspirarse á reproducir lo histórico tal como lo debieron de ver y sentir los contemporáneos, no como lo vemos y sentimos nosotros á distancia, acaso con visión más distinta y clara, pero sin duda con emociones menos vivas. El novelista crea una acción y personajes particulares para enlazar con ellos de algún modo los sucesos públicos que la historia le suministra y vestir así la verdad con los adornos de la poesía. Creo que en *Luchana*

ha conseguido este *desideratum*, ó se aproxima mucho á él el Sr. Pérez Galdós.

Aparte de su valor literario, son grandemente sugestivos por su asunto estos *Episodios* de la tercera serie. Corre tan veloz el tiempo, que los sucesos del reinado de Isabel II los vemos ya remotos, siendo, como son, antecedentes inmediatos de las cosas que tocamos y entre las cuales vivimos. Al ver tan magistralmente descrita en la última obra de Galdós la viril tenacidad de los defensores de Bilbao ó el arranque épico del Espartero de Luchana, crece esa impresión de lejanía. La debilitación progresiva del carácter nacional aumenta prodigiosamente la perspectiva de las distancias de los tiempos. Raza extinguida parécenos la de aquellos personajes que evoca el novelista. En cambio—cambio harto infeliz—la escena de los sargentos de la Granja nos ofrece rasgos que todavía subsisten, pues viene á ser como la cifra de la constante debilidad y acobardamiento del poder público ante toda sedición armada, y especialmente ante la amenaza militar. Aquella escena que tan amenamente refiere la misteriosa dama de la novela de Galdós, se ha repetido tanto de entonces acá en esta ó estotra forma, que es una escena verdaderamente simbólica, un símbolo vivo de nuestra historia política de este siglo.

*
* *

El Sr. D. Carlos M. Ocantos continúa publicando sus *Novelas argentinas*. En la última que ha aparecido, titulada *Misia Jeromita*, nos presenta un animado cuadro de costumbres de la clase media bonaerense. La acción es dramática é interesante, y lo acertado y fácil de su desarrollo en el libro, revela la seguridad del escritor que domina el género novelesco. Es, en efecto, el Sr. Ocantos uno de los mejores novelistas americanos, y uno de los buenos entre los de lengua española. Por la manera literaria y el estilo personal, aun prescindiendo de la pureza del lenguaje, muy superior á lo que por

E. M.—Mayo 1899.

América se gasta, el autor de *Misia Jeromita* debe ser considerado como novelista español, á diferencia de muchos otros escritores del Nuevo Mundo, que parecen en realidad escritores franceses, traducidos á un castellano irregular y fantástico, lo cual hace desmerecer el positivo talento de algunos de ellos. De este defecto tan extendido entre los escritores hispanoamericanos, que se anticipan demasiado á la transformación futura que experimentará acaso el castellano en aquella tierra, dando origen á dialectos ó lenguas que ahora ignoramos, está libre el Sr. Ocantos, que es de los literatos de allende el Atlántico que mejor escriben en español, sin caer por eso en amaneramientos arcaicos, ni en el prurito de casticismo, sino empleando el castellano *vivo*, actual, que se usa entre personas cultas. Su estilo recuerda el de nuestro Galdós, así en la claridad y firmeza de la composición general de sus novelas, como en la soltura con que pone en acción á los personajes y desenvuelve el curso de las escenas de la fábula. Teniendo en cuenta que Galdós es indisputablemente el primer novelista de España, y acaso el segundo de Europa, le falta todavía bastante al Sr. Ocantos para que podamos llamarle el Galdós de América. Pero está en buen camino.

También por su asunto son interesantes las novelas del señor Ocantos. Las titula *Novelas argentinas*, y nos hablan, en efecto, de la Argentina, de la sociedad y las costumbres de aquella parte de América. Esto de que los escritores americanos nos hablen de América, parece cosa tan natural que se cae de su peso, mas no es así en la práctica. La influencia literaria predominante hoy en la América latina es la francesa, y la juventud ilustrada de aquellos países suele rendir apasionado culto á los literatos contemporáneos de la nación vecina, dignos, por cierto, muchos de ellos, de admiración. La imitación desenfrenada de tales modelos, no siempre bien elegidos, hace que en ocasiones las obras bajo esa influencia escritas, sean verdaderas obras francesas vestidas con otro ropaje lingüístico. Y, naturalmente, tratándose de libros *pen-*

sados en francés, no hay competencia con los de los franceses auténticos, con los que proceden de la fuente original, aun habiendo entre los hispanoamericanos de esta escuela escritores de gran sentido artístico, de clara inteligencia y de notable cultura.

El Sr. Unamuno, en una reciente crítica acerca de cierta novela de Grandmontagne, hacía notar con su profundidad habitual esto mismo: la conveniencia de que los hispanoamericanos nos hablasen más de América. Rubén Darío le contesta en la hoja americana de *Vida Nueva* que Buenos Aires no es la pampa, sino una metrópoli cosmopolita en comunicación con todo el mundo. Pero aun siendo así, y prescindiendo de que no hay dos Buenos Aires en la América española, la ciudad del Plata tendrá de seguro su fisonomía especial (alguno de cuyos aspectos nos va dando á conocer en sus novelas el Sr. Ocantos), y ofrecerá por la misma intensidad de su vida temas y asuntos abundantes, más propios de plumas americanas que los tópicos del decadentismo francés, que en Francia misma no es ni con mucho la única dirección del arte ni acaso la que lleva mayor ventaja. En París hay algo más que el *Mercvre de France*.

El Sr. Ocantos se burla donosamente en su obra de uno de esos poetas *delicuescentes* que tanto abundan en América, como se burla con igual donaire de los que quieren hablar en criollo, creyendo así cultivar un dialecto nacional.

A propósito de lenguas, leo en el aludido artículo del señor Darío que el doctor argentino D. Luciano Abeille va á presentar en la sección de Instrucción pública de la Exposición de 1900 una obra acerca del futuro idioma de su país. A este propósito recuerda el articulista, sin duda por estimarla conforme con la tendencia del libro del Sr. Abeille, la opinión de un filólogo francés, según el cual «el *argentino* (?) no debe ser el castellano de Europa, porque representa desde todos los puntos de vista una tradición diferente, ó por lo menos una bifurcación de la traducción primitiva, merced á

las demás corrientes tradicionales—francés, italiano, lenguas indígenas, inglés, alemán—que con él se han mezclado. Igualmente el latín, trasplantado á España por la conquista romana, no permaneció idéntico al latín de Italia.....»

Más de una vez he hablado en esta Revista de la inevitable transformación del castellano en América, mas los filólogos que cita el Sr. Darío llevan las cosas demasiado de prisa. Hoy por hoy, el argentino no existe, pues todos sus rasgos esenciales de idioma son los del español, y la mera agregación de voces extrañas ó provinciales al léxico, no basta para alterar la estructura de una lengua, determinada más por la Gramática que por el Diccionario. (Y tampoco hay un *Diccionario argentino*, propiamente hablando.) La fusión de elementos tan disparatados como el francés, el italiano, el alemán, el inglés y las lenguas indígenas, es decir, lenguas romances, lenguas germánicas y lenguas de otra familia y hasta en otra fase histórica (no sabemos si al hablar de lenguas indígenas aludirá por ventura al *abipon* ó al *puelche*) formaría, no ya una lengua nueva, pero apenas una jerga franca como la que se usaba en las costas de Levante. Influirán acaso todos estos elementos, pero en muy diversa proporción y medida; algunos importando meramente unas cuantas voces. Mas el idioma, de formarse, se formará lentamente, con elementos afines, y principalmente por el trabajo espontáneo de composición y descomposición, de eliminación y agregación filológicas que va operando el pueblo, pues las lenguas no se crean sabiamente en las Academias ni en los gabinetes de los lingüistas, ni menos combinando reflexivamente unas con otras las distintas hablas. Así no se ha formado más que el volapuck.

El ejemplo del latín hay que entenderlo, y es asunto que exige más detenida explicación de la que yo podría dar ahora. Se le cita frecuentemente por ser la derivación de los romances el caso más conocido de la formación de lenguas nuevas. Parece que la futura transformación de los idiomas hablados hoy en América (castellano, inglés, portugués;—hasta ahora

las variaciones son provinciales y no llegan á ser ni aun dialectales verdaderamente)—habrá de ofrecer semejanzas con aquel caso histórico. Pero no todas las circunstancias de uno y otro son las mismas, ni podemos adivinar cuáles serán las futuras. Fuera de esto, ese mismo ejemplo muestra bien cómo las lenguas no se transforman de la noche á la mañana. Seis ó siete siglos duró, por lo poco, la transformación del latín en romance castellano. Ahora se vive más deprisa que entonces, pero no tanto, y menos en las cosas que no son obra de elaboración artificial.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Il Socialismo, del Dott. Napoleone Colajanni, 2.^a edizione. Palermo; Remo Sandron, libbreio-editore, 1898.—Un vol. de xvi-328 págs., 4 liras.

La primera edición de este libro se publicó en 1884; de ella dí cuenta y un largo resumen en el libro sobre *El Positivismo en la ciencia jurídica y social italiana*, segunda parte. En aquella época era Colajanni uno de los pocos socialistas de su país, y fue su obra la primera en Italia y una de las primeras, fuera de ella, que trataron del socialismo científico, esto es, que examinaron el socialismo á la luz de los principios de la ciencia moderna, singularmente á la luz de la doctrina darwinista y evolucionista.

La segunda edición, que hace poco se ha dado á la estampa, conserva el fondo substancial, el espíritu y hasta la estructura de la primera; pero está tan cambiada, ó mejor dicho, tan retocada y tan modificada, que sin gran dificultad podría considerarse como un libro del todo nuevo. Suprimidos varios capítulos de la primera edición, los ha sustituido el autor con otros nuevos, y en los que se han conservado ha fortalecido las opiniones allí sustentadas, aduciendo mayor número de datos y aprovechando, al efecto, una buena parte de cuanto sobre problemas sociales se ha escrito en los catorce años que median entre las dos ediciones de la obra. Porque con razón puede decir Colajanni que las doctrinas que él expuso y sus-

tentó casi sólo allá en 1884, las profesan hoy un gran número de pensadores y publicistas: son doctrinas que, en gran proporción por lo menos, se han hecho comunes por doquiera en el mundo civilizado.

Quienquiera que desee conocer y penetrarse bien del problema, en el día tan interesante, de las relaciones (de afinidad, de oposición total ó parcial, de auxilio mutuo) entre el socialismo y la ciencia moderna, puede acudir al libro de Colajanni, seguro de encontrar en él un buen compendio relativo al asunto, escrito por un hombre de talento, muy conocedor de lo que trae entre manos y muy parco y circunspecto en precipitar soluciones y en dar como firme y afinitivo lo que se halla en duda y en estado de mera hipótesis, por carencia de bastantes datos sobre que apoyarse para concluir algo con perfecta seguridad.

P. DORADO.

Recherches sur l'histoire de l'Economie politique, par Ernest Nys, professeur á l'Université de Bruxelles, juge au Tribunal de première instance, membre de l'Institut de droit international.

Conocidísimo el autor de este libro por sus interesantes estudios de derecho internacional, que le han dado fama como profundo pensador y publicista de mérito, se revela ahora como historiador, pero historiador á la usanza moderna, de una rama sociológica de la mayor importancia: de la economía. Sus incesantes trabajos en la especialidad que cultiva, le colocan en situación sumamente ventajosa para esta nueva tarea que emprende, por lo tanto, en condiciones muy favorables; por cuanto que si el derecho es forma que interviene en toda la vida humana, y si en ésta desempeña el papel principal la satisfacción de las necesidades humano-corpóreas (economía), la esfera del derecho económico y, sobre todo, del derecho económico internacional—que por naturaleza racional

de los medios de esa índole es amplísima—no puede menos de ocupar un lugar privilegiado en la labor de los sabios que hacen del derecho internacional asunto de sus investigaciones. El consumo económico no reconoce límites ni fronteras, y por eso busca su satisfacción en los productos de todos los pueblos, y debido al cambio es universal, y por serlo, el comercio se hace cosmopolita, de donde nace el carácter internacional de la moneda y del crédito. ¿Cómo, pues, dejar de reconocer que los cultivadores del derecho internacional han de estar muy versados en las materias económicas, y que los historiadores de esta rama del derecho han de encontrarse perfectamente preparados para realizar estudios de historia de la economía?

En la vasta literatura económica ocupan un lugar muy importante los libros de historia internacional y externa—de la vida y de la ciencia económica.—Sobrado conocidas son las obras de Du Mesnil-Maigny, Böck, Dureau de la Malle y Cossa, sin contar cien numerosas monografías muy dignas de aprecio, por lo que á la antigüedad oriental y clásica se refiere; y las de Cibrario, Lamprecht, Cuninghame, Contren, Cusumano, Cossa, respecto á la Edad Media, limitándonos sólo á lo que podemos llamar obras de conjunto; mas con ser tan notables, todavía la de Nys tiene méritos que la recomiendan al estudio de los eruditos en esta materia; puesto que en todas aquellas no aparece, por ejemplo, con el relieve que debe tener la influencia que en la vida económica del mundo civilizado ejercieron los bizantinos y los musulmanes; asunto que trata con excepcional competencia el ilustre escritor belga, poniendo á contribución las curiosísimas noticias y las concienzudas observaciones de Rambaud, Nicole, Schumberger, Reclus, Ibn Kaldoun.

Son, por más de un concepto, dignos de alabanza los capítulos que dedica á la Sicilia normanda, á las villas en la Edad Media, á la Europa comerciante é industrial, á la política comercial; pero en donde el autor extrema sus especiales cuali-

dades de erudito de primera mano, de investigador sagaz é imparcial, de crítico certero y concienzudo, es en los consagrados á las teorías económicas de la Edad Media, los judíos en la misma época histórica, los comerciantes y los banqueros, el tesoro de la Iglesia, los Templarios, los Hospitalarios.

En el último de los capítulos del libro que examinamos, ocúpase Mr. Nys, entre otras cosas de interés, de los economistas europeos en los siglos XVI y XVII, y por cierto que al hablar de los españoles dice «que apenas se encuentran obras de economía política de importancia». Este juicio, un tanto aventurado, no puede pasar sin correctivo por nuestra parte, y cuenta que sabemos distinguir entre patriotismo y *chauvinisme*. Si por obras importantes entiende el autor obras completas á la manera didáctica, acaso tenga razón, por más que entonces esta carencia no se limite á España, una vez que casi sucede lo mismo en los demás países cultos; ahora, si la importancia de las obras ha de ser calificada por la originalidad del autor, por los asuntos estudiados, por la atenta observación de la realidad, por la solidez del juicio, por el encadenamiento de la argumentación, pudo Mr. Nys haber citado, sin temor á que nadie pusiera en tela de juicio su mérito, libros como los de *De subventione pauperum*, de J. L. Vives; el *Memorial de la política necesaria*, de González de Cellorigo; la *Restauración de la abundancia de España*, de Caxa de Leruela; los *Memoriales ó Discursos* y el *Epítome*, de Martínez de Mata, de quien dice y prueba el Sr. Costa (D. Joaquín) en su magnífico libro el *Colectivismo agrario en España*, que debe considerársele como precursor de A. Smith. Entre los mismos famosos *arbitristas* encontraría seguramente el escritor belga más de un nombre ilustre en la historia de la economía, y acaso rectificara su opinión si le recordamos los de economistas como Cerdán de Tallada, Pedro Simón Abril, Pérez de Herrera, Castañeda, Adam de la Parra, Pellicer de Ossau y otros más que vería citados en las *Memorias de la Academia de Ciencias morales y políticas* (Colmeiro), en la *Introducción al estu-*

dio de la economía, de Cossa, y en *El colectivismo agrario en España*, de Costa.

De haber estudiado más á fondo Mr. Nys nuestra literatura económica de los siglos XVI y XVII, hubiera encontrado en más de un escritor de esta época tendencias calificadas de modernísimas, entre otras, *la nacionalización de la tierra*, *el unearned increment*, *el homestead*, como señaló en el obispo de Albi Vida, autor de la *Christiade*, manifestaciones tan francamente anarquistas como estas que se contienen en el primer diálogo de *De dignitate republicæ*: «La congregación civil es la causa de los mayores males.» «Las leyes constriñen al hombre y le obligan á vivir á gusto de los demás; le privan de su innata libertad, y así destruyen el goce de la vida.» «Consultad la conciencia del hombre, y os encontraréis con el derecho natural. Desde que existe la reglamentación, el Estado no ha sido regido por la justicia. Los antiguos lo decían ya: donde está el Gobierno, allí encontramos la injusticia suprema; porque, ó bien el Estado es el gobierno de muchos, que atienden á su medro personal, ó bien es el de uno solo, que reduce á esclavitud á los demás.»

ADOLFO A. BUYLLA.

Sul rinnovamento scientifico del diritto penale, per M. Angelo Vaccaro. Prelezione al corso del diritto procedura penale nella Regia Università di Roma.—Roma, Ermanno Loescher & C.° 1899.—Un folleto de 27 páginas, una lira.

El autor de la presente disertación, bien conocido de los estudiosos de Sociología por sus diferentes trabajos relativos á esta disciplina y al derecho penal, sostiene que el último necesita renovarse desde sus propios fundamentos, pero que esta renovación no ha podido ni podrá lograrla siguiendo los derroteros emprendidos por la «nueva escuela» ó escuela antropológica, la de Lombroso, sino que para ello ha menester tomar una orientación sociológica, servirse de criterios socio-

lógicos, inspirarse en las enseñanzas de la Sociología. Los problemas que, según el autor, deben ocupar á los nuevos penalistas, son los referentes al origen de la penalidad, función social que la misma desempeña, leyes especiales de su evolución dentro de la evolución total de la humanidad, proceso de la formación histórica de las varias ideas que constituyen hoy el fondo de las doctrinas penales, el proceso histórico de las principales especies de delitos y el origen, oscilaciones y transformaciones de la delincuencia.

P. DORADO.

La famille dans les differentes sociétés, por C. N. Starcke.—Un vol. de la *Bibliothèque sociologique internationale*. 276 págs.—París. Giard y Brière, Editeurs. 1899.—Su precio, 5 francos.

No ha publicado muchos libros el Sr. Starcke, profesor-privat-docent en la Universidad de Copenhague. Por mi parte conozco tan solo dos folletos sociológicos: el uno sobre el *Método de la sociología*, y el otro una memoria contenida en los *Anales del Instituto internacional de sociología*, tomo IV, acerca de *Las leyes de la evolución política*. Además conozco un libro acerca de *La famille primitive* (París, Alcan, 1890). Y sin embargo, á pesar de haber publicado tan pocos trabajos de sociología, el Sr. Starcke es uno de los sociólogos más estimados y más digno de ser consultado, en una de las materias sobre que las investigaciones sociológicas necesitan fundarse con más frecuencia. Todo lo cual se explica, porque le debe la Sociología moderna una de las obras más sólidamente trabajadas, obra que es indispensable consultar en el estudio de los orígenes y evoluciones primitivas de la familia humana. La obra es la que queda citada en último término. Apenas habrá artículo ni libro que trate de los orígenes de la familia, en estos últimos tiempos, que no tenga en cuenta las investigaciones tan bien orientadas del Sr. Starcke.

Teniendo presente esto, es decir, lo que parecía constituir una verdadera especialidad del profesor citado, cuando vi anunciado el nuevo libro, el que motiva estas líneas, relativo, como el otro, á la familia, confieso que sentí verdadera impaciencia por leerlo. Creí, en efecto, que se trataba de la continuación de *La familia primitiva*; y preciso es reconocer que el título *La familia en las diferentes sociedades*, podía muy bien cuadrar á una investigación de la índole de la que esa continuación expone. Por eso, cuando recibí el ejemplar del nuevo trabajo del Sr. Starcke, experimenté cierta decepción.

Pero pronto hube de rectificar la impresión de desencanto que la lectura del índice me produjo, leyendo los interesantes capítulos que el distinguido autor dedica á la familia... moderna, á la familia actual.

El historiador del hombre primitivo, el sociólogo, es además un buen moralista.

Porque la nueva obra de Starcke, es, ante todo, la obra de un moralista. La familia se estudia en ella, en sus respectos y significación morales. El mismo autor lo declara en el prólogo de esta edición francesa, en cuanto advierte que lo que le preocupa en la investigación de la familia, como hecho real, es el problema moral. «En ese mundo íntimo de las relaciones de la familia, es donde los problemas morales se plantean de la manera más seria y donde se libran los combates morales más importantes.»

Para verificar su indagación, el autor distingue con relación á Europa—que es á donde principalmente se refiere,—dos grupos de naciones: latinas y germanas, las cuales han planteado y tienden á resolver los problemas de la familia de una manera diferente. Partiendo del supuesto según el cual predomina en la latina el sentido y la idea de la unidad de la familia, y en la germana el criterio individualista, explica por el influjo inevitable de las concepciones sociales que de ahí respectivamente resultan, los caracteres diferenciales de las familias germanas y latinas.

El número de cuestiones que el Sr. Starcke plantea y estudia, es muy grande, todas de un interés indiscutible; así en el capítulo primero, al hablar de la familia como entidad social, trata de la situación de la misma, del matrimonio y de la vida sexual, de la castidad en los diferentes estados del hombre, del sentimiento del amor, de la fidelidad conyugal, de la monogamia y de la bigamia, etc.; en el capítulo segundo, á propósito de la fundación y disolución del matrimonio, estudia el matrimonio religioso y el civil, el divorcio, las segundas nupcias, etc.; en el tercero, tratando de la autoridad respectiva de los esposos, habla de la aversión hacia el matrimonio, de la autoridad marital, de la naturaleza de la mujer, del amor, del lado económico de la familia, y por último, en el capítulo cuarto, con ocasión de investigar las relaciones de padres y de hijos, expone largas y muy atendibles consideraciones sobre el amor paternal, el reconocimiento del hijo, el hogar, el derecho hereditario de hijos legítimos y naturales, las relaciones entre hermanos, etc., etc.

A. POSADA.

En los Estados Unidos. Apuntes por el Dr. Juan B. Justo. — Buenos Aires, 1898.—Un folleto de 78 págs.

Contiene este folleto, según lo indica ya su propio subtítulo, una serie de notas ó apuntes, bien ordenados por cierto y no poco interesantes, acerca del mayor de los Estados norteamericanos, apuntes tomados en el propio país y relativos á todas las principales manifestaciones de la vida social (económica, religiosa, política, administrativa, industrial, intelectual, etc.) de la gran República.

Aun cuando hechos por un socialista y dedicados á un periódico obrero, la imparcialidad y *objetividad* con que están escritos los hacen muy útiles para toda persona, aun para aquellas que no miren al Socialismo con buenos ojos.

P. DORADO.

OBRAS NUEVAS

- Acuña (M.)—Obras de Manuel Acuña, con un prólogo de Juan de Dios Peza. En 8.º, 288 págs.: 3 pesetas.
- Aldama (M. de).—Las aplicaciones del título de abogado. En 8.º, 289 páginas: 3 pesetas.
- Almendros Camps (J.)—Nostálgicas. En 12.º, 202 págs.: 3 pesetas.
- Aranzadi (T. de).—Etnología, Antropología filosófica y Psicología y Sociología comparadas. *Segunda edición*, enteramente reformada. En 8.º, 551 págs.: 6 pesetas.
- Blasco (E.)—Don Saturnino, monólogo. En 4.º, 12 págs.: 1 peseta.
- Boletín de la Real Academia de la Historia. *Tomo XXXIV. Cuaderno III*. Marzo de 1899. En 4.º, páginas 177 á 272. Cada cuaderno, 1,25 pesetas.
- Boniquet (J.)—Higiene razonada de la boca, ó sea consejos útiles para su conservación. *Primera parte*. En 8.º, 174 págs. con grabados, tela: 2,50 pesetas.
- Carracido (J. R.)—El Padre José de Acosta y su importancia en la literatura científica española. En 4.º mayor, 167 págs.: 3 pesetas.
- Carrión (M. R.)—Zarzamora, novela. En 8.º estrecho, 205 págs.: 2 pesetas.
Colección elzevir ilustrada, vol. XVII.
- Casañ y Alegre (J.)—Los Congresos bibliográficos y sus resultados en el adelantamiento de la ciencia bibliográfica. En 4.º mayor, 16 páginas.
No se ha puesto á la venta.
- Cortés (R.) y Escacena (A.)—Juanilla, zarzuela en un acto, prosa y verso. En 4.º, 40 págs.: 1 pta.
- Cristóbal Colón. Cartas que escribió sobre el descubrimiento de América y testamento que hizo á su muerte. En 16.º, 192 págs.: 50 céntimos.
- Chedomil Mijatovich (E. S.)—Estado social y moral del Imperio griego á la toma de Constantinopla por los turcos; versión española y prólogo de M. Walls y Merino. En 4.º, x-185 págs.: 2,50 pesetas.
- Díez y Pinedo (E.)—Anuario de la Bolsa, del Comercio y de la Banca para 1899. En 8.º mayor, 520 y 117 págs, de anuncios, más XVIII de índices: 5 pesetas.

- Elola (J. de). — Eugenia, novela. En 8.º, 311 págs.: 3 pesetas.
- Fernández Duro (C.)— El Doctor D. Marcos Jiménez de la Espada, naturalista, geógrafo é historiador. Necrología. En 4.º, 32 páginas.
- Flores García (F.) y Briones (G.)— Rosario; comedia en tres actos, en prosa. En 4.º, 59 págs.: 2 pesetas.
- Funes (E.)— Segismundo; estudio crítico. En 8.º, 159 págs.: 2 pesetas.
- Gallego Ramos (E.)— El municionamiento de la infantería en el combate moderno. En 4.º, 62 páginas: 2 pesetas.
- García del Real (L.)— Tradiciones y leyendas españolas. *Vol. IV.* En 4.º, 274 págs.: 1 peseta.
- Gaztambide y Zía (J.)— Literatura dramática y musical. En 8.º, 40 páginas: 1 peseta.
- González Cando (L.) y López Alvarez (A.)— El suicidio de anoche; juguete cómico, en un acto y en verso. En 4.º, 34 págs.: 1 peseta.
- Imbert de Saint-Amand.— Napoleón III. En 4.º, dos tomos, 332 y 360 págs.: 15 pesetas.
- Larrubiera (A.) y Casero (A.)— El querer de la Pepa; sainete lírico, en un acto, dividido en tres cuadros. En 4.º, 45 págs.: 1 peseta.
- López-Ballester (L.)— Raza vencida; drama en tres actos y en prosa, original. En 4.º, 73 págs.: 2 pesetas.
- Múgica (S.)— Índice de los documentos del archivo del Ayuntamiento de San Sebastián. En 8.º mayor, xv-513 págs.: 10 pesetas.
- Olmedilla y Puig (J.)— Estudio histórico de la vida y escritos del sabio médico, botánico y escritor del siglo XVI, Cristobal Acosta. En 4.º, 93 págs., con el retrato y un facsímile: 2 pesetas.
- Oller (N.)— Le Rapiat; étude d'une passion; ouvrage couronné aux Jeux Floraux de Barcelone, traduction du catalán, par Albert Savine. En 8.º estrecho, 225 páginas: 2 pesetas.
- Ossorio y Bernard (M.)— La vida en sociedad. En 8.º, 232 páginas: 3 pesetas.
- Pérez Galdós (B.)— Episodios nacionales. *Tercera serie. Luchana.* En 8.º, 396 págs.: 2 pesetas.
- Perrín (G.) y Palacios (M. de).— Bettina; juguete cómico-lírico en un acto. En 4.º, 35 págs.: 1 peseta.
- Pidal y Mon (A.)— Discurso en elogio de D. Manuel Tamayo. En 4.º mayor, 41 páginas.
- Piquer y Martín-Cortés (R.)— Formularios para la instrucción de los procedimientos militares. En 4.º, 270 págs.: 7 pesetas.
- Ribot (Th.)— Las enfermedades de la voluntad; traducción española de Ricardo Rubio. En 8.º, 180 páginas: 2,50 pesetas.
- Romero Quiñones (U.)— Principios de organización racional y productiva del ejército. En 12.º, 128 págs.: 1 peseta.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Tierras vírgenes</i> (novela), por Ivan Turgueneff.....	5
¿Estudió Cervantes en Salamanca? por Blanca de los Ríos de Lampérez.....	44
<i>Las Colonias Universitarias</i> , por J. Scott Lidgett, W. G. Field, J. Russell y C. Roger.....	71
<i>Discursos á la Nación Alemana</i> , por Juan Fichte.....	96
<i>Poetas americanos: El fin de Satán</i> , por José S. Chocano.....	123
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	129
<i>Revista Hispanoamericana</i> , por Iob.....	164
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	188
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado, Adolfo A. Buylla y A. Posada	198
<i>Obras nuevas</i>	206